

A romantic couple is shown in silhouette, kissing passionately. The scene is set against a sunset sky with a bright sun low on the horizon, creating a lens flare effect. The background features a body of water reflecting the sky and a distant shoreline with trees and buildings. The overall mood is romantic and serene.

MIENTRAS
Oliva

FLOR M. URDANETA

MIENTRAS
Oliva

Flor M. Urdaneta

© 2018 **Mientras Viva** © Flor M. Urdaneta

Todos los derechos reservados.

Este libro no puede ser reproducido o transmitido de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o impreso sin el permiso escrito del propietario del copyright.

Esta es una obra de ficción, los personajes y nombres son fruto de la imaginación del autor.

Diseño de portada: Flor M. Urdaneta

Página oficial: <https://www.facebook.com/flormurdaneta/?fref=ts>

“Encontrarás el sentido de la vida cuando dejes de buscar que otros te amen y comiences a amarte a ti misma”.

En honor a las mujeres valientes
y guerreras que dan todo por sus hijos.

Prólogo

Hay peores cosas en la vida que esto, razono mientras escucho los gritos y groserías que él le dice a mi madre. Niños vagando en las calles, personas luchando contra enfermedades terminales; un puñado de inocentes, esperando por el debido proceso en las cárceles —que en nuestro país son como calabozos oscuros sin control sanitario ni respeto por la humanidad—; cientos de personas viviendo en la miseria, padeciendo de hambre, preguntándose qué pueden hacer para alimentar a sus hijos... Sí, tengo que recordar que soy privilegiada al no ser una de esas personas.

Mi mamá dice que soy la mata^[1] de la positividad, que siempre busco lo bueno en las peores circunstancias, y lo dice como si fuera algo malo, no entiendo la razón.

—Vamos a comprar unos cepillaos^[2] —le digo a mi hermana Esther, quien está llorando en silencio, acurrucada en un rincón de la pared. Francisco, nuestro hermanito de siete años, está dormido en la cama que comparte con Esther, ajeno al pleito entre mi mamá y mi padrastro Antonio. Él tiene un gran problema de temperamento, que empeora cuando llega borracho a casa, casi a diario. Mi mamá siempre se encierra en su cuarto a pelear con él, pero sé que le pega. No en la cara, Antonio no es bobo, pero he visto los moretones en la espalda de mamá cuando se agacha a agarrar algo y a veces le deja marcas en los brazos.

Bueno, en eso no veo lo positivo y nunca lo haré. No sé cuántas veces tiene que pegarle antes de que decida dejarlo. ¿Cómo puede seguir con él? ¿No ve el daño que les causa a mis hermanitos escucharlos pelear todos los días?

—¿Tenéis cobres^[3]? —pregunta Esther con cara de duda.

—Sí, brujita. Dale, párate de ahí. —Le pido mientras intento despertar a Francisco, quien dormitado, abre los ojos y balbucea: «no quiero ir a la escuela, mami». Una vez que logro despertarlo, salimos del cuarto. Le dejo una nota a mamá en la puerta de la nevera diciéndole que fui a que Hipólita para que no se preocupe si no nos encuentra después.

Pido dos cepillaos de Oreo^[4] y uno de ron con pasa cuando llegamos a que Hipólita. Los pago y me siento con mis hermanos en la acera a comerlos,

bajo la mirada curiosa de algunos vecinos que están conversando frente a sus casas. Ellos saben lo que pasa en casa, pero nadie hace nada al respecto. Y es que no tendrían motivos, se supone que es deber de nuestra madre saber que esa situación es insostenible y que tiene que terminar.

Temprano en la mañana, me pongo una falda azul y una camisa beige para ir a mi graduación en el Teatro Baralt de Maracaibo y recibir mi título de Bachiller de la República.

Apuro a Esther y termino de vestir a Francisco, quien se quedó como bobo mirando la televisión y no se terminó de poner los zapatos. Mamá salió temprano a cobrar unos reales que le debía una vecina para completar el pasaje. Casi que me quedo por fuera de la promoción por falta de dinero, pero mi tía Asunción depositó lo que faltaba. Ella vive en el estado Miranda, en el Litoral Central de Venezuela.

—Dale pa' tras, mamita —grita el colector^[5] del bus.

—¿Qué más queréis que me mueva, mijo? ¡No veis que está lleno! — respondo a los gritos.

¡Qué bárbaro! Además de que voy colgando del tubo como una mona, quiere meter más gente de lo que cabe. Bueno, al menos estoy yendo a mi graduación con mi familia, ¿verdad?

El acto comienza a las diez de la mañana. Las notas del Himno Nacional de Venezuela son entonadas y las cantamos de pie, seguido del Himno del Estado Zulia. Nos volvemos a sentar en las butacas y escuchamos con atención el discurso del mejor estudiante de todos los cursos del liceo Rafael María Baralt, donde estudié por cinco años. Es una gran institución, una de los mejores del estado desde que fue fundado, en 1940.

Recuerdo la primera vez que estuve ahí, me sentí como una hormiga. Claro, que mi estatura no alcanzara el metro cincuenta también influyó. La construcción de tres pisos en la entrada, y dos en los laterales, rodeando una gran manzana, parecía más la sede de una universidad que la de un liceo. Cuenta con dos plazuelas, una externa y otra interna, un pequeño teatro, una cancha de béisbol, dos canchas techadas de básquetbol, con gradas de cemento, laboratorios de química y física y una biblioteca.

—Noemí Esther Ávila Hernández. —Me llama el orador. Subo las escaleras que me llevan al pódium y recibo mi medalla de la mano de una de

mis profesoras. El flash de una cámara captura el momento y avanzo hasta donde se encuentra el director, quien me entrega mi diploma, junto con una felicitación.

Mis hermanos y mi mamá gritan mi nombre con emoción mientras recibo los aplausos de mis compañeros de clase. Las lágrimas se agrupan en mis ojos y no logro pararlas. Es un momento emotivo, fue duro llegar hasta aquí y obtener una buena calificación final de diecinueve sobre veinte, la nota máxima.

—Te voy a extrañar. —Le digo más tarde a Mariana, mi mejor amiga del liceo, y le doy un abrazo. Se va a mudar con su familia a México por el trabajo de su papá.

—Y yo a ti también, mucho. Va a ser difícil decir adiós en una semana.

—Sí —murmuro triste.

—Bueno, me tengo que ir, mis papás me van a llevar a comer a un restaurante chino —dice emocionada.

—Ah, qué bueno. Creo que mamá va a hacer arroz con pollo —sonrío. No hay razones para sentirme mal porque ella irá a un restaurante y yo comeré en casa. Nos damos un último abrazo y luego se va.

—Oye, Noemí —dice Alejandro acercándose a mí. Él es un muchacho bastante simpático y divertido, tiene el pelo castaño enrulado y ojos marrones muy bonitos. Me sentí atraída por él hace mucho tiempo, pero eso ya pasó. —. Haremos una fiesta en mi casa más tarde. ¿Quieres venir?

—¿En serio? No sabía de eso.

—Bueno, la acabamos de organizar. Sabes que nos gusta improvisar. ¿Qué dices?

—Bueno, si mi mamá me deja, voy. ¿A qué hora es?

—A las seis. Si puedes llevas algo, una *Coca-Cola* o lo que puedas.

—Dale, trataré de ir. —Prometo y nos despedimos con la mano.

De camino a casa, le digo a mami de la fiesta y, aunque pone un poco de resistencia, dice que sí, pero con la condición de que vaya con Marbelis, mi vecina. Ella es mayor que yo por dos años y no tiene que pedir permiso para salir a ninguna parte. Su madre ni le para, pero es buena muchacha y mamá lo sabe.

Después de almorzar, paso la tarde pensando en qué me voy a poner. Solo tengo dos blue jeans, un par de sandalias —un poco llevadas por la vida— y ninguna de las cinco blusas que tengo son lo suficientemente bonitas para

usarlas.

—No voy a ir. —Le digo a Marbe.

—¿Cómo que no?

—No tengo ropa y no quiero dar pena.

—Algo encontraremos, ya vais a ver. —La sigo a su casa y, una hora después, estoy usando uno de sus vestidos, uno blanco y negro que se cruza sobre la cintura y se amarra con un lazo en la espalda. Me queda bien, tengo unas “buenas tetas”, según ella, que llena el escote. También me prestó unas sandalias negras de tacón corrido, que me quedan un poquito grandes, pero no se nota mucho.

—Te voy a planchar el pelo un momentico.

—Pero si lo tengo liso.

—Una pasadita nada más para que brille un poco.

—Apúrate, que se me va a hacer tarde.

—No hay que ser tan puntual, Mimi. Es una fiesta, no una clase de inglés —bromea.

Luego de planchar mi largo cabello castaño oscuro, y maquillarme un poco, al fin deja que me mire al espejo.

—¿Te gusta?

—No, me veo horrible —bromeo—. Claro, boba. Eres como mi hada madrina.

—Payasa. ¿Nos vamos entonces?

—Ya va. Voy pa’ la casa a buscar la *Coca-Cola* y nos vamos.

Salgo de que Marbe y camino lo más rápido que puedo con estos benditos tacones. No sé muy bien usarlos porque no he tenido nunca de estos, pero ahí me las estoy arreglando.

—¿Dónde carajos está Miriam? —grita Antonio cuando entro a la casa. Lo ignoro y voy hasta la nevera—. Te estoy hablando a vos, Noemí.

—¿¡Qué voy a saber dónde está!?! No veis que voy llegando.

—A mí no me vais a responder con altanería, muchachita.

—Andá a dormirte, Antonio. Estáis hecho mierda^[6], como siempre —digo como un reproche e intento abrir la nevera, pero él la cierra y me empuja contra la pared.

—¿Qué estáis haciendo? Soltáme, Antonio.

—Vos lo que necesitáis son unos buenos correazos —dice mientras se

quita la correa.

—¿Estáis loco? Vos a mí no me vais a pegar. —Lo empujo y camino rápido hasta la puerta, pero mi pie se dobla y termino en el suelo. Él se tambalea hasta donde me encuentro y me pega el primer correazo en las piernas. Grito de dolor y, a la vez, por ayuda.

Un segundo correazo alcanza mi pierna antes de pueda ponerme en pie. El hombre está como loco. Sus ojos se ven saltones y las venas de su cuello se marcan bajo su piel.

—Esto es pa' que aprendáis a respetarme. —Cuando intenta pegarme de nuevo, sujeto la correa y lo tumbo al suelo.

Antonio gatea y me agarra por el pie, arrastrándome hacia él. Grito esta vez más fuerte, mientras que mi corazón golpea con furia mi pecho. Estoy tan asustada.

—¡Soltála, Antonio! —grita mamá al entrar a la casa.

—Tiene que aprender a respetarme —responde él.

—Ni se te ocurra pegarle de nuevo, Antonio. Te lo advierto.

—¿Qué vais a hacer pa' impedirlo? —Ella lo mira perpleja, pero en cuestión de segundos, agarra el florero que está sobre la mesita junto a la puerta y se lo lanza en la cabeza. Eso solo logra desorientarlo un poco, pero no le impide ponerse en pie e intentar pegarle. Ella corre hasta la cocina y empieza a tirarle todo lo que consigue, hasta que le lanza en la cabeza la piedra de machacar y cae desmayado.

Desde el suelo, veo a mis hermanos llorando en una esquina. Me levanto y cojeo hasta ellos para meterlos en el cuarto. Su llanto es desolador y no sé qué decir para calmarlos. Francisco repite: «mami mató a papi». Le digo que no, que está dormido, que me esperen ahí mientras ayudo a mamá a acostarlo en la cama.

—No dejéis que salga del cuarto, Esther. —Le advierto a mi hermana. Ella asiente.

Al llegar a la cocina, veo a mamá arrodillada delante de él. Su voz es un susurro, pero escucho que dice: «lo maté». Me doblo en el suelo, acerco mi cabeza hacia su pecho y escucho su corazón.

—No está muerto, mamá.

—¿No?

—Está desmayado. Quizás por la borrachera le cueste un poco despertarse, pero está vivo.

—¿Crees que recuerde lo que pasó? —pregunta mientras sus labios tiemblan.

—Quizás él no. —Ella asiente entendiendo lo que quiero decir.

—Ve a tu cuarto y recoge las cosas más importantes que tengan, nos vamos de aquí.

—¿A dónde?

—A dónde sea, Noemí. No dejaré que esto vuelva a pasar.

Capítulo 1

15 de marzo del 2005

Hoy se cumplen tres meses desde que dejamos atrás Maracaibo y emprendimos un viaje largo hasta el pequeño pueblo costero de Chirimena, en el estado Miranda. Aquí es muy bonito; con un mar en diferentes tonalidades de colores verdes y azules, agua cálida y hermosos amaneceres y atardeceres, te sientes en un lugar mágico.

Nuestra vida cambió de forma significativita desde que mi madre tuvo el valor de dejar a Antonio, pero como cada decisión trae consecuencias, no podré ir a La Universidad del Zulia. Quizás más adelante opte por un cupo en La Universidad Nacional Abierta o en alguna otra pública cerca de aquí, pero por los momentos, tengo que ayudar a mamá. Sin el dinero que proveía su marido, necesita que las dos trabajemos. Al menos, Esther y Francisco sí están estudiando.

Mientras estoy sentada en la orilla de la playa, mirando la mezcla de amarillo, naranja y dorado que dibuja el sol al ponerse en el horizonte, sueño con los lugares que quiero visitar. Mami dice que tengo una imaginación muy grande, y sí, la tengo. Me gusta soñar, porque es gratis, porque puedo, porque las posibilidades son infinitas... Sueño con ver la neblina arropándome en la cima del Pico Águila, en el estado Mérida. Sueño con llegar a la cima del Salto Ángel y ver la plenitud y la grandeza del Amazonas. Sueño con conocer aquellos médanos, similares al desierto de Sahara y, por qué no, rodar en él y llenarme hasta la ropa interior de arena, como me contó Marbe que le pasó una vez. Sueño con bailar joropo en los llanos venezolanos y, cuando todo esto deje ser un sueño, conocer el mundo: Ibiza, Paris, Machu Pichu, la Muralla China, Roma...

Tengo un libro lleno de recortes con los lugares que quiero visitar, comenzando por Venezuela. Nuestro país posee grandes riquezas naturales, hermosos parajes y una diversidad cultural tan rica que sería imperdonable cruzar nuestras fronteras sin descubrir antes lo que nuestra tierra tiene para ofrecer.

Cuando el sol termina de ocultarse, camino de regreso a la casa de mi

tía Asunción. Es pequeña, solo tiene dos piezas y las paredes ni siquiera están frisadas; los pisos son de cemento pulido y tiene una pequeña enramada atrás, donde está la cocina y el fogón donde fríe las empanadas. No me quejo, prefiero estar aquí mil veces que en aquella casa muy bien pintada, con una linda cocina y juego de sala, pero con un animal habitando en ella.

Venir a Chirimena era la única opción, mi tía no tiene hijos ni esposo, está “quedada”, como dicen aquí. Pero ella asegura que prefiere *estar sola que mal acompañada*, como era el caso de mamá con Antonio.

Las he escuchado hablar mal de los hombres, de los fracasos amorosos que han vivido y, una vez, hasta mamá nombró a Leonardo, el “zángano^[7]” de mi padre. Nunca lo conocí, desapareció como por arte de magia cuando escuchó la palabra embarazo. Eso ha marcado un precedente en mí, creo que el amor es una fantasía y que, como mi tía Asunción, me quedaré para vestir santos^[8]. No me veo en posición de estar sometida a un hombre y, mucho menos, maltratada. Quizás no todos sean iguales, pero ¿cómo sabe uno? Antonio parecía un buen hombre y miren cómo resultó; por su culpa, tuvimos que huir de Maracaibo y dejar atrás la vida como la conocíamos. Es difícil adaptarse a pesar de lo hermoso que todo es aquí. Uno se apega a su ciudad, a los amigos, a esas personas que saludabas a diario mientras caminabas por las calles. Pero la vida hay que enfrentarla como venga y echarle pierna.

Los fines de semana son los más movidos en el pueblo. Se ha convertido en un sitio de interés para los turistas y eso es bueno. Me despierto temprano, mucho antes de que el gallo cante, y ayudo a mamá y a mi tía a preparar las empanadas para luego salir a recorrer la playa y venderlas. Las más populares, son las de camarón y las de mojito, aunque las de caraoatas también se venden muy bien. Ellas se encargan de la fritura porque soy muy torpe para eso y siempre termino quemándome.

—Andá a vestirme que Asunción y yo terminamos —dice mamá mientras echa una empanada en la paila.

Media hora más tarde, estoy caminando por la orilla de la playa con una cava de anime llena de empanadas. No tengo necesidad de pregonar lo que estoy vendiendo, ya tengo varios clientes que esperan que aparezca por la orilla.

A las diez de la mañana, la faena de las empanadas ha terminado, pero aún me queda trabajo por hacer.

—¿Qué tal la pesca hoy? —Le pregunto a Miguel cuando desembarca de la lancha. Lo conocí una semana después de llegar al pueblo y nos hicimos amigos. Tiene veinte años y se dedica a la pesca con su padre, una labor que comienza más temprano que la de hacer empanadas.

Esther dice que le gusta, pero no le paro mucho a eso. Aunque es un mulato^[9] de ojos claros, atractivo, con músculos marcados por el esfuerzo que amerita la pesca, y un humor bastante divertido; estar a su alrededor me saca siempre algunas sonrisas.

—Hicimos un par de viajes. ¿Y tú? ¿Vendiste todas las empanadas?

—Obvio —contesto con histrionismo—. Bueno, hablamos ahora. Voy a dar una vueltica por la playa.

—No te olvides de gritar fuerte. —Se burla. Le saco la lengua y él se ríe. Disfruta molestándome.

—¡Rompe colchón, vuelve a la vida, siete potencias^[10]! —voceo mientras avanzo por la playa. El viento sopla fuerte ayudando a que mi voz llegue más lejos.

Hay bastante compradores potenciales, no hay un toldo o sombrilla libre, y eso es bueno para la venta. A veces me tardo un poco en venderlos todos, porque son caros, pero siempre hay hombres interesados en pagar la cuota para obtener sus beneficios.

Vendo tres frascos en el primer recorrido y decido esperar un poquito antes de volver. El día de mi graduación, nunca imaginé que terminaría en la playa pregonando a los cuatro vientos el nombre de un tipo de potenciador sexual. Esto está muy alejado de la carrera que iba a estudiar, pero sirve para que mis hermanos tengan comida en la mesa y eso me basta.

Vuelvo a retomar el trabajo con el grito pertinente para atraer clientes. Mientras camino, un joven fortachón, de ojos claros y sonrisa pícaro se atraviesa en mi camino. No tiene la pinta de “comprador”, aunque quién sabe, quizás usa esteroides y necesita una ayuda extra. No todos los hombres logran sacar músculos de forma natural. Y no es .que me importe mucho, pero es inevitable mirarlo cuando está a medio vestir delante de mí.

—¿Qué harás cuando termines de trabajar? —pregunta sin ningún descaro ni tacto.

—Nada que te importe —contesto con altanería y paso por su lado.

—Espera, fierecita. Quiero comprar un rompe colchón.

Doy la vuelta y miro directo a su entrepierna

—¿Tienes problemas con eso?

—No son para mí—Se ríe—. ¿Cuánto por todos los frascos? —dice mientras revisa su cartera fajada de billetes.

—Serás imbécil —refunfuño dándole la espalda. Tenía tiempo sin enfrentarme a uno de su especie. Disfrutan burlándose de una como si no tuvieran nada mejor que hacer.

—¡Hey! ¡Al menos dime tu nombre!

—¡Vete a la mierda! —grito en respuesta.

Es un idiota con un montón de músculos falsos. ¡Qué vaya a mamarle gallo^[11] a su abuela! ¿Qué cree? Que por tener reales en la mano y unos ojos de *yo no fui* una va a caer a sus pies.

¡No, mijo, conmigo te equivocaste!

Con la rabia que me hizo pasar, hasta se me olvidó que estaba trabajando. Me recuesto contra el tronco de una palmera y trato de volver a la calma antes de continuar con la venta. Ese payaso no va a fastidiarme todo el día.

—Caminas rápido, fierecita —dice una voz masculina detrás de mí. Me separo del tronco y lo enfrento.

—Mirá, mijito. No andéis buscando lo que no se te ha perdido.

—¿Eres maracucha? Tengo una tía que vive allá. —Su boca dibuja una sonrisa mientras sus ojos, que son tan claros como el mar que nos rodea, me miran con tanta intensidad que me pone nerviosa.

—¡Ah, sí! ¿Cómo se llama? Puede ser que la conozca.

—Se llama...

—Seréis bobo —murmuro mientras me agacho para recoger la cesta con los frascos de rompe colchón.

—¿Tu nombre es María? —dice.

—No.

—¿Chiquinquirá?

—No.

—¡Ah, ya sé! ¿Carmen?

—Ahora sí me acomodé yo, pues. Pesado y estúpido —rechisto alejándome. Él me sigue sin dejar de decir nombres al azar para ver si le atina —. ¡Petrolina Sinforosa! —grito hartándome de su persecución.

—¡Ah, qué lindo nombre! Yo soy Juan Pablo Cáceres, pero mis amigos me dicen JP.

—¡Rompe colchón, vuelve a la vida, siete potencias! —grito ignorando al fulano JP. Logro vender dos frascos, pero no deshacerme de *Mr. Músculo*

—. ¡Dejá de seguirme!

—¿Y si no quiero?

—¡Sois tremenda ladilla^[12], Juan Pablo Cáceres!

—JP —corrige él.

—Eso es con tus amigos, pa' mí sois Juan Pablo Cáceres, *el impotente*. —Mi insulto no parece molestarle, más bien le causa gracia y comienza a reírse.

—No necesito eso, Petrolina. Solo quería hablarte.

—¿Con qué intención? ¿Creías que me iba a derretir a tus pies por tus encantos?

—¿Te parezco encantador? —sonríe.

—¡Oh, sí! Todo un galán —bufa y vuelvo a caminar. '

Él me sigue.

—¿Crees en el amor a primera vista?

—Claro. También en las flechas de Cupido y en las sinceras intenciones de los políticos —ironizo—. Cuesta doscientos cincuenta bolívares. —Le digo al señor que pregunta por el rompe colchón. Me entrega tres billetes de cien y le devuelvo uno de cincuenta. Cuando se va, enfrento a la ladilla humana—. Mirá, yo no soy el tipo de muchachas al que estáis acostumbrado. La playa está llena, elegí a otra y dejáme a mí tranquila.

—Pero si mi corazón es tuyo, Petrolina Sinforosa —dramatiza.

Cierro los ojos y cuento hasta diez, antes de empotrarle en la cabeza las delicateses del mar.

—Hagamos algo. Vos me vais a ser sincero, me vais a decir qué buscáis conmigo y yo te voy a decir lo que pienso tuyo.

—Me parece un buen trato. Vine aquí con mis amigos, están por ahí sentados. Cuando te vi pasar, dije: «Es la mujer más bella que he visto» —giro los ojos—. Entonces Andrés me retó. Dijo que no me atrevería acercarme a ti e invitarte a salir y yo respondí que sí lo haría.

—O sea, ¿que esto no es algo ensayado que hacéis siempre con todas?

—¿Todas? ¿Acaso crees que soy un *Don Juan*?

—¿No debería?

—¿No te has dado cuenta lo pésimo que soy?

—¡Ah, entiendo! Eres pargo^[13].

—¿Qué? ¡No!

—No te dé pena. Sé que es difícil salir del closet, que tienes miedo de que tus amigos piensen mal de ti, pero... —Su boca sella la mía sin previo aviso y silencia mis palabras con un beso, uno que me encuentro correspondiendo. Cuando me doy cuenta de lo que estoy haciendo, le muerdo el labio y golpeo su ingle con mi rodilla. ¡Nadie me besa sin mi permiso!—. Pervertido.

Aprovecho que está dolorido y corro lo más rápido que puedo hasta estar fuera de su visión.

Mi corazón late rápido y mis manos tiemblan, siento que me cuesta respirar. No puedo creer que un desconocido me besara así. Tuve un novio en el liceo, pero ni los mejores besos de él fueron tan buenos como ese.

Capítulo 2

23 de mayo de 2005

“Bienvenidos a Chirimena”, estaba escrito en un arco de cemento que abría paso a una carretera flanqueada por montañas y frondosa vegetación. Inhalé el aroma de la naturaleza y, por primera vez desde que salimos de Maracaibo, sonreí. Venir aquí se convirtió en una aventura y he disfrutado cada día a lo largo de estos meses. Sigo extrañando a mi ciudad, a Marbe, hasta los cepillaos de la señora Hipólita. Pero ¿saben qué? aquí, donde concilias el sueño con el sonido de las olas amainando en la orilla de la playa, donde las aves cantan risueñas en la mañana, donde la brisa acaricia tu cuerpo mientras la arena se incrusta en tus pies, no hay ningún hombre golpeando a mi mamá, no hay gritos ni llanto. Aquí, finalmente, Miriam Ávila volvió a sonreír.

He cruzado aquel camino tres veces de ida y vuelta a Caracas con mi tía Asunción y siempre me salta una emoción en el pecho al ver aquella bienvenida. Chirimena, un pequeño pueblo que nos recibió con sus hermosos parajes, sus playas azules y cálidas y nos regaló un nuevo comienzo. Su historia se remonta a más de 400 años, fue albergue de algunos indígenas, que huían de los colonizadores españoles; los indígenas, que se formaron en tribus, tenían su Cacique y, el de esta zona de playa, era un indio llamado Chipara y su esposa llamada Mena. De esta unión, nació una niña, y por la combinación de los nombres de los padres, la llamaron ‘Chirimena’. Pobre niña, llamarla de esa forma.

Hoy vuelvo a emprender un pequeño viaje en bus a Caracas, esta vez, sola. El recorrido toma un poco más de una hora y todavía mantengo la mirada en el camino, maravillada por descubrir algo nuevo cada vez.

Pago la tarifa y me bajo del bus una vez que llegamos a la gran ciudad capital. Aquí todo es diferente. La gente camina rápido y el tráfico colapsa las calles. Y, como dice mi tía Asunción, *corres o te encaramas*. No hay tiempo de pensar, solo hay que actuar o terminas atrapado en medio del gentío. Prefiero la tranquilidad de Chirimena y hasta el calor abrasador de mi terruño, Maracaibo.

Mi viaje aquí tiene un solo propósito: cobrar el cheque que me dio mi

tía. Ella tiene sus ahorros en el banco y decidió usar una parte para ampliar la casa y mejorarla un poco. Dijo que tenía tiempo pensándolo, pero sé que lo hace por nosotros, para que estemos mejor. Esther y yo dormidos en colchonetas en el suelo mientras reunimos el dinero para un colchón y mamá y Francisco en una cama individual.

El banco queda cerca de la parada del autobús, a no más de tres cuadras. Camino al ritmo rápido que marcan los transeúntes y no me detengo hasta el cruce de la calle, donde tengo que esperar que el semáforo cambie para poder pasar.

—Eso sí está rico, mami. ¿Cuánto por ese cuerpito? —dice un tipo mal vestido y sucio que se me acerca cuando cruzo la calle. Acelero el paso y me meto rápido en el banco, temblando de los pies a la cabeza. Ese hombre me dio tremendo susto, pensé que me iba a tocar.

—¿Estás bien, niña? Parece que viste un fantasma —dice una señora mayor que se acerca a mí, pero estoy tan nerviosa que no puedo ni hablar.

—¿Te atracaron^[14]? —pregunta otra señora. Digo que no con la cabeza —. ¿Y entonces?

—Un tipo... me... asustó —balbuceo.

—Creo que es gaga^[15] —murmura un niño.

—Cállese, Ramón. —Lo regaña la segunda señora.

—Aquí tienes un poquito de agua. —Me ofrece un chamo que debe tener mi edad. Es alto, delgado, y viste jeans y una franela azul. Tomo el cono de cartón y me bebo el agua a pequeños sorbos—. ¿Mejor? —pregunta él.

—Sí, eso ayudó. Gracias a todos, de verdad. No sé por qué me asusté tanto. —Sonríe nerviosa. Tengo una pena...

—No eres de aquí ¿verdad? —pregunta el chamo.

—No, soy de Maracaibo, pero vivo en Chirimena.

—Una vez fui a Maracaibo, hace un calor bárbaro —comenta la primera señora que se acercó. A nadie se le escapa esa, no por nada le llaman “la Tierra del Sol Amada”.

—Sí, lo normal. Uno se acostumbra.

—Ay no, hija, uno siente que se quema vivo. Prefiero vivir aquí a pesar del gentío —protesta ella.

No digo nada porque está en su derecho de elegir, pero prefiero mil veces Maracaibo. Quizás eso del regionalismo del zuliano es cierto. Me

encanta Chirimena, pero Maracaibo es otra cosa, como dice la gaita^[16].

Después de un rato, la gente que me ayudó vuelve a lo suyo y me levanto de la silla para hacer la cola de la taquilla de retiro. Saco mi cédula y el cheque de mi bolsito bandolero y lo sostengo en la mano mientras avanzo. Quizás sea una bobería, pero estoy contenta de poder estrenar mi recién adquirida mayoría de edad cobrando este cheque. Hicimos una fiesta de “traje”^[17] para celebrar mis dieciocho. Miguel llevó tequeños y refrescos; Ariana –mi nueva amiga– los vasos y las servilletas y mi tía Asunción me regaló la torta. Fue algo pequeño, pero la pasamos bien.

—Buenos días, quisiera cobrar este cheque. —Deslizo el papel por la ranura de la taquilla y el cajero la recibe sin responder mi saludo y sin molestarse en mirarme.

No entiendo por qué a la gente le cuesta responder algo tan sencillo como “buenos días”. Después se quejan de la situación del país sin pensar que cosechamos lo que sembramos.

—Gracias, señor —digo sin obtener ninguna respuesta, ese hombre es un mal educado, o quizás esté amargado.

Me voy al fondo del banco y guardo los billetes dentro de las medias que me puse hoy con las gomas^[18] que me regaló Ariana. Están usadas, pero “*a caballo regalao, no se le mira el colmillo*”. Llevarlo ahí es más seguro que meterlo en el bolso, cosa que si algún malandro^[19] me lo quita, se lo lleve sin nada.

—¿Ya te vas? Si quieres te acompaño, ya yo deposité lo de la universidad —dice el chamo que me cedió el puesto.

—La verdad, sí. Me da un poquito de miedo salir sola. Por cierto ¿cómo te llamáis? Yo soy Noemí.

—Carlos Augusto —responde con una media sonrisa. Le sonrío también y salimos del banco juntos. Cruzamos la calle y le digo a Carlos que a dos cuadras está la parada del bus que me llevará al pueblo.

—Dame los reales, chamita —dice de pronto.

—¿Qué?

—Ya escuchaste, dame los reales que te metiste en las medias.

—Vai, chico, esa no son bromas.

—No es ninguna broma, chamita. Dámelos ya o te los quito yo.

—¿Por qué... hacéis esto? —pregunto sin poder creer que me esté

pasando atracando.

—Eso no es peo tuyo. —Y como no hago lo que me pide, el chamo se agacha a mis pies, saca los billetes por sí mismo y sale corriendo.

Y me quedo ahí, perpleja por lo que acaba de pasar, demasiado asustada para correr o gritar. Mi corazón late tan fuerte que no soy capaz ni de moverme. Cada pálpito esparce dolor en mi pecho como si tuviera alfileres dentro. Mi vista se nubla y la fuerza de mi cuerpo se desvanece.

—Ya te tengo —dice una voz que escucho lejana. Se trata de un hombre, me está sujetando entre sus brazos como si fuera un bebé. Chiquita y frágil, así me siento mientras un desconocido me sostiene. Y mi estado no parece mejorar, al contrario, me siento más desorientada y cansada cada vez.

—Suéltame. —Hago el esfuerzo por susurrar. No puedo confiar en él, no puedo confiar en nadie. Pero no me hace caso, me sigue sujetando y me pide una y otra vez que trate de respirar. Lo intento, pero siento que mis fosas nasales se han bloqueado y no tengo fuerzas ni para abrir los ojos y ver quién me tiene en brazos.

—Vamos, fierecita. Intenta respirar —pide como un ruego.

¿Fierecita? Así me llamó el muchacho de la playa. ¿Será él? Me pregunto segundos antes de perder la conciencia y me despierto más tarde en el asiento de un carro, totalmente desorientada. Miro a un lado y veo a Juan Pablo tras el volante. ¡Sí era él!

—¿Qué pasó? —pregunto con un quejido ronco.

—Te desmayaste y, como no reaccionabas, decidí llevarte a la clínica. ¿Cómo te sientes? —contesta mirándome un momento, se ve muy preocupado.

—Solo un poco mareada —respondo nerviosa, no pensé que volvería a ver al caraqueño, y menos en estas circunstancias—. Oye, gracias por ayudarme, pero no tienes que llevarme a ninguna clínica. Además, no tengo cobres para pagar una.

—No necesitas pagar —dice muy tranquilo.

—¿No? ¿Me van a atender gratis? ¡Sí, Luis^[20]!

—Sí, te van a atender gratis —asegura sin dar una explicación, está más interesado en interrogarme, por lo que veo. Me pregunta que si es la primera vez que me desmayo, que cuándo fue la última vez que me hice análisis de sangre, que si sufro de alguna enfermedad...

—Pará el interrogatorio, mijo, que parecéis una metralleta^[21]. —Le digo

con fastidio y el muy tonto se ríe como si le estuviera echando un chiste—. Ah, pues. ¿Qué es tan gracioso?

—Tú —sonríe.

—¿Te estás burlando mío?

—No, no. Es que me encanta tu forma de hablar. Es... única.

—¿Mi forma de hablar? —Lo miro feo, pero él no se da cuenta porque tiene su atención puesta en la calle. Hay bastante tráfico a esta hora y todos quieren pasar primero, lo que produce tremendo trancón en la vía.

—Entonces... te preguntaba si habías sufrido desmayos antes.

—No, es la primera vez. Y no sufro de ninguna enfermedad, tampoco me he hecho análisis porque odio las agujas. Pero no debo tener nada, eso fue solo el susto por el atraco. Es que me da una rabia. El estúpido ese que estaba en el banco se ofreció a acompañarme y cuando íbamos caminando pa' la parada del autobús me dijo: «dame los reales».

—¿Y se los distes?

—No, estaba tan nerviosa que no pude ni moverme. Él chamo me los sacó de las medias y se fue corriendo.

—¿De las medias?

—Sí, de las medias, donde los escondí. No me digáis que nunca te has metido cobres en las medias.

—No.

—Si fui boba. ¿Cómo me dejé atracar así? ¿Ahora qué le digo a mi tía Asunción? ¡Me va a matar! —Escondo mi rostro entre mis manos. Mi corazón vuelve a latir rápido solo de pensar que llegaré a Chirimena sin los dos mil bolívares.

—Ella lo va a entender, no fue tu culpa —asegura él en tono conciliador. Pero es que no entiende cuánto se tardó mi tía para reunir esos cobres.

—Sí, claro. Me va a felicitar.

—Al menos no te hicieron nada, maracucha.

—Noemí, me llamo, Noemí.

—Umm, es más bonito que Petrolina —se burla el muy tonto—. Ya estaba pensando que debía presentarte con ese nombre tan coloquial en la clínica.

—¿Otra vez con lo de la clínica?

—Sí, quiero examinarte y pedir unos análisis de sangre para descartar una posible...

—Ya va, ya va —lo interrumpo—. ¿Cómo que me vais a examinar?

—Ah, verdad, que no te he dicho que soy médico. Me gradué hace unos meses en la UCV^[22] y quiero especializarme en pediatría. Espero hacerlo pronto. Y mientras eso sucede, trabajo en la clínica de mi familia, por eso te dije antes que te atenderían sin pagar.

—Bueno, pero eso no va a pasar porque no voy a ir a ninguna clínica. Dejáme en alguna parada donde pueda agarrar un bus pa' Chirimena, por favor.

—No seas terca, Noemí. Sufriste un desmayo y eso no es algo que debas tomar a la ligera.

—Va pues, hasta terca me llamaste —rechisto cruzándome de brazos—. Dije que no voy y no me puedes obligar. Pará el carro y dejáme aquí.

—No.

—¿No? ¿Me vais a secuestrar? Lo que me faltaba.

Esto me pasa por creerme la muy aventurera. «Sí tía, yo puedo ir sola a Caracas. Sí, mamá, estaré bien, no te preocupéis». Mirá lo bien que estoy, primero me atracan y después me secuestra un supuesto "médico".

—No, no te voy a secuestrar. Te voy a llevar a tu casa, como quieres — responde serio—. Sé que desconfías de mí, pero te juro que no soy una mala persona. Abre la guantera del carro y lee los papeles, el carro es mío.

—Está bien, te creo, pero no tenéis que llevarme pa' ningún lado.

—Estaré más tranquilo si te llevo.

—¿Y de cuando acá te importa lo que me pase? Ni siquiera nos conocemos.

—Si la memoria no me falla, me besaste en la playa.

—No, vos me besaste.

—Y te gustó —dice fanfarrón. Mi boca se seca de golpe y pierdo la capacidad del habla. Es verdad, me gustó ese beso, sería una hipócrita si dijera que no—. El que calla, otorga.

—Bueno, ajá. Nos besamos unos segundos y eso fue todo. No es suficiente razón pa' que me llevéis en tu carro hasta Chirimena. Seguro tenéis mejores cosas que hacer.

—Quizás sí tengo cosas que hacer, pero no mejores. Además, ya vamos de camino, pero no te has dado cuenta por estar quejándote. Elías tiene razón, los maracuchos son unos pleitistas. Pero así, pelionera y todo, me gustas. He

pensado mucho en ti, no veía la hora de volver para verte y robarte otro beso —dice con sus ojos clavados en los míos y mi corazón da un salto, a la vez que siento cosquillas en mi estómago, muchas cosquillas, algo que nunca antes me había pasado.

Serás boba, Noemí. El tal Juan Pablo dice tres palabras bonitas y estáis toda partida por él. Acordáte, hombre no es gente. Además, como le voy a gustar yo, una muchacha pobre, sin estudios y flacucha. Sé por experiencia, no propia pero si cercana, que los hombres como él no quieren nada serio con personas como yo.

—¿¡Ah, sí!?! No creo que a mi novio le guste que venga cualquiera a besarme, él es bastante celoso. —Mentira, no tengo ningún novio, pero quiero que él crea que sí para que me deje tranquila, al menos que sea un muérgano y no le importe que “esté” con alguien.

Después de eso, Juan Pablo no dice ni pío, hasta creo que está enojado. Tiene una cara de obstinado que ni te cuento. No es para tanto, no es como si él fuera mi novio y le dije que lo estuve engañando con otro.

—¿Tienes hambre? —pregunta después de un buen rato. Pensé que se había tragado la lengua.

—No —miento.

—Ah, pensé que sí, como te estás comiendo las uñas.

Escondo las manos entre mis piernas y bajo la mirada, apenada. Mi mamá siempre me regaña por ese mal hábito, pero lo hago sin darme cuenta.

—Estoy nerviosa por lo de los cobres, mi tía los necesitaba.

—¿Cuánto era?

—Dos mil bolívares. No es mucho, pero sí suficiente para preocuparse.

—Yo te los puedo dar.

—No, como creéis. Ya has hecho suficiente por mí, Juan Pablo. No puedo aceptar tu dinero.

—¿Y si te lo presto?

—No.

—Tú los necesitas y yo los tengo. Acepta mi ayuda, Noemí —insiste mirándome y, de nuevo, mi corazón da un brinco. Es que su mirada es demasiado intensa, causa sensaciones extrañas en mi interior, cosas que estoy viviendo por primera vez.

—Gracias, pero mejor no.

—Hagamos algo, un intercambio, tú me das un tour por Chirimena y yo

te pago dos mil bolívares. Creo que es un buen trato.

—Eso es mucho por un tour y no hay tanto que ver allá, Chirimena es un pueblo pequeño.

—Haz que lo valga entonces. Sé que algo se te ocurrirá.

—Sí, como soy tan creativa yo —murmuro girando los ojos.

—Anda, vale, quiero conocer Chirimena contigo. Dime que sí, maracucha —insiste poniendo una carita de chico bueno y termino aceptando porqué sé que no va a renunciar hasta convencerme—. Ya va, creo que no escuché bien. ¿Qué dijiste?

—Que está bien. Pero debes mantener tus manos, boca y ojos fuera de mí. A mi novio no le va a gustar que ande por ahí con un salido^[23] como tú.

—¿No puedo mirarte? Eso es llevarlo muy lejos ¿no?

—Bueno, sí puedes mirarme, pero no de esa forma.

—¿Cuál forma? —Se hace el que no sabe para hacerme hablar, pero no pienso caer en su juego.

—Solo compórtate como un turista, ni más ni menos. ¿Está bien?

—¿Tengo opción?

—No.

—Eso pensé. —Me guiña un ojo y, poco después, detiene el carro frente a un restaurant y me invita a almorzar. Le digo que coma él, que yo estoy bien, pero Juan Pablo Cáceres no sabe aceptar un no por respuesta y termino almorzando con él.

Más tarde, cuando retomamos el viaje, se la pasa hablando de su familia y de sus planes a futuro. Resulta que su padre es médico, igual que él, pero se especializó en traumatología. Su madre es abogada y su hermano Fernando, el mayor de todos, es periodista, trabaja en el noticiero estelar de Televen^[24]. Cindy, su hermana menor, está estudiando tercer año de bachillerato.

Todo iba bien mientras hablaba de él, porque al momento que me pregunta por mi familia, se me forma un enorme nudo en la garganta y hasta me tiemblan las manos. Es difícil decir que mi padre me abandonó, que mi padrastro es un alcohólico que maltrataba a mi madre y que además nos obligó a huir de lo que considerábamos un hogar, dejando atrás mi oportunidad de obtener un título universitario. Así que solo le hablo de mis hermanos, mi mamá y mi tía, omitiendo todo lo demás.

Cuando me pregunta por mis estudios, le cuento que obtuve un cupo en la

Universidad del Zulia para cursar la carrera de Letras, pero que siempre he querido estudiar turismo y que espero poder hacerlo más adelante, cuando la situación económica de mi familia sea más estable. Digo esto y pienso *ahora falta que quiera pagarme la universidad también*. Pero él no me dice nada al respecto, sino que, después de estar un rato callado, quiere saber cuánto tiempo llevo con mi “novio”. Le digo que dos meses, volviendo a mentir, porque como reza el dicho, una mentira lleva a la otra. Después de eso, Juan Pablo no vuelve hablar hasta que llegamos a Chirimena, y solo lo hace porque yo le hablo primero.

—Gracias una vez más por todo. No tengo cómo pagarte, de verdad.

—No fue nada —dice serio mientras sus ojos claros se empeñan en mirarme de esa forma extraña que me produce un no sé qué en el cuerpo.

Aparto mis ojos cuando se me hace imposible seguir mirándolo y me bajo del carro sin decir más. Presiento que la voz me saldrá atrofiada si intento hablar. Me concentro en caminar hacia el frente, luchando con la idea de volver mi mirada hacia atrás.

—¡Noemí, espera! —grita su voz grave. Me detengo, pero mi corazón sigue andando, cada vez más acelerado e insistente. Temo que me dé otro ataque y termine en el suelo. Lentamente, doy la vuelta y me encuentro con su figura fuerte y varonil a dos pasos de mí. De forma involuntaria, miro su boca y el recuerdo de aquel beso inunda mi cabeza y de nuevo siento el vacío en mi estómago—. No te di los dos mil bolívares —dice extendiendo su mano con los billetes.

—Ah, sí. Gracias, Juan Pablo. —Agarro los dos mil bolívares y los meto en el bolsito.

—Creo que ya somos amigos, ¿no? ¿Puedes intentar con JP?

—No te prometo nada —respondo con una sonrisa torpe.

Él está cerca de mí, más de lo que debería. Me gusta su perfume, es suave y a la vez varonil. Me observa con atención y mi cuerpo reacciona con dolores agudos en mi vientre y pecho. Doy un paso atrás, nerviosa. Tengo miedo de lo que pueda intentar y no sé si tenga el valor de rechazarlo.

—Nos vemos en la playa el sábado. —Me da un beso en el cachete^[25] y se va trotando hasta su carro.

Me quedo parada como estúpida mientras él se aleja. Es que no puedo ni parpadear, ese beso me hizo querer otro, y no precisamente en el mismo lugar.

Cuando se sube a su carro, agita la mano como despedida y agradezco que esté a varios metros de mí para que no vea lo colorada que me puse.

Muchacha boba. Ese quizás no vuelva más por estos lares^[26] y vos toda emocionada. Es que hasta se me aceleró el corazón y solo fue un beso de nada.

Capítulo 3

26 de mayo de 2005

Solo Miguel sabe lo que pasó en Caracas hace tres días, y se lo dije porque necesitaba pedirle un favor, que se hiciera pasar por mi novio delante de Juan Pablo, algo de lo que me arrepentí al ver lo bravo que se puso cuando le conté de los dos mil bolívares y del trato que hice con el caraqueño. Dijo que él pudo dármelos sin ninguna condición, pero qué podía hacer, ese muchacho es más terco que una mula y no se iba a rendir hasta que dijera que sí. Y hablando del caraqueño... él había dicho que vendría hoy para lo del tour, pero no ha llegado y dudo que lo haga a esta hora. Seguro no estaba tan interesado en pasar tiempo conmigo como dijo ese día.

—Épale^[27], Noemí. ¿Qué haces aquí solita? —pregunta Miguel viniendo hacia mí. Viste franelilla^[28], pantalones de vestir cortados hasta la rodilla y anda descalzo, como casi siempre.

—Aquí, mirando el paisaje —contesto sin ánimo. Pero no es verdad, estoy parada junto a esta mata de coco, la misma en la que me besó Juan Pablo el día que nos conocimos, esperándolo. De ilusa, pensé que así se le haría más fácil encontrarme, pero creo que nunca tuvo intención de venir realmente. Y yo que hasta me hice un vestido para la ocasión, lo cosí en la máquina de mi tía. Es de estampado de flores, arruchado en el busto, sin tirantes, y cae suelto hasta encima de mis rodillas.

—¿Y no era hoy que venía el tipo ese?

—Sí, así dijo, pero no creo que aparezca ya —contesto fingiendo que me da igual, pero la verdad es que quería ver al caraqueño, he pensado mucho en él.

—Mejor así, no me gustaba la idea de que anduvieras con un desconocido por ahí —dice pareciendo realmente aliviado. Pero después comienza a actuar raro. Se rasca la cabeza y se apoya en un pie y luego en otro, nervioso—. Noemí... este... hay algo que quiero decirte desde hace mucho. Yo... —Cierra los ojos y suspira fuerte antes de seguir—. Estoy enamorado de ti, Noemí, y nada me haría más feliz que fueras mi novia. — Apenas termina de decir la última palabra, escucho la voz de Juan Pablo

gritando mi nombre, lo que causa que mi corazón se acelere como loco.

¡Sí vino!

Me volteo enseguida y casi se me cae la baba cuando lo veo. Juan Pablo está como le da la gana^[29] y hoy se ve mucho más guapo de lo que recuerdo. Está usando jeans, gomas y una franela roja de cuello “V”. Mis ojos no pueden apartarse de él y de esa sonrisa hermosa que me regala mientras se acerca. He pensado en él todos estos días, pero ahora que lo vuelvo a ver, me doy cuenta lo mucho que me gusta. Mi corazón está retumbando en mi pecho como los tambores de Barlovento^[30] y mi piel se ha erizado como si el frío me estuviera helando y aquí hay tremendo sol—. Hola, se me hizo tarde en la clínica, pero llegué. ¿Aún estoy a tiempo para el tour? —pregunta sonriéndome.

—No habrá ningún tour, te voy a dar tus dos mil bolívares para que te vayas de una vez —dice Miguel de salido^[31] parándose a mi lado, y juro que se me había olvidado que estaba ahí. No me dejó ni hablar. Estoy que me muero de la vergüenza. Yo nunca dije nada de devolverle el dinero.

—¿Y tú quién eres? —protesta Juan Pablo con cara de pocos amigos^[32]. Y no es pa’ menos, Miguel fue muy grosero con él.

—Miguel, el novio de Noemí. ¿Verdad, mi amor? —dice agarrándome por la cintura, me acerca a él y me estampa un beso en el cachete. *¡Se está pasando!*

El caraqueño aprieta los labios y lo fulmina con la mirada. Después, me mira a mí esperando que confirme lo que Miguel dijo y, por un momento, pienso en decir no, pero eso dejaría mal parado a Miguel y él solo está haciendo lo que le pedí antes.

—Sí, él es mi novio —murmuro sin querer decirlo. Estoy tan apenada con Juan Pablo por todo esto. No merece que le mienta así. Y cuando veo lo triste que se vuelve su mirada, más mal me siento.

—Ya veo —dice serio y mira a Miguel—. Deja así lo del dinero, no los necesito. Después me mira a mí—. Me voy, Noemí. Espero que seas muy feliz con tu novio.

—Espera, Juan Pablo. No te vayas así. Voy a enseñarte Chirimena como prometí. —Le digo cuando me da la espalda.

—Adiós, Noemí —murmura mirándome por encima del hombro y comienza a alejarse.

Me separo de Miguel y voy tras él.

—Siento todo esto. No sabía que Miguel se iba a poner así de impertinente. Él no es malo, pero es demasiado celoso. Solo se trataba de un paseo, no era para que tomara esa actitud. —Le explico cuando lo alcanzo. Estoy enojada con Miguel por ser tan odioso, aunque no puedo culparlo de todo, yo soy responsable por mentir desde un principio y pedirle que se hiciera pasar por mi novio.

—Tú me gustas en serio, Noemí —dice Juan Pablo deteniéndose delante de mí—, pero entiendo que tienes novio y que yo no pinto nada en esta historia. —*¡No! No tengo novio, te mentí.* Quiero decirle, pero antes de que pueda abrir la boca, agrega—: Adiós, Maracucha. Nunca te olvidaré —y se aleja de mí corriendo.

No puedo dejar que se vaya sin que sepa la verdad. Sé que si lo dejo ir, no volveré a verlo y eso no es algo que quiero que suceda. Él me gusta más de lo que quería admitir, ahora lo sé.

Corro y grito su nombre con fuerza sin importar que me llamen loca, sin saber si me escucha porque lo perdí de vista. Corro y corro sin detenerme, pero comienzo a perder el aliento y mis palabras son absorbidas por el aire, viajando al lado opuesto. Pronto mi carrera se convierte en trote y el trote en pequeños pasos hasta que dejo de andar. Mi corazón late de prisa, me falta el aire y mi cuerpo se siente débil, tanto que mis rodillas no pueden sostener mi peso y termino hincada sobre la arena caliente.

—¡Noemí! —grita un tiempo después, no sé cuánto, una voz que parece la del caraqueño, pero quizás me desmayé y estoy en medio de un sueño. Puede ser, una vez soñé que estaba subiendo las escaleras del liceo y me desperté en mi cama. Aunque peor fue cuando soñé que estaba en el sanitario orinando y me desperté mojada. ¡Con quince años y me oriné encima! Y hubo otro que... —. ¿Me escuchas, Noemí? —pregunta sosteniéndome entre sus fuertes brazos, y se siente real, muy real, hasta olfateo el olor de su perfume.

—Hueles... bien... —murmuro contra su pecho, sintiendo el palpito constante de su corazón.

—¿Qué le pasa a la muchacha? —pregunta una voz femenina. Parpadeo lentamente y logro ver los ojos claros de Juan Pablo mirándome. *Son tan bonitos, tan dulces...*

—No sé, la encontré en el suelo. Consígame un poco de agua, por favor. —Le pide escuchándose angustiado.

—Sí, mijo. Ya mismo le traigo.

—Sigue mi dedo, Noemí. —Me pide moviendo su dedo índice de derecha a izquierda lentamente delante de mi cara.

—Mimi —susurro mientras sigo su dedo.

—¿Qué?

—Mis amigos me dicen Mimi.

Él sonrío y me mira con calidez, provocando extrañas sensaciones en mi cuerpo. Es demasiado intenso lo que el caraqueño despierta en mí, y me asusta, me asusta mucho, porque es la primera vez que me siento así por alguien.

En ese momento, llega la señora con el vaso de agua y me lo pasa. Lo sostengo entre mis manos y bebo el contenido poco a poco. Está fría y atraviesa mi garganta como pequeños cuchillos filosos.

Con el agua que queda en el vaso, Juan Pablo se moja la mano y la pasa por mi frente con suavidad sin apartar sus ojos de los míos y es hasta entonces que me doy cuenta de que estoy sentada en sus piernas, con sus brazos sosteniéndome de una forma demasiado íntima para dos personas que apenas se conocen. Sin embargo, no quiero apartarme de él, me gusta tenerlo cerca.

—¿Ya te sientes mejor? —Quiere saber, mostrándose todavía preocupado. Es tan lindo que se interese así por mí, aunque también es extraño. No nos conocemos lo suficiente como para que le importe tanto.

—Sí, creo que ya puedo levantarme —respondo con una sonrisa tímida.

—Bueno, vamos a intentarlo —murmura con una pequeña sonrisa que hace volar mariposas en mi estómago. Me encanta su sonrisa, me encanta él.

Bajo los pies de su regazo y me apoyo en sus hombros para levantarme. Él está sentado bajo la sombra de un árbol, sobre una piedra grande que he visto muchas veces cuando uso este camino. Logro ponerme en pie sin problemas y luego él se levanta, quedando muy cerca de mí una vez más, y me observa con la misma intensidad de antes, como si quisiera leer mis pensamientos; y si pudiera hacerlo, descubriría lo mucho que deseo que me bese como la primera vez.

—Te mentí, Miguel no es mi novio —admito sin perder más tiempo, no quiero que siga pensando que estoy con alguien cuando no es así. Necesito que sepa que soy libre.

—¿Qué? ¿Por qué lo hiciste? —Su expresión es una mezcla de duda y asombro.

—Porque... yo... me da pena decirlo. Pero lo cierto es que él no es mi

novio, nunca lo fue. Solo somos amigos.

Juan Pablo niega con la cabeza y retrocede un par de pasos.

—No tengo tiempo para esto, Noemí. Me mentiste y usaste a ese muchacho, que por lo que vi está enamorado de ti, para seguir con tu mentira. No eres la persona que pensé —dice decepcionado y siento tanta pena que quisiera salir corriendo.

—Cometí un error, lo sé, y estoy muy arrepentida, Juan Pablo. No pensé en las consecuencias, solo dije que tenía novio para que me dejaras tranquila.

—No te preocupes, no pienso molestarte más. —Su mirada tan fría como un tempango de hielo y me duele que me mire así.

—No me molestas, Juan Pablo. En serio. Solo... intentaba protegerme.

—¿Protegerme de qué? —Me mira confundido. Y no necesito tiempo para darle una respuesta, la tengo muy clara, pero sí para decirla, porque es algo que no quería que nadie supiera, menos él.

—De ti, porque la vida me ha enseñado que no se puede confiar en los hombres —confieso finalmente, me tomó varios minutos hablar, y apenas me salió la voz, pero él pudo escucharme, lo sé por su cambio de expresión.

—No sé qué te hicieron para que pienses así, pero puedes confiar en mí, Noemí. Nunca te haría daño —promete dando un paso al frente, eleva la mano hacia mi cara y me la toca lenta y cariñosamente. Entonces recuerdo a Antonio haciendo lo mismo con mi madre, besándola y abrazándola. La trataba así al inicio de su relación, pero después comenzó a beber, a gritarle, a pegarle...

—No, no puedo. Lo siento. —Me aparto de Juan Pablo y me alejo corriendo sin detenerme hasta llegar a un lugar seguro donde él no pueda encontrarme, porque me estuvo llamando, gritó mi nombre pidiéndome que me detuviera, pero no lo hice porque no quiero decirle qué me hizo huir.

Capítulo 4

05 de julio de 2005

Me levanto de la cama temprano en la mañana y arropo a Esther, que siempre termina sin sábana por estarse moviendo. Al fin pudimos comprar un colchón y una vecina nos prestó una camita individual donde ahora dormimos las dos. La instalamos en una de las dos piezas mientras terminan el cuarto que mandó a construir mi tía para nosotros. Solo falta el techo, pero esta semana lo va a comprar.

He ido a Caracas dos veces más desde la vez del atraco, pero gracias a Dios he llegado a casa con el dinero completo y sin ninguna historia para contar.

Hoy es feriado nacional –por celebrarse el día de la Independencia de Venezuela– y Chirimena va a estar llena, por eso mami también va a salir a vender las empanadas conmigo y, más tardecita, va a despertar a Esther para que venga también. Yo prefiero que mi hermana no trabaje, pero mi mamá dice que tiene que ir aprendiendo.

No he sabido más de Juan Pablo, pero los chismes vuelan y, cuando llegué a la casa ese día, mi tía y mi mamá me montaron un interrogatorio. Les conté algunas cosas, dejando por fuera lo del atraco y todo eso. Mi mamá dijo: «Cuidaito y te dejáis preñar». «Qué preñar ni que nada, si ni novio tengo», contesté. Ella salió con uno de sus dichos. «*El hombre es fuego; la mujer estopa*^[33], *llega el diablo y sopla*». Yo tenía otro en la punta de la lengua: “*Cada ladrón juzga por su condición*”, pero el regaño que me hubiera pegado no iba a ser normal así que me quedé callada.

Hice tres viajes de la playa a la casa para buscar empanadas. La segunda vez, Esther se vino conmigo y mami se quedó haciendo empanadas con mi tía. No podía concentrarme bien por estar pendiente de Esther. Ella no es tan pila^[34] como yo, aunque creo que no lo soy tanto porque me dejé atracar como boba por aquel chamo. Todavía me da rabia cuando me acuerdo.

A mitad de la mañana, Esther sigue con las empanadas y yo me dedico al rompe colchón; los frascos son más pesados y los clientes peor. Siempre hay un impertinente que se quiere aprovechar.

Miguel también le está sacando provecho al feriado y está haciendo viajecitos para Playa Majagua. Por cierto, después de ese día, no hemos hablado más del tema. Él sabe que no me gustó la forma en la que se comportó y creo que se imagina la respuesta que le iba a dar antes de que el caraqueño apareciera.

A las cinco de la tarde, estoy molida. Quiero tirarme en la cama y no pararme hasta el jueves, pero todavía hay turistas en la playa y la venta ha estado buena. Me interesa seguir trabajando, una parte de la ganancia va a terminar en la alcancía que hice con un pote de leche vacío. Estoy reuniendo para salir a conocer Venezuela, como tengo planeado.

—Hola, trigueñita^[35]. ¿Cuánto por un rompe colchón? —pregunta un chamo joven que no parece necesitar uno de estos. Creo que esto lo he vivido antes, aunque este no se parece al caraqueño en nada. Es flaco, moreno y narizón. También tiene una risita de burla que te dan ganas de borrarle con una cachetada.

—Trescientos bolívares —contesto.

—Noemí ¿verdad?

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Mi amigo Juan Pablo me habló de ti —contesta y solo de escuchar su nombre mi corazón se vuelve loco. Miro detrás de él para ver si veo al caraqueño por ahí, pero hay mucha gente y no puedo encontrarlo—. No está aquí —dice dándose cuenta que estaba buscando a su amigo.

—¿Quién? —Me hago la desentendida.

—Mi amigo Juan Pablo, el médico que te ayudó en Caracas cuando te atracaron.

—¡Ah, sí! Ya me acuerdo. —Sí, como si hubiera podido olvidarlo.

Él entrecierra los ojos con un aire de sospecha. No me cree.

—Se fue a Londres, pensé que querías saber.

¿Se fue de Venezuela? Seguro a estudiar, como dijo.

Trato de ocultar mi desilusión y me pongo a la defensiva.

—¿Yo? ¿Por qué? Me da igual dónde esté él. Disculpa, pero me tengo que ir. Estas cosas no se venden solas. —Lo digo seria. Estoy tan brava que me provoca gritar y jalarme los pelos. Juan Pablo solo estaba buscando una aventura y, como vio que yo no era de esas, se largó. Menos mal^[36] que no caí en la trampa.

—Ay, verdad. Dame uno. Trescientos, ¿no?

—No hace falta, chamo. Sé que solo era una excusa.

—Me llamo Elías, por cierto. Y en verdad sí iba a comprar. Por ahí anda mi papá y quiero echarle una broma. —Una sonrisa pícaro se dibuja en su boca. Es tremendo el tal Elías. Ahora que recuerdo, Juan Pablo dijo algo de él cuando veníamos en su carro y no fue bonito. Llamó pleitista a los maracuchos.

Una vez que le entrego el frasco y recibo el dinero, doy media vuelta y me voy. Él grita: «Adiós, maracucha. Le voy a decir a JP que le enviaste saludos», pero no me preocupo en contestarle. Estoy más apurada por irme a esconder para drenar mi rabia que acumular más.

No sé por qué me asombra. Hombre es hombre, aunque tenga otro nombre. Claro, me vio así, tosca y con cara de boba y dijo nada, a esta la engatuso con un de mis alucinantes sonrisas o tal vez con una miradita de esas de príncipe que tengo. Es que si lo tuviera en frente...

—¿Y si solo fue un viaje corto? —dice Ariana. Fui a parar a su casa y le conté lo que el amigo de Juan Pablo me dijo.

—Sí, como no. Ahora entiendo lo que quiso decir aquella vez. «No tengo tiempo para esto». Él quería resolver rápido y, cuando vio que no se le iba a dar, se fue. Ay, pero es que no pude salir más boba.

—Ni tan boba porque no te besó ni nada ¿o sí?

—Pero quería, Ariana. Ese es el problema, quería que me besara.

—Ajá, ¿y qué tiene eso de malo? Es normal, Mimi.

—¿Normal? Será estúpido. Él es Juan Pablo Cáceres, un caraqueño con reales y profesión, y yo, una vendedora de empanadas. ¿Para qué quería que me besara si sabía que su mundo y el mío nunca iba a encajar? Sabéis qué, creo que esta experiencia es lo mejor que me pudo pasar. Se aprende de los errores.

—Pero, Mimi, estamos en otra época. No creo que eso de la clase social afecte de algún modo. Además, ser vendedora no te hace menos. Eres inteligente y, quizás ahorita no estás estudiando, pero eres joven y tienes tiempo de sobra.

—Tienes razón, no debo sentirme menos porque esté trabajando en la playa para ayudar a mi mamá. Cuando reúna lo suficiente, voy a inscribirme en una universidad y estudiar una carrera.

—Así se habla. Que Juan Pablo Cáceres y todos los hombres como él se

vayan a la mierda.

Capítulo 5

01 de agosto de 2005

Llegaron las vacaciones escolares y, con ellas, los temporaditas. No hay posada ni hotel libre en Chrimena. Y qué decir de la playa, hay tanta gente que apenas uno puede caminar. Con la temporada alta, también llega los vendedores de viagra^[37], chucherías, trajes de baños, pelotas, cepillaos, panela con limón... hay de todo. Hasta aparecen las populares bananas. Son un tipo de inflable donde la gente se monta, que es arrastrado por una lancha. En la última vuelta, siempre dejan caer a las personas porque y que es divertido. Claro, tienen salvavidas y toda la cosa, pero yo ni loca me subo ahí. Yo grito algo me toca debajo del agua y me da pánico no sentir la arena en mis pies. Lo más hondo que llego es hasta que me cubra el pecho. De ahí, ni que me paguen avanzo más.

No quiero sonar quejumbrosa, pero a veces quisiera ser uno más del montón. Estar ahí sentada en una de las sillas playeras leyendo algún libro. Tal vez, dar un paseo en lancha por la costa o simplemente mirar el paisaje desde la orilla, donde se escucha el romper de las olas mientras el agua te salpica como una llovizna. Un día de vacaciones, eso me gustaría mucho.

—Aterriza, hija, estáis como boba —dice Esther.

—No estoy como boba nada. ¿Ya vendiste todo?

—Sí, voy a buscar más empanadas.

—Dale, daré otra vuelta a ver qué se vende. Nos vemos aquí en la mata en un ratico. No comencéis a vender hasta que yo te venga a buscar.

—Ya sé, Mimi. —Se queja girando los ojos.

Hay que tener cuidado con esa muchacha, es muy inventora. La otra vez se echó una perdía que tardamos dos horas para encontrarla y ella muy tranquila jugando detrás de la plaza a la cuerda con su amiguita María. Estuvo castigada por dos semanas.

La vueltica por la playa me llevó más de lo que quería. Es difícil caminar entre tanta gente. Cuando llego a la mata de coco donde me debía esperar Esther, me encuentro a Ariana. Me dice que tiene rato esperándome para decirme que Francisco se cayó de una mata de mango y que se rompió

una pierna. Ángel, un vecino del pueblo, lo llevó en el carro con mi mamá hasta el Hospital General de Higuerote, a media hora de aquí.

Corro hasta la casa y encuentro a Esther llorando en la cama. Mi tía se fue con mi mamá y la dejaron aquí mientras Ariana me encontraba. Está muy asustada la pobre porque lo vio cuando se cayó. Ella es la más nerviosa de los tres. Y más desde lo que pasó en Maracaibo.

—¡Mimi! Yo le dije que no se subiera, pero no me hizo caso. Le grité que se bajara, que lo iba a acusar y creo que por eso se cayó. Es culpa mía — lloriquea.

—No, es culpa de él por encaramarse ahí. Pero quédate tranquila, ya lo están llevando al hospital y seguro no es mucho.

—Sí es mucho, Mimi. Se le salió un hueso y todo. ¿Y si le cortan la pierna y queda mocho?

—¿De dónde sacáis esos inventos? Lo más seguro es que le pongan un yeso como a Luis ¿te acordáis? —Era un vecino de Maracaibo que se rompió la pierna cuando chocó en la moto.

—¿Vos creéis? —pregunta hipando por el llanto.

—Sí. No lloréis más, Esther. Él va a estar bien.

Mamá tuvo que prestarle cobres Ángel para comprar las medicinas y para hacer la placa a Francisco en una clínica privada porque en el hospital se había dañado la máquina, como cosa rara^[38]. Gracias a Dios no se le salió ningún hueso como había dicho Esther. Creo que por los nerviosos se confundió, pero sí le pusieron un yeso.

Destapé el pote donde estaban los quinientos bolívares que había ahorrado y se los di a mi mamá para que le pagara al vecino. Ella no tenía nada guardado porque le había dado a mi tía para las láminas de zinc que hacían falta para terminar el techo.

—Esto me pica. —Se queja Francisco tratando de rascarse la pierna enyesada. Él es igualito a su padre, tiene los ojos grandes color café y el pelo castaño oscuro, casi negro. Desde chiquito dijo lo que iba a ser. Comenzó a caminar a los diez meses y era demasiado inquieto. No es la primera vez que se cae por andar montándose en matas o bahareques^[39], pero nunca se había lastimado así.

—Quién te manda a montarte en la mata sin permiso. Ahora te aguantáis. —Le digo.

—¡Odiosa! —grita y me saca la lengua.

Salgo de la casa y le digo a mi mamá que voy un ratico para la playa. Este día ha sido una locura y necesito relajarme un poco antes de irme a dormir. Ella me dice que tenga cuidado porque hay muchos extraños por ahí, contesto que Miguel seguro está cerca preparando la lancha para la pesca de la mañana.

No es la primera vez que voy de noche a la playa, pero con la temporada alta, no está tan sola como de costumbre. Hay algunos turistas bañándose en la oscuridad, lo sé porque la gente de aquí muy poco se mete en el agua a esta hora. Quizás con tantos años viviendo aquí, ya les aburriré.

Yo ni loca me meto de noche. Si de día me dan miedo las algas o cualquier animalito acuático que me pase por las piernas, a esta me moriría infartada si algo me toca. Les tengo mucho miedo a los tiburones. Prefiero sentarme en la arena y escuchar el sonido de las olas desembocando en la orilla mientras siento la brisa acariciando mi piel, llenándome del aroma a mar —una mezcla de sal, arena y pescado fresco—. Pensarán que eso último puede ser appestoso, pero no. Es simplemente el olor de la naturaleza y me encanta.

Las noches de luna llena, esas son las más bonitas y, junto a las estrellas, ilumina la oscuridad que inunda las aguas claras cuando el sol se ha escondido. Como hoy, que la veo reflejada en el agua, danzando al ritmo de las olas.

Miro a un lado cuando escucho un par de risas y veo a una pareja jugando en la orilla. Están salpicándose con agua, que seguro está fría porque ella chilla que pare, pero él no lo hace. La carga en el hombro y camina con ella hasta que solo se ven sus cabezas. Dejo de mirar cuando se comienzan a besar, creo que lo que viene después no es asunto mío, aunque lo otro tampoco era.

—Sabía que estarías aquí. ¿Cómo está Francisco? —pregunta Miguel sentándose a mi lado.

—Quejándose más que la vaina, pero bien. Creo que lo va a pensar dos veces antes de subirse de nuevo a una mata.

—Ojalá, pero lo dudo mucho.

—Lo sé —digo con un suspiro. Ese muchacho me pegó tremendo susto. El corazón casi se me sale del pecho cuando Ariana me dijo—. ¿Alguna vez has pensando en vivir en otro lado? —Le pregunto a Miguel.

—Nah, me gusta aquí. Dormirme con el sonido de las olas, ver las montañas bordeando las costas, oler el mar, ver salir el sol tempranito montado en la lancha... —responde con un brillo de emoción en sus ojos—. Me acostumbré a Chirimena y, las pocas veces que ido a la capital, me entra desesperación por volver aquí.

—Pero hay muchos sitios para visitar en Caracas lejos del bullicio de la gente. Dicen que el Ávila es muy bonito.

—Bueno, sí, pero no me da mucho tiempo de salir por ahí.

—Sí, entiendo. —Vuelvo mis ojos al mar. Hay algo en la forma que me mira Miguel que me está poniendo nerviosa.

—Podemos ir al Ávila^[40]. Solo tendría que buscar a alguien que ayude a mi papá ese día —propone.

—Sí, después que pase la temporada alta podríamos ir al Ávila. También me quiero subir al metro.

—Ay, eso es un caos —resopla.

—Bueno, es parte de la experiencia.

—Me gusta más viajar en la lancha.

—De eso ni me habléis que todavía me duele la garganta de los gritos que pegué aquella vez. —Él se ríe y yo reacciono dándole un puñetazo en el hombro. Ese fue el viaje más horrible de mi vida. ¡Creía que la lancha se iba a voltear!

—¿Qué creías que ibas a encontrar en el mar abierto? ¿Aguas tranquilas? Por algo los surfistas vienen a Chirimena, por las olas.

—Pero pudiste advertirme. Me sentía un personaje de la Tormenta Perfecta^[41]. —Se vuelve a reír—. Dejé de burlarte mío, Miguel de Jesús.

—Es que eres muy graciosa. —Su sonrisa se va diluyendo mientras mira mi cara. En realidad, mi boca. Lentamente, se inclina hacia mí. Más cerca. Más. Me levanto de la arena cuando está por besarme y me voy corriendo a la casa de mi tía, que queda en una loma alta, detrás de uno de los kioscos donde venden pescado frito y otros tipos de almuerzos. En el día, se puede ver desde la playa la construcción de bloque rojo de arcilla, con sus techos de zinc.

Un bombillo amarillo ilumina la entrada, ya apagaron la luz del cuarto porque se ve oscuro a través de la ventana. Subo los escalones, que improvisaron con pedazos de piedras, y rodeo la casa para entrar por el fondo porque la puerta del frente tiene dañada la cerradura y no se puede abrir desde

afuera.

Tomo un respiro antes de entrar. La opresión en mi pecho hace que mis pulmones duelan, como aquella vez, cuando me caí de rodillas cerca de la plaza. Siempre que corro termino así, cansada y con el aliento pesado. Debería ir al médico, como dijo Juan Pablo, pero no quiero preocupar a mi mamá. Ya tenemos suficiente con lo de Francisco y, además, capaz que me mandan a hacer una chorrera^[42] de exámenes y no tenemos cobres.

Entro a la casa después de un rato y camino con cuidado para no despertar a mi tía, que duerme en el mismo cuarto que nosotras en una hamaca junto a la ventana. Mi mamá y Francisco duermen en el de al lado, que es un poquito más pequeño.

Me cambio el vestido por un pijama de pantalón corto y una blusita de tiritas, me cepillo los dientes y voy a acostarme.

Esta muchacha duerme explayada, pienso al ver a Esther toda abierta en la cama, como si fuera la única que duerme ahí. A veces, hasta me pateo y termino en el suelo.

La acomodo de costado y logro hacerme espacio para meterme a su lado, aunque no tengo nada de sueño. Tengo los ojos bien abiertos, pero está tan oscuro que solo veo puntitos de colores. Es algo extraño que solo percibo cuando está muy oscuro. ¿Seré yo sola o alguien más lo ve? Está tan silencioso aquí dentro que escucho a los sapos croando y a dos grillos chillando fuerte. Son una ladilla^[43].

Odio no tener sueño, los pensamientos son más perturbadores que los benditos grillos. No dejo de darle vueltas a lo que casi pasa con Miguel. Me da cosa^[44] con él, pero no me gusta de esa forma y no voy a andar besándome con nadie solo para pasar el rato. También me da rabia, porque me gustaba ser su amiga, pero ahora todo va a ser raro entre nosotros. Bueno, él me dijo aquella vez, cuando Juan Pablo nos interrumpió, que estaba enamorado de mí, pero yo estaba haciéndome la loca^[45]. Pero ahora, que quiso besarme, no puedo seguir fingiendo. Ojalá se fijara en alguien más, hay muchachas más bonitas que yo aquí. Como Jimena, esa puede ir muy bien al Miss Venezuela^[46] y segurito gana. Es delgada, tiene un hermoso cabello liso y largas y perfectas piernas. Debe tener la medida exacta 90/60/90 que exige Osmel Sousa^[47]. ¿Por qué no se fija en ella? Aunque lo mismo podría decirme yo. ¿Por qué no me

fijo en Miguel? Es divertido, confiable, amable y trabajador. Tiene bonitos ojos, músculos marcados y una piel canela que le da cierto atractivo exótico, como dice Ariana. A ella no le gusta, tiene un novio muy simpático^[48] llamado Javier.

Bueno, volviendo al tema de Miguel. Creo que la atracción no funciona así, parece que es algo más al azar y tuve la mala suerte de fijarme en el menos indicado, quien ahora está en otro continente, bien lejos de aquí. Pero mejor ni pienso en él porque me pongo toda boba y melancólica.

Retomando lo de la atracción, no entiendo cómo hacían esas mujeres que las emparentaban desde antes que nacieran. No me imagino casada con alguien que no me guste. Y ya quedó claro que no importa lo bueno que esté o lo amable y divertido que sea, en el corazón no se manda y tampoco en algunas emociones. Hay cosas que van más allá del atractivo, eso que llaman química. El primer niño que me gustó no era bonito, tenía dientes de conejo y hasta gagueaba al hablar, pero cuando lo veía, me partía toda. Creo que mi primer beso fue con él. Sí, escondida detrás del salón de clases. Después de eso, dejó de gustarme, eso de besar me pareció malo. Luego me di cuenta de que sí era bueno besar, pero no con él.

Cuando el gallo canta en la mañana, apenas comienzo a entrar en calor. La hora sabrosa, a golpe de cinco a seis de la mañana, cuando más a gusto está uno en la cama. Pero toca levantarse, ya mi mamá ha venido dos veces y creo que a la tercera me hecha agua fría en la cara.

—Se te pegaron las sábanas, Nohemí Esther. —Que mami me llame por mis dos nombres es sinónimo de regaño. Y es que lo dice con ese tonito que a uno le para los pelos—. Tomá un poquito de café a ver si espabiláis^[49].

Camino como sonámbula hasta el termo de café y lleno una taza de cerámica, esa que la falta la oreja y está astillada en uno de los bordes. No soy mucho de tomar café, pero ayuda a despertarse y a cargar pilas.

—¿A qué hora llegaste de la playa?

—Temprano, es que no tenía sueño.

—¿Y eso?

—No sé, quizás fue el susto por lo de Francisco.

—Sí, seguro fue eso —dice mi mamá no muy convencida.

Me siento en la mesa donde está mi tía llenando la masa de guiso de empanadas; mi mamá está en el fogón friendo las que ya están listas. Quien las

ve, no llega a pensar que son hermanas; mi tía Asunción es morena, tiene la nariz fina y pequeña, es delgada y bajita; el pelo lo tiene pintado de negro y lo lleva corto. Mi mamá es blanca, aunque se ha tostado con el sol; su nariz es grande y ancha, y sus ojos son color miel; los de mi tía son marrón oscuro. Su cabello es castaño medio y, aunque lo tiene largo, siempre lo lleva recogido en una cebolla. Su contextura es gruesa, con buenas piernas y un gran trasero. Sus rasgos son una mezcla de mis abuelos. Él, un negrito con herencia africana nacido en Bobures, un pueblo del Sur de Lago de Maracaibo. Ella, blanca de rasgos finos y delicados, heredados por su padre, que era de descendencia española. Tuvieron cuatro hijos, pero ya los varones fallecieron y solo quedan ella dos.

Me levanto de la silla cuando mi mamá me dice que me cambie la ropa para salir a vender el primer lote de empanadas. Me pongo uno de los cinco vestidos que yo misma cosí y abajo una short para no mostrar todo cuando sople en la playa, que es casi todo el tiempo. Me hago una trenza en el pelo y me pongo las únicas sandalias que tengo, unas negras de tiritas finas. Creo que me va a tocar comprarme otras, están por romperse.

—Va a saber lo que es bueno si se aparece por aquí. Cualquiera cree que es por los muchachos —dice mi tía. Me quedo escondida para escuchar la conversación, creo que están hablando de Antonio.

—Son sus hijos, Asunción. Si quiere verlos, no puedo quitarle el derecho.

—Es un sinvergüenza, Miriam. ¿Quién te dice que no va a tratar de convencerte de que se vayan con él?

—Vos sabéis que no me voy a ir con él. *Pa tras, ni pa agarrar impulso.*

—Bueno, pero aquí no va a entrar. Que los vea en la plaza o en la playa. Es que si lo veo...

—No creo que venga tampoco, ese es más hablachento^[50] que nada.

La idea de que Antonio venga a Chirimena me asusta. No quiero verlo, no quiero que mi mamá vuelva con él y nos lleve de regreso a ese infierno. Me gustaría ir a Maracaibo, sí, pero no con él. Ojalá no venga. Sé que mis hermanos lo deben extrañar, es su papá, pero no es un buen hombre.

Cuando salgo a la enramada, las dos dejan de hablar sin saber que las escuché. Me hago la que no sé y me voy con mis empanadas a la playa. Para las diez de la mañana, ya he hecho cuatro viajes; Esther hizo dos, pero creo

que tocará otra ronda porque todavía están pidiendo.

Me recuesto en la hamaca, que está colgada en el patio entre dos matas de mango aprovechando que mi mamá me dijo que me quedara, que ella saldría a vender hoy el rompe colchón.

A las cinco de la tarde, decido bajar un rato a la playa, ya estoy acostumbrada a estar por ahí y me siento extraña cuando tengo muchas horas sin ir. Antes de salir, entro para la casa a ver qué están haciendo mis hermanos. Esos juntos son dinamita.

Les digo que voy a salir un ratico, que se porten bien, y ellos responden «dale» sin siquiera mirarme. Están jugando con una consola de vídeo y no le paran a nadie mientras tengan un par de controles en la mano.

Desde la loma donde está la casa, se ve la playa atestada de temporadistas y, más allá, un par de surfistas sorteando olas. Mi mirada viaja un poco más atrás, donde el sol comienza su descenso y eso me hace sonreír. Me gusta ver el atardecer y hasta tengo mi lugar favorito, sobre una gran piedra al lado oeste de la plata.

Comienzo a bajar los escalones, manteniendo la sonrisa en los labios, pero desaparece de golpe cuando me encuentro con un par de ojos celestes que me miran con un brillo de emoción y, a la vez, añoranza.

—Hola, Noemí —dice él. Su voz más ronca y varonil de lo que recuerdo. La brisa del mar trae a mí su perfume, que huele a hombre, una mezcla de alcohol añejo y madera recién cortada. Su cabello está rapado casi al ras y está vistiendo una franela manga larga color vino, que resalta su piel pálida y sus hermosos ojos.

Estoy embobada con el hombre que no aparta sus ojos de los míos ni una vez. No puedo creer que en verdad esté aquí.

Desde mi posición, estoy por encima de él, pero me siento inferior, tan chiquita como un grano de arena de entre miles. Siento que mi estómago se vacía y se llena de forma intermitente, como las luces de Navidad, mientras que mi corazón marca un ritmo tan veloz que puedo escuchar sus pálpitos en mis oídos.

—Pero tú... Elías dijo que... —balbuceo. Él guarda silencio y sube el siguiente escalón, quedando a mi altura. Uno más y estará junto a mí.

—Me seguiste, Noemí. Crucé un océano entero, pero te fuiste en mis pensamientos y en mi corazón —susurra. Sus ojos siguen perennes en los míos, sus labios se mojan uno contra el otro y mi corazón se precipita contra mis

pies. ¡Quiero abrazarlo! Y no solo eso ¡Besarlo! Sí, hasta que el sueño termine o me dé cuenta de que es más que eso—. No sé si hice bien en venir a verte, pero tenía que hacerlo.

—No pensé que volverías. —Mis palabras suenan débiles, forzadas a salir entre mis labios con aliento escaso. Lo que mi corazón hace cuando estoy cerca de él me lleva a perder el control. Jamás me sentí así con nadie y me asusta. No quiero terminar con el corazón roto.

—Tenía que hacerlo.

—Sí, te d-debo un p-paseo.

¡Qué bonita yo, tartamudeando como boba!

—No lo digo por eso, Noemí. —Sube el otro escalón y solo nos separan escasos centímetros. *Ay, Dios. No me miréis así que estoy que me desmayo*—. Quiero verte cada día, cada segundo. Pienso en ti antes de dormir e imagino las cosas que pudiéramos hacer juntos. A veces, sonrío porque me gusta mucho lo que mi mente construye, pero después me doy cuenta de que no es suficiente. No sé si sientes lo mismo que yo, al menos un poco, pero vine aquí a descubrirlo.

No sé qué decir. Estoy tan muda que creo que perdí la lengua. Las cosas que me dice son tan bonitas, pero mi mente quiere racionalizarlas. *Del dicho al hecho, hay mucho trecho*, dice el refrán popular. ¿Será cierto? ¿Y si se vuelve a ir a Londres y nunca más lo veo?

—Dime algo, por favor. La incertidumbre me está matando. ¿No debí venir? ¿Me voy?

—Yo también he pensado en ti —admito mirando sus ojos, y es inevitable notar también sus labios rosados, que recuerdo suaves cuando se juntaron con los míos—, pero tengo miedo, Juan Pablo. Tú eres mayor que yo, conoces el mundo, y quizás tu única intención al venir aquí sea obtener algo que no estoy dispuesta a entregarte solo porque dices cosas bonitas.

—¿Y si solo quiero un beso? —*Ay, ¿y si yo quiero dos?*—. Porque está bien que desconfíes, apenas me conoces y yo...

Sello su boca con un beso y me olvido de mis argumentos, de mi incredulidad hacia los hombres y el amor. Solo dejo que pase y después veré.

Su boca encaja perfecta en la mía y sus labios son más suaves y generosos de lo que recuerdo de aquel primer beso fugaz. Esta vez, no lo muerdo ni intento apartarme. Al contrario, deslizo mis manos por sus brazos y las sostengo en sus hombros anchos. Las suyas se mueven lentamente por mi

cintura hasta alcanzar mi espalda y me pegan a él.

De todos los besos que me dieron alguna vez, este es único y sé que, aunque pasen años, nunca lo voy a olvidar. Es cálido y, a la vez, apasionante. No sé si es un beso de amor, si habrá más de esos o si significa algo más de lo que pasa ahora, pero algo sí es seguro, no quiero que termine.

—Mucho mejor de lo que imaginé —dice él. Su frente se posa contra la mía y su aliento acaricia mis labios. Muevo mis manos hasta su pecho, sobre su corazón, y siento sus latidos acelerados, parecidos a los míos.

Entonces es normal. No estoy por sufrir un infarto o nada como eso. Pero moriría feliz, eso sí.

—Todavía te debo un paseo —murmuro. Está cerca de mí, pero noto que está sonriendo.

—Eres terca, muchachita —dice apartándose de mí. No le contesto con una de las mías porque me está mirando de esa forma dulce e intensa que me derrite por dentro. El caraqueño tiene una magia que me envuelve y me hace volar ligera.

Sus dedos acarician mi rostro con sutileza, pero me hace hervir la piel.

—¿Volverás a Londres? —Tengo que preguntar. No quiero hacerme falsas ilusiones y terminar desecha.

—Eso depende de algo. —Su respuesta es muy ambigua, pero temo preguntar más—. ¿Quieres saber de qué depende? —pregunta como si leyera mis pensamientos. Asiento—. De ti.

—¿Por qué?

—De la respuesta que me des tú.

—¿Fuiste a estudiar pediatría en Londres? —No quiero que decida nada basado en mi opinión. Apenas nos conocemos, no puede darme esa carga a mí.

—Puede ser.

—¿Sí o no, Juan Pablo?

—Sí, pero puedo estudiar aquí también. Lo que no puedo hacer es estar a un continente de distancia de ti.

Doy un paso atrás al comprender lo que sus palabras significan. No me puede poner en esta posición. Es su sueño, su carrera, y yo soy... nadie.

—Ve a Londres, Juan Pablo. Es la mejor decisión. —No es lo que quiero, pero es lo que él debe hacer. No dejaré que renuncie a algo tan importante por mí.

—Olvida Londres, Noemí, y piensa en nosotros, en lo que podemos

construir juntos. —Toma mi cara entre sus manos y sus ojos se funden en los míos con una calidez tan íntima que me agobia —. Dime, maracucha. ¿Te gustaría ser mi novia?

¿Novia? Ay, Diosito. ¡No puedo creer que el caraqueño me esté pidiendo el empate^[51]! ¿Qué le digo? Obvio que él me gusta, pero no sé, creo que es muy pronto, muy precipitado. No lo conozco muy bien, él tampoco a mí. ¿Y si resulta ser un imbécil como mi padre o un desgraciado como Antonio?

Tengo muchas dudas, sigo sintiendo miedo, y a pesar de todo eso, le digo que sí, que quiero ser su novia, pero que no quiero que renuncie a Londres por mí. Entonces él sonrío y me estrecha entre sus brazos. Su perfume me invade, al igual que su calor. Jamás pensé que un corazón podía sentirse tan a gusto solo con un abrazo, y algo en mi interior me dice que no sería igual si estuviera con alguien más.

—Renuncié a Londres desde que decidí volver por ti y ahora sé que fue lo correcto —confiesa sonriéndome, se ve muy feliz, y yo también lo estoy, tanto que siento ganas de llorar.

—¿Y si hubiera dicho no?

—Estaría de rodillas suplicando —bromea riendo, pero se pone serio cuando se me salen las lágrimas—. Ey, maracucha, ¿por qué lloras?

—De purita emoción, caraqueño —digo sonriendo mientras me seco las lágrimas.

—Tan linda mi novia. —Me abraza de nuevo y me mantiene pegada a él un buen rato. Y yo me quedo muy quieta, disfrutando del momento más bonito que he vivido alguna vez, sintiéndome ligerita y muy contenta.

—Oye, ¿cuándo crees que puedo hablar con tu mamá?

—¿Con mi mamá? No, pa qué —digo nerviosa, no quiero ni pensar lo que dirá mi madre si se aparece el caraqueño en la casa y dice que es mi novio. Capaz y le monta un interrogatorio y hasta le sale con que cuidaito me deja preñada, como me dijo aquella vez.

—Es que quiero que me conozca, que sepa que voy en serio contigo, maracucha.

—¿No crees que es muy pronto para hacer eso? Todo es muy reciente. Es más, creo que vamos volando.

—No, porque sé que tú eres la indicada, que no habrá otra después de ti

—asegura mirándome con extrema dulzura y yo me vuelvo una melcocha^[52] derretidita a sus pies.

—Bueno, pero ahorita no, después hablas con ella.

—Está bien, cuando tú digas.

—Y hablando de mi mamá... ¿Qué crees que dirán tus padres? ¿Saben que vendo empanadas en la orilla de la playa? Porque ellos tienen reales, son profesionales y yo no. ¿Qué van a pensar de mí? Que soy un ser incompleto, como dijo Bolívar. —Parezco una metralleta lanzando palabras mientras me muevo de un lado al otro con nerviosismo.

—Oye, respira —pide sujetándome por los hombros—. Estás asustada, lo sé. Yo también. No eres la primera novia que tengo, pero contigo me siento diferente. No me importa que vendas empanadas y mis padres no tienen que opinar nada.

—¿Y si te das cuenta de que cometiste un error?

—Entonces serás el error más bonito de mi vida —dice con una sonrisa de oreja a oreja.

—Estoy hablando en serio, Juan Pablo.

—Yo también. Pero el que no arriesga, no gana. —Alcanza mis manos—. No te preocupes, Noemí, tenemos toda la vida por delante para conocernos.

Mi corazón se agita con sus palabras y por el sutil movimiento de sus dedos sobre mis manos. Entonces nuestros labios se encuentran para darse los más dulces y adictivos de los besos.

Más tarde, me despido de mi novio en las escaleras y quedamos en vernos en el kiosco^[53] de los pescados en dos horas. Él se va a hospedar en una posada cerca de aquí y pasará unos días en el pueblo antes de volver a tomar guardias en la clínica de su familia. También tiene que resolver lo de la especialidad en pediatría para comenzar a estudiar.

Cuando mi mamá y mi tía llegan a la casa, ya tengo las arepas^[54] listas. Estoy muy nerviosa, pero trato de disimular para no adelantar la conversación hasta que hayan comido. Decidí decirles que me hice novia de Juan Pablo antes de que alguien más les venga con el brollo si me ven con él. Aquí todo el mundo se entera de todo y nadie se guarda nada. No sé ni por dónde comenzar. ¿Será que solo lo digo? «Mami, tengo novio». Así, de un tirón. Primero va a pegar el grito al cielo y me va a dar un sermón, pero cuando sepa que es

médico y de buena familia, se va a calmar. Ella no es mala madre, siempre ha trabajado duro por mantenernos y, a pesar de haber tomado malas decisiones, —como cualquier persona en la vida— siempre ha estado para nosotros y nos da buenos consejos. Quizás de una forma muy hosca, pero no por eso dejan de ser buenos.

Sé que fue duro para tomar la decisión de dejar Maracaibo, pero lo hizo por mí más que por ella. Había aguantado bastante maltrato e insultos de Antonio, pero cuando se atrevió a tocarme, dijo hasta aquí. Se tardó mucho en tomar la decisión, lo bueno es que lo hizo. Ojalá más mujeres fueran tan valientes como mi mamá. Nadie merece ser lastimada así y menos por un borracho bruto que quiere resolver todo a los trancazos^[55].

—¿Cómo te fue en la venta? —Le pregunto a mi mamá cuando termina de comer, se está terminando el jugo de parchita que hice, mi fruta favorita.

—Bien, pero estoy cansada. Creo que me voy a recostar un rato antes de preparar lo de mañana —contesta dejando el vaso sobre la mesa plástica.

—Mami...Tengo algo que decirte.

—Más te vale que no me salgáis con una cosa rara, Noemí Esther.

—No, mami. Solo quería decirte que me hice novia de Juan Pablo.

—¿El caraqueño? —replica mi tía, quien está lavando los platos.

—Sí. Vino hoy aquí más temprano y me preguntó, le dije que sí.

—Pero si no lo conocéis —replica mi mamá con disgusto.

—Bueno, tampoco es que nos vamos a casar. —Ella me lanza una mirada de esas matadoras que dice más que mil palabras—. Es buen muchacho, mami. Es médico, hijo de un doctor en Caracas que es dueño de la clínica Cáceres.

—Mira pues, Mimi, consiguió uno con reales —murmura mi tía.

—Eso no quiere decir que sea bueno, Asunción. De esos ricos es que hay que tener más cuidao. Creen que tienen a Dios agarrao de la chiva por tener cobres.

—Yo no soy boba, mami. Si él viene con segundas intenciones, le doy un parao.

—Ay, hija, todos los hombres quieren lo mismo, sean de barrio o de urbanización.

—Quizás, pero como dice el refrán: el hombre propone y la mujer dispone —defiendo.

—Sí, aja... ¿Y cuándo vamos a conocer al fulano^[56]? —pregunta mi mamá.

—Va a estar unos días en el pueblo, puede ser mañana.

—Bueno, que venga mañana a ver si no sale espantao. Me imagino que en su casa las paredes no están en obra limpia, como aquí.

—No seas mala, Miriam —reclama mi tía.

—Mala no, hija, realista.

Ellas comienzan a discutir por el tema y yo me pierdo en mis propios pensamientos. Sé que mi mamá tiene razón, Juan Pablo está acostumbrado a otra vida. No creo que él se preocupe por lo que va a comer mañana o porque los únicos zapatos que tiene están por romperse y quizás se quede descalzo por no tener para comprar otros. ¿Y su familia? ¿Qué dirá cuando les hable de mí? Sé que él dijo que eso no importa, pero a la larga va a pesar. Aunque, no toda mi vida va a ser así ¿verdad? Voy a echar pa' lante, luchando duro para vivir mejor. No puedo andar con pesimismo cuando tengo dos manos y dos piernas fuertes para trabajar. Tengo toda la vida por delante, como dijo él. Además, se regresó de Londres por mí. Eso tiene que significar algo ¿verdad? No algo, mucho.

Capítulo 6

03 de agosto de 2005

¡Tengo novio!

Querido diario, anoche estuve un rato con J.P. No hablamos mucho al principio, estábamos más ocupados en besarnos, pero algunas veces la cosa se ponía intensa y teníamos que parar.

Para distraernos, caminamos descalzos por la orilla de la playa dejando que el agua nos mojara los pies. Mientras lo hacíamos, agarrados de la mano, hablamos de todo un poco para ir conociéndonos, él más que yo, en realidad. Su comida favorita es la pasta, puede comerla todos los días sin cansarse; prefiere las películas de acción, tipo Rápido y Furioso y Duro de Matar; las he visto, pero me gustan más las comedias románticas y el drama. Yo también como lo que me den, pero me encanta el pollo a la parrilla, le dije.

Él no soporta a la gente falsa, detesta la injusticia y es un duro crítico del gobierno actual. Dijo que los hospitales no tienen suministros y sus infraestructuras se encuentran en mal estado, que el sistema de salud no funciona y que el pueblo merece una mejor atención, por lo que tiene planeado poner un consultorio independiente para atender a niños de pocos recursos. También habló del maltrato a la mujer, considera que es una cobardía de parte de los hombres por creerse superiores escudándose en que tienen “más fuerza”. Ese comentario casi me hace llorar, pero me contuve. Él no sabe la historia de mi mamá ni la razón por la que estamos en Chirimena. Quizás un día le cuente.

Gatos, no puede ni verlos, no le gustan por algún trauma que tuvo en la infancia. Pero sí ama los perros, le gustaría tener uno, pero en el edificio donde viven no permite tener mascotas. Yo una vez tuve una perra callejera, se llamaba Nena. Vivió ocho años y, después que murió, no pudimos llevar más perros a la casa porque a Antonio no le gustaban.

A las diez de la noche, Juan Pablo me acompañó a mi casa. Él estaba cansado por el viaje y yo tenía que madrugar para trabajar en la mañana.

El beso del hasta luego duró más de lo debido y fue bastante intenso. Mi corazón latió como desquiciado todo el tiempo. No podía creer que alguien como él me estuviera besando con tanta pasión, ni que me dijera cosas dulces como lo bonita que era y lo mucho que le gustaba. Ahí fue cuando entendí ese refrán que dijo mi mamá la otra vez “el hombre es fuego y la mujer estopa”. También comprendí lo del embarazo precoz y el sexo premarital. Solo llevamos menos de un día de novios y no podíamos despegarnos.

—¿Vas a vender empanadas o a un concurso de belleza? —Se burla mi tía cuando me ve salir del cuarto.

No es para tanto, solo me maquillé un poquito y me puse un collar de imitación de perlas. Puede que también me echara un toque de un perfume que tengo para ocasiones especiales, me lo regaló una vecina de Maracaibo que me quería mucho.

—Así comienzan... —dice mi mamá desde el fogón^[57]—. Hablando de eso, vas a tomar pastillas anticonceptivas.

—¡Mi alma, mami! Yo no necesito tomar nada.

—Pues yo digo que sí. Los hombres prometen que te van a cuidar, pero no es así. Una es la que queda preñada y ellos muy campantes por la vida.

—Pero si apenas nos hicimos novios ayer. ¿Cómo creéis que vamos a andar en esas?

—Más vale prevenir que lamentar. Te voy a comprar la misma que yo usaba y te explico cómo se toma —contesta muy tranquila.

No puedo creer que mi madre me esté mandando a tomar pastillas anticonceptivas. ¿No se supone que debería decirme que no tenga sexo? ¿O es que será psicología inversa? Sí, puede ser una trampa. Mejor no indago más, no vaya a pensar que estoy muy interesada en eso.

El sol ya comenzó a bañar el agua de dorado cuando salgo de la casa cargando las empanadas. Estoy tan contenta que todo me parece más hermoso, hasta mágico.

Bajo los escalones con una sonrisa de oreja a oreja que no puedo borrar. *Si de aquí a la playa no se me quita, la gente va a pensar que estoy loca.* Cuando llego al final del camino, sonrío más de lo que pensé que podía. Mi novio está ahí esperándome. Su sonrisa es tan amplia como la mía y sus ojos claros destellan de emoción. Mi corazón colapsa en latidos locos y mi andar

se vuelve más rápido.

—Buenos días, preciosa. —Me da un beso suave en los labios—. Como ayer dijiste que prefieres chocolates que flores, te traje esto.

Me entrega una Samba^[58] y un Cri-Cri^[59] de los más grandes y me da otro beso, esta vez en la mejilla. Le doy gracias con timidez. ¡Parezco boba!

—Es increíble —dice él.

—¿Qué?

—Que te veas así de hermosa tan temprano en la mañana.

—No creo que sea para tanto.

—Claro que sí. Tengo la novia más bonita de Venezuela. —Acaricia mi rostro con sus dedos y recibo otro beso en la boca, uno pequeño, y estoy que hago un berrinche por uno más largo—. A ver, dame esa cava que el novio más feliz del país va a vender empanadas hoy.

—No ¿cómo crees que te voy a poner a trabajar?

—¿Por qué no? No seas terca y dame la cava.

—¡Mirá quién le dice terca a quién! Vos me ganáis. —Él se ríe—.

¿Qué? ¿tengo monos en la cara^[60]?

—No, es que me gusta tu forma de hablar —contesta entre risas y yo lo miro feo—. No te enojas, fierecita, no me burlo de ti, me rio contigo. —Me agarra la mano y me besa los nudillos con cariño—. Eso, mi maracucha bella, sonríeme siempre —dice cuando ve el gesto en mi cara, es que es tan dulce que cada minuto que paso con él me gusta más y más.

En eso, un cliente se acerca y Juan Pablo lo atiende con mucha amabilidad. Pide tres de camarón y una de carne mechada. Las meto en una bolsa para llevar y el caraqueño se encarga de hacer el cobro y darle los vueltos^[61].

—Vamos, tengo que llevarle unas empanadas a unos clientes. —Juan Pablo camina a mi lado llevando la cava y yo aprovecho que tengo las manos libres para destapar mi *Samba*.

—¿Ya desayunaste?

—No ¿por qué?

—¿Vas a comerte eso sin desayunar?

—Sí.

—¿Por qué no la guardas y te lo comes después?

—¿Y qué tiene de malo que lo haga ahorita?

—Porque comer dulces antes de desayunar no es bueno, el cuerpo necesita alimentarse, más tardar, una hora después de despertar. Debes preocuparte más por tu salud, Noemí —dice regañándome como si fuera una niña.

—No es como si todos los días lo hiciera, tenía como un año sin comer chocolate, pero si queréis te lo pago. ¿Cuándo te costó?

—No ¿por qué me lo vas a pagar? Yo te lo regalé.

—Bueno, y qué querías, ¿que lo guardara de recuerdo?

Varios clientes se acercan en medio de nuestra discusión, nos callamos y los atendemos. Vendo quince empanadas, Juan Pablo de nuevo se encarga del cobro y yo de la entrega.

—Lo siento —digo cuando se van los clientes—. Me puse a la defensiva cuando tú solo intentas cuidarme.

—Yo también lo siento, sé que exageré un poco con eso, pero es que en serio me importa que estés bien.

—Gracias, es bonito tener a alguien se preocupe así por mí.

—Bonita tú, mi maracucha —expresa sonriéndome. Yo también le sonrío, no puedo hacer otra cosa. Es tan bello que me provoca lanzarme sobre él y comérmelo a besos. Lo veo y sigo sin creer que ese precioso y sexy muchacho sea mi novio. Él dice que soy bonita, y bueno, no soy una belleza exótica, pero tengo lo mío.

Cuando se terminan las empanadas, subo de regreso a la casa y él me sigue. Le digo que me espere en el frente mientras busco más. No es buena hora para que conozca a mi tía y a mi mamá, están ocupadas con las empanadas.

JP lleva la cava de nuevo hasta la playa, pero esta vez no se queda, dice que en un rato vuelve.

—Tanta curva y yo sin frenos —dice un chamo pasando por mi lado y me saca de mis pensamientos. Ya es el tercero que me lanza un piropo^[62] desde que Juan se fue. Me provoca sacarle la madre^[63], pero eso es lo que quiere, que reaccione, así que prefiero ignorarlo.

Las empanadas se terminan y JP no ha regresado. No puedo esperar, tengo que ir por más y buscar a Esther. A esta hora, la playa está llena y hay que sacarle provecho.

—¡Noemí! —grita Miguel cuando estoy cerca del primer escalón que da

a la casa. Me detengo y lo espero hasta que me alcanza—. Hola.

—Hola —contesto—. Voy a buscar más empanadas.

—Lo imaginé. Solo te quería preguntar si podemos vernos en la tarde. —Se ve nervioso—. No hemos hablado desde aquella noche y... te he extrañado —murmura apenado.

—Yo también, pero no sé si pueda hoy. —*Porque estaré con mi novio.* Completo en mi mente. No soy capaz de decirle la verdad. Él confesó que estaba enamorado de mí y se va a poner triste cuando lo sepa. *¿Qué hago?*

—Ya sé lo del caraqueño —dice tomándome por sorpresa. Sí que vuelan los chismes rápido aquí—. Solo quería saber si, a pesar de eso, podíamos seguir siendo amigos

—Sí, claro. Nada tiene que cambiar. Él va a estar unos días en el pueblo y luego se va a Caracas. Podemos vernos después, si te parece.

—Está bien. —Sonríe, pero no es un gesto que se refleje en sus ojos, y eso me pone triste. Miguel es un buen muchacho y un gran amigo. Pero cómo hago, en el corazón nadie manda—. Bueno, ve a buscar las empanadas.

—Dale, nos vemos después.

Cuando vuelvo a la playa con Esther, JP me está esperando con un vaso de jugo de naranja en una mano y una bolsa de papel en la otra.

—Vos debéis ser Juan Pablo —dice mi hermana de salía^[64]. Es que se lo dije antes de bajar, que esperara que la presentara. Pero debí suponerlo, ella no sabe quedarse callada.

—Ella es Esther, mi hermanita.

—Eso supuse, se parecen mucho —comenta él con una sonrisa.

La gente siempre dice eso, pero yo no veo el parecido. Ella tiene el pelo claro y ondulado, ojos pequeños color marrón claro y la nariz ancha. Mi pelo es oscuro, liso, mis ojos grandes, color chocolate, y mi cara de forma triangular, la suya ovalada.

—Bueno, yo soy más bonita —asegura mi hermana.

Tiene el autoestima baja^[65] la muchacha, pues.

—Las dos son bonitas —dice mi novio, tan lindo.

—Gracias, cuñao. —Le pica el ojo^[66] y sonrío con picardía. Esta hermana mía es una cosa seria—. Bueno, me voy a vender las empanadas más pa' lante. Nos vemos ahora. Chaito.

—Todo un personaje tu hermanita —comenta el caraqueño cuando

Esther se va.

—Sí. ¿Y eso? —pregunto por lo que tiene en las manos.

—Tu desayuno. Jugo de naranja y un sándwich de jamón y queso.

—Ah, gracias. —Sonrío sin decirle que ya me comí unas empanadas y que estoy llena. Decidí desayunar cuando fui a la casa, por lo que él me dijo antes, y ahora me va a tocar comerme esto también, me da pena dejarle la comida en la mano.

—Está bueno —digo después del primer bocado. No sé dónde voy a meter todo ese pan—. ¿Queréis?

—No, desayuné el kiosco para atender la venta mientras tú comes.

¿No es lindo? Podría decirle ahora mismo que lo amo. Aunque no sé si lo que siento por él es tan profundo. ¿Cómo sé si es amor? Me gustaría preguntarle a alguien que sepa. Quizás a Ariana, ella tiene varios meses con el novio y se ve que lo quiere. ¿Y qué sentirá él por mí? Me dijo que le gusto, se vino de Londres a buscarme, me compra el desayuno y me acompaña a vender empanadas. Me gustaría saber, pero me quedaré con la duda porque no le voy a preguntar.

—Noemí ¿escuchaste lo que te dije?

—Sí. Umm... digo, no. ¿Qué era?

—Que cuáles son las de pollo. No estoy seguro si las de la derecha o izquierda.

—Derecha. —Le entrega dos al chamo que se acercó a comprar y luego se me queda mirando.

—Estaba pensando... —se rasca la cabeza—. ¿Será que puedes tomar un descanso hoy para que salgamos por ahí?

—No sé. Tengo que preguntarle a mi mamá, pero no creo. Ayer salió ella a vender el rompe colchón y debe estar cansada.

—Umm ¿y cuántos frascos vende al día?

—Como diez o doce ¿por qué?

—No, por nada.

—Ay, pana^[67]. De médico, a vendedor de empanadas —bromea Elías, su amigo, apareciendo entre la gente.

—Mejor no me hagas hablar... —replica mi novio mientras le da un saludo amistoso; se estrechan las manos y luego golpean sus puños cerrados.

—¿Qué haces por aquí? Pensé que estabas en Londres.

—Estaba, pero volví por una buena razón —contesta JP rodeando mi cintura con su brazo.

—Ah, esas son palabras mayores. —Alza las cejas—. ¿Cómo estás, Noemí? —Me mira a mí.

—Hola, bien. ¿Estás disfrutando de Chirimena?

—Mucho, ya estoy planeando volver a venir.

—¿Ya fuiste a Playa Majagua? Es muy bonita.

—Intenté ir esta mañana, pero había mucha cola para subir a las lanchas.

—Sí, es mejor ir en temporada baja. Es más tranquilo.

—¿Y cuánto tiempo vas a estar por aquí, JP?

—Unos días. ¿Y tú?

—Una semana. Hay que aprovechar que mi papá despejó su agenda para salir, tú sabes cómo es él.

—¿Vinieron todos? —Noto a Juan Pablo tenso desde que Elías nombró a su papá, lo que empeora cuando le contesta que sí, que todos vinieron.

—Qué bien, envíales saludos de mi parte.

—Cuenta con eso, mi pana. Nos estamos hospedando en El Sol de Chirimena, por si quieres pasar después.

Ese es un lugar muy bonito, una de las posadas más caras^[68] aquí, por lo que supongo que su familia es rica como la de JP. Ahora que lo pienso, yo no sé en cuál posada se está quedando él. Cuando estemos solos, le pregunto eso y también de su cambio de actitud cuando supo que toda la familia de Elías está en el pueblo.

Su amigo se despide de nosotros y luego se va. Pero no me da tiempo de preguntarle nada a Juan Pablo porque llega mi hermana.

—Terminé, ya vendí todas.

—Bueno, andá pa' la casa, yo subo cuando termine de vender las que me quedan aquí.

—Bueno, se portan bien. —Nos mira con picardía y después se aleja dando brinquitos. Debe estar feliz de poder volver a casa. Sé que prefiere estar viendo la televisión o jugando con sus amiguitas que vendiendo empanadas.

—Es admirable lo que hacen. Cindy no lava ni un plato en casa, pero ustedes vienen todos los días a la playa a trabajar y no veo que se quejen.

—Es lo que toca. Aunque me gustaría que Esther se quedara en la casa, hay mucho malo suelto por ahí y me preocupa cuando no la veo.

—Sí, en eso estaba pensando. ¿Cómo las podría ayudar?

—¿En qué sentido?

—Con tu hermana y eso. Creo que podría darte algo mensual para los gastos, para que no tenga que trabajar.

—¿Qué? No. ¡Ni que fueras mi esposo! Y ni así. No tenéis que darme nada, Juan Pablo.

Primero los dos mil bolívares. Ahora quiere darme una mensualidad. Y después ¿qué? ¿Cómo quiere que le pague? Nadie hace nada sin querer algo a cambio, menos él, que es hombre.

—Cometí un error, no debí aceptar ser tu novia —suelto de repente y no le doy tiempo de decir ni “a” porque salgo corriendo de una vez.

—Noemí, espérame, tenemos que hablar —grita siguiéndome, pero no llego muy lejos, porque comienzo a agitarme, a perder fuerza, y tengo que parar, lo que le da tiempo al caraqueño de alcanzarme—. Yo solo intento ayudarte, maracucha. No entiendo por qué dices que cometiste un error —dice parándose delante mío.

—Porque sí, porque quieres solucionarme la vida y no deberías —murmuro aguantando las ganas de llorar—. Somos de mundos distintos, Juan Pablo. A ti no te falta nada, pero yo tengo que trabajar por cada cosa que necesito.

—Y te admiro por eso. Admiro tu valentía, tu capacidad de sacrificio, tu preocupación por tu familia... Te levantas temprano y sales cada día a trabajar ofreciendo tu mejor sonrisa. Lo das todo por ellos aunque eso signifique postergar tus sueños. Eres una mujer muy valiosa y especial, Noemí. Y sé que quieres ser mi novia, que no quieres renunciar —dice con seguridad, mirándome como si pudiera ver en mi interior—. Te quiero, maracucha. Te quiero en verdad y no voy a dejarte ir por algo como esto. No hay dos mundos que nos separe, no hay barreras ni límites que nos impida estar juntos.

—Yo también te quiero, caraqueño. —Mi voz suena frágil, pero no por falta de convicción, y mi pecho vibra con la fuerza de mis sentimientos, esos que él despierta en mí solo con mirarme. Le creo cada palabra y no quiero dudar más, solo deseo quererlo y dejar que él me quiera.

JP da dos pasos hacia mí y toma mi rostro entre sus manos. Sus labios están cerca de los míos, casi rozándolos. Y sus ojos, como dos pozos de agua

dulce, me miran con una intensidad tal que envuelve mi corazón con una calidez que jamás sentí.

—Entonces nada más importa, mi amor. Te quiero en mi vida, lo supe desde el día que te vi, desde ese primer beso.

—Un beso robado —sonríó recordándolo.

—Sí, te robé un beso y tú me robaste el corazón.

Ay, pero que cosas más bonitas me dice.

Me acerco a él y lo beso. Mis labios ahora son suyos y tendrá de ellos todos los besos que quiera sin tener que robarlos. Él me toma por la cintura y me pega más a su cuerpo mientras su lengua recorre el interior de mi boca con ansía.

Correspondo su pasión con más pasión, entregándome al sentimiento y a las emociones que rebasan mi corazón. Somos como dos vendavales que se encuentran y se envuelven uno contra el otro para cobrar más fuerza.

—Comprá un rancho^[69], pana —grita un chamo y es cuando caigo en cuenta de que seguimos en la playa, donde cualquiera puede vernos.

—Ay, qué pena —murmuro escondiendo la cara en el pecho de Juan Pablo.

—Mejor vamos a tu casa.

—Sí. —Nos separamos y caminamos tomados de la mano hasta llegar al tramo de escaleras que lleva a casa de mi tía. Ahí tenemos que soltarnos porque los escalones son muy estrechos. Yo voy delante y, cuando estoy por llegar arriba, el corazón me empieza a latir muy rápido y me da un mareo bien feo que me hace perder la estabilidad, por poco me caigo, pero Juan Pablo me sostiene, evitándolo.

—¿Qué pasó?

—Me mareé —murmuro casi sin aliento, la opresión en mi pecho me está robando el aire, me siento débil y muy cansada. Apenas puedo sostenerme en mis piernas. Si él no me estuviera sujetando, seguro ya estaría en el suelo.

Cada segundo que pasa me siento con menos energía, los ojos se me cierran solos y no soy capaz de hablar. Y sin poder evitarlo, me desvanezco en los brazos de Juan Pablo.

Cuando abro los ojos de nuevo, me encuentro en mi cama. Él está a mi lado sentado en una silla, tiene los ojos cerrados y la cabeza reclinada hacia atrás. Está dormido. Su mano se encuentra cerca de la mía, como si la hubiera

estado sosteniendo. Quizás la soltó cuando se quedó dormido. ¿Cuántas horas habrán pasado desde que me desmayé?

Me siento en la cama tratando de hacer el menor ruido para no despertarlo, pero los resortes del colchón sueltan un chillido y Juan Pablo abre los ojos de sopetón^[70], mirándome con asombro. Pobrecito, le pegué tremendo susto con esto del desmayo.

—¿Cómo te sientes? ¿Se te pasó el mareo? —pregunta ansioso.

—Bien, ya me siento bien —contesto sonriéndole para que se tranquilice, pero eso no ayuda mucho, porque su gesto no cambia.

—Esto no fue como las otras veces, Noemí, perdiste la consciencia. Tú mamá está preocupada, yo también, y quedamos en llevarte mañana a la clínica para que te hagan estudios y análisis de sangre.

—Aja, vamos mañana pa' que se te quite la lidia —digo con fastidio, la idea de que vayan a puyar no me gusta nada, le tengo pánico a las agujas.

—Es por tu bien, maracucha. ¿Qué habría pasado si no hubiera estado contigo?

—Sí, yo sé, pero es que no me gustan los hospitales y mucho menos las inyecciones. —Arrugo la cara solo con pensar que me van a sacar sangre. Era chiquita la última vez que me hicieron exámenes y recuerdo que hice un berrinche de padre y señor nuestro—. Entonces... ¿conociste a mi mamá? —pregunto cambiando el tema.

—Sí, y a tu tía y a tus hermanos. Me los metí a todos en el bolsillo^[71] —bromea—. ¿Tienes hambre?

—No mucha, pero imagino que tengo que comer.

—Sí, tu mamá te hizo una sopa de pollo, le voy a decir que la caliente. Ya vuelvo. —Me da un beso en la frente y sale del cuarto, pero no tarda mucho en regresar. Detrás viene Esther, me mira con preocupación y me muestra una sonrisa tímida. Le digo que estoy bien sin necesitar que pregunte. Ella es muy nerviosa, seguro estaba asustada.

—Tremendo susto me diste, Noemí Esther. ¿Cómo es eso que no es la primera vez? —pregunta mi Mamá cuando trae la sopa. Miro a JP, quien está parado a su lado con cara seria.

—Cuando fui a Caracas, me atracaron y por el susto me dio como un desmayo. Juan Pablo me encontró en la calle muy afectada y me trajo aquí. Él me prestó los cobres que me robaron.

—Jesús bendito, Noemí. ¿Por qué no me dijiste?

—No quería que te preocuparas, mami.

—No podéis ocultarme cosas así, miya^[72]. ¿Y la segunda vez dónde pasó? —Vuelvo a mirar a mi novio, sigue serio.

—Sucedió cerca de la plaza, pero no fue tan fuerte como lo de hoy. — Juan Pablo baja la mirada a sus pies, no es un momento que ninguno de los dos quiera recordar.

—Este muchacho dice que hay que hacerte unos exámenes. Voy a ver cuánto se vendió hoy para llevarte mañana mismo al médico.

—Por eso no se preocupe, señora Miriam. Lo que necesite Noemí, corre por mi cuenta.

—Gracias, mijo, pero no quiero abusar.

—No es abuso, a mí me preocupa mucho su hija y no estaré tranquilo hasta saber qué tiene. —Mi mamá me mira buscando mi aprobación y digo que no con la cabeza, no me parece que él gaste cobres en mí—. Me puede pagar con empanadas si quiere —insiste y mi mamá dice que sí porque sé que no tiene suficiente para los exámenes, que seguro serán varios. Creo que en eso de no aceptar favores salí a ella, y también en lo de hacer trueques.

Después que termino la sopa, le digo a Juan Pablo que quiero salir al patio. Él lleva unas sillas y nos sentamos debajo de la mata de mango.

—¡Qué bonita! —dice mirando unas fotos mías de cuando era bebé. A mi mamá se le ocurrió sacar mi álbum de fotos para que las viera. Tiene uno de cada hijo. Algunas de esas fotografías debí enterrarlas para que nadie las viera, como esa donde sonrío y me faltan varios dientes, o aquella otra en la que solo estoy usando una pantaleta^[73] blanca, mostrando una barriga gorda y cachetes llenos. Huy, y esa, con trece años y el cuerpo tan delgado como un palillo de dientes.

—Ya, dame eso. —Intento quitarle el álbum, pero él lo retiene, dice que quiere seguir viendo mis fotos. En eso, salen mis hermanos y se sientan con nosotros.

—¿Qué te pasó en el brazo? —Le pregunta a Francisco.

—Me caí de la mata, quería agarrar unos mangos y me resbalé.

—Sí, vive encaramao en todos los lados como un mono. Más vale que no te volváis a subir cuando te quiten el yeso. —Lo regaño mirándolo feo, pero él ni refunfuña, solo le interesa hablar de su tema favorito: fútbol.

Cuando le pregunta a Juan Pablo si le va al Real Madrid o al Barcelona, él le responde que el Real Madrid y los ojos de Francisco se iluminan como luceros. Yo de eso no sé nada, solo veo los juegos del mundial.

Los dos hablan un rato de fútbol y, después, Juan Pablo se interesa por saber de nuestro dialecto maracucho. Esther explica el significado de la palabra molleja, que se utiliza para expresar asombro, molestia o fastidio, como por ejemplo, en el caso de que el sol esté muy fuerte, se dice: “¡Qué molleja de calor!” O cuando uno está enojado, se expresa: “¡Qué molleja de rabia tengo!”

Cuando pregunta por la palabra “verga” –que también es muy popular, yo no la uso ni mis hermanos, tampoco mi mamá, porque es considerada una grosería, pero muchos en Maracaibo sí–, soy yo quien respondo dando algunos ejemplos. Tratándose de una caída aparatosa o accidente podrías escuchar: “¡A la verga!”, si algo sale mal, “¡váyase pa’ la verga”; para expresar confusión o duda “¿Cómo es la verga?”

Un rato después, mi tía y mi mamá vienen a sentarse con nosotros y le montan un interrogatorio al caraqueño, esas no tienen pelos en la lengua cuando se trata de averiguar^[74]. El pobre contesta a todo con mucha habilidad, pero lo hicieron sudar. Lo bueno es que me enteré de cosas que quería saber. Supe que se está quedando en la posada Las Casas del Gobernador –un lugar muy bonito, por cierto. Vive en el municipio Altamira, en Caracas, que habla inglés y un poco de francés, pero solo palabras básicas como “hola” “permiso” “por favor” “sí” y “adiós”, pero espera aprender más; que conoce muchas partes de Venezuela y quiere ir a Roraima, al Salto Ángel y practicar rafting en los ríos de Barinas. Se ha lanzado en parapente, practicado benji y canyoning.

—Hablando de viajes... ¿Noemí ya te contó de su libro gordo? — pregunta Esther y yo la quiero como matar. ¿Pa’ qué sacó el tema? Ahora Juan Pablo va a querer verlo.

—No ¿qué es?

—Nada —digo negando con la cabeza, pero él, que es más terco que una mula, no deja de insistir hasta que voy por el bendito libro y se lo muestro. Mi libro gordo, como lo apodó Esther. Es casi una guía turística de Venezuela. Lo inicié cuando tenía nueve años. Al inicio, revisaba los periódicos y recortaba cualquier imagen que presentara algún paisaje de Venezuela, pero después fui

reuniendo para imprimir fotografías a color y que se viera más bonito. El libro incluye un itinerario de viaje, una lista de posadas, hoteles y lugares de interés de cada ciudad o pueblito que quiero conocer. Pero no es solo de Venezuela, incluí también una lista de países que quiero visitar una vez haya recorrido el mío.

—Es una gran aventura, mi amor. Me gustaría hacer cada viaje contigo —dice con una gran sonrisa y a mí se me alborota el corazón al escuchar que como se refirió a mí. Mi amor, qué lindo se escucha. ¿Será que eso es lo que siente por mí? ¿Amor? No, no creo, es muy pronto, solo debe ser una forma de decir.

—Soñar no cuesta nada —dice mi mamá.

—Y el sueño de Noemí es muy posible, señora Mirian.

—Bueno, creo que ya es hora de dormir. Mañana hay que levantarse temprano para ir a Caracas. ¿Nos vemos a las seis en la plaza? —Quiere saber mi madre.

—Sí, señora —contesta asintiendo.

Salimos del patio tomados de la mano cuando se ha despedido de todos. Y, al llegar a la esquina de la casa, él se detiene, me recuesta contra la pared y se adueña de mis labios con un beso ansioso, apasionado, como sus besos suelen ser, provocando que mi cuerpo entre en calor. No sabía lo que era un verdadero beso hasta que lo conocí a él.

Sus manos recorren los costados de mi cuerpo con lentitud, descendiendo desde mis hombros hasta mis caderas. Me empuja hacia su cuerpo, separándome del concreto, y siento su erección chocar contra mi pelvis, provocando un estallido de excitación entre mis piernas que me hace liberar un jadeo de asombro. Me dirán tonta, pero es la primera vez que alguien se acerca a mí de esta manera. Tuve un solo novio en el liceo, pero con él no me besé como con Juan Pablo. Solo fueron piquitos, ni siquiera llegamos a usar la lengua, y mucho menos a juntarnos tanto que pudiera sentir su parte más privada.

—Eres preciosa, maracucha —susurra empujando sus caderas contra las mías una, dos, tres veces..., quizás más, quizás menos, solo sé que mi ropa interior está empapada y que lo deseo como nunca deseé a nadie. Nos imagino desnudos en una cama, él sobre mí haciéndome el amor. ¡Qué ironía! Hasta hace poco pensaba que el amor solo existía en los libros o en las cursis películas de romance que tanto me gusta ver, y ahora, aquí, mientras Juan

Pablo Cáceres me besa con pasión, estoy pensando en lo mucho que quiero que él me ame de todas las formas que un hombre puede amar a una mujer.

—Andá pa' allá, Francisco. —Escucho que cuchichea Esther y que mi hermano le responde: «yo también quiero ver a Noemí haciendo cebo^[75]» y le meto un empujón a Juan Pablo que casi lo manda pa' el suelo.

—¿Qué pasa, Noemí? —pregunta con los ojos pelados.

—¿No los escuchaste?

—¿A quiénes?

—A mis hermanos, estaban viéndonos. Los escuché hablando ¿vos no?
—Los busco con la mirada, pero los muy vivos ya se escondieron.

—No, no escuché nada.

—Esos muchachos son una vaina seria... —refunfuño brava. No me gusta saber que ellos nos vieron besándonos así, todavía están chiquitos y no quiero que sepan más de la cuenta. Aunque quizás saben más que yo.

Después de eso, Juan Pablo y yo comenzamos a despedirnos, y digo comenzamos porque no es algo de decir adiós y ya. Nos abrazamos y nos quedamos pegaditos un rato sin decir nada, sin ganas de separarnos.

—Un besito para el camino. —Me da un beso rápido en la boca y se separa lentamente de mí—. Te extrañaré —dice retrocediendo a pasos lentos.

—Y yo a ti.

—Sueña conmigo.

—Y tú conmigo.

—No quiero irme.

—Ni yo que te vayas.

—¿Me quedo? —Se detiene.

—Ojalá pudieras, pero mejor te vas antes de que mi mamá me venga a buscar. —No creo que lo haga, pero con ella, nunca se sabe.

—Un besito más y me voy ¿sí?

—Dale —sonríó y él no pierde un segundo en venir y darme un beso con lengua, y no un “besito” como dijo. Es un pícaro ese caraqueño, aunque no me estoy quejando, al contrario, lo estoy disfrutando mucho. Espero que mis hermanitos no estén de mirones esta vez.

Capítulo 7

04 de agosto de 2005

¡Viajaré a Caracas con JP y mamá!

¡Ayer Juan Pablo me dijo que me quería! Primero pensé que era un sueño, pero después me besó y supe que era real. Ninguna fantasía puede igualar lo que sentí.

Yo también lo quiero, hasta podría decir que más que eso, pero mejor espero antes de escribir –o pronunciar– la palabra con “A”.

Hoy voy a Caracas con él y mi mamá para hacerme unos exámenes. Tengo un poco de miedo, porque he venido sintiendo algunos mareos y un ahogo en el pecho cuando hago un esfuerzo mayor, o cuando me emociono mucho. Quizás eso fue lo que me pasó ayer después de aquel beso, que fue tan intenso como una gran ola que se desbordó en mi interior. Pero eso es algo que no le diré porque ¿y si después no quiere besarme más de esa forma? Tengo pocos días siendo su novia, pero algo es seguro: es muy necio con eso de la salud.

Pensando de nuevo en nuestros arrebatos, considero que lo de las pastillas anticonceptivas es buena idea. Nuestros besos se vuelven peligrosos y, con el tiempo, creo que cruzaremos esa línea.

Hoy no saludo a mi novio con un beso ni un abrazo, mi madre está al pie del cañón y me da pena. No ha pasado el tiempo suficiente para ese tipo de demostraciones de afecto frente a ella y creo que él también se siente igual porque no busca acercarse.

Lo miro de forma disimulada de arriba abajo y debo decir que me tiene embobada. Hoy viste jeans azules, zapatos negros casuales y una camisa blanca manga larga. Se ve más hombre, más atractivo, y eso de mantener la distancia me cuesta un montón. Quiero pegarme a él y no soltarlo en todo el día.

Viéndolo así, pienso que escogí mal al ponerme unas gomas y esta blusita sencilla de algodón, pero era eso o las sandalias casi rotas y prefiero

no quedar descalza en el camino.

Percibo el olor de su perfume revoloteando en el carro cuando me siento en el puesto de copiloto, a su lado; mamá ocupa el de atrás. Estar aquí me hace recordar la primera vez que viajamos juntos y lo nerviosa que me sentía con su presencia. Ahora, estoy ansiosa por deslizar mis dedos entre los suyos y sentir su boca contra la mía. Después de probar sus labios, he descubierto que es mi nueva adicción, ganándole por mucho a mi golosina favorita: el chocolate. ¿Cómo será combinar aquella delicia con su boca? El mero pensamiento me hace estremecer, erizándome la piel.

—¿Tienes frío? —pregunta él, notando la reacción de mi cuerpo.

—No, estoy bien.

—Está muy bonito este carro. ¿Qué marca es? —pregunta mi mamá. Ni que supiera mucho de eso, quizás es para sacarle conversación.

—Es un *Mazda 6 Sport*.

—Me gusta.

—A mí también, aunque lo quería azul en lugar de plateado, pero como fue un regalo, no pude ser muy exigente.

—Tremendo regalo. A mí lo más caro que me han dado fue una cadena de oro y la empeñé cuando parí a Esther —dice con una risita. Creo que está más nerviosa que yo. Se volvió una lora desde que comenzó a hacer preguntas y le ha contado de todo a JP, desde mis travesuras de pequeña, hasta el motivo de mi apodo, Mimi. Resulta que Esther no podía decir mi nombre y pronunciaba solo el final. Sonaba “Mi-mi” y así me quedé. Él nunca lo ha usado, aunque yo si le digo JP, creo que no se siente cómodo llamándome así, prefiere usar el bendito fierecita o maracucha. A su ex marido y todo el asunto ni lo mencionó, creo que le daba vergüenza, y es mejor así, no me siento preparada para ventilar esa parte de mi vida.

—¿Ahí en la clínica habrá algún ginecólogo?

Comienzo a toser compulsivamente cuando escucho eso.

¡Dios mío bendito! Si le llega a decir lo de las pastillas, me muero aquí mismito.

—Hay varios. ¿Necesita una cita? —contesta él sin pena ni vergüenza.

No lo digáis, mami. ¡No lo digáis!

—Creo que aquí todos somos adultos y tú eres médico y lo puedes entender...

—Ay, me estoy mareando. ¿Será que podemos parar un ratito? —Miento

para evitar que mi madre meta la pata.

JP quita la mano de la palanca de cambios y me acaricia la cabeza con suavidad, deslizando su mano hasta mi coronilla.

—Debe ser por el ayuno. Respira fuerte por la nariz y expulsa por la boca. Aquí no podemos parar, es peligroso. —Su mano ya ha bajado por mi hombro y ahora sujeta la mía con nuestros dedos unidos—. Hazlo, mi amor. Verás que te sentirás mejor.

No necesito respirar de ninguna forma, solo necesito que mi mamá mantenga la boca cerrada.

Llegamos finalmente a la bendita clínica sin ninguna conversación de métodos anticonceptivos o cualquier otro tema vergonzoso. Gracias a Dios, mi mamá entendió la seña.

Con la mano de JP envolviendo la mía, caminamos juntos por el estacionamiento hasta la entrada de la clínica. Es una edificación de tres pisos con fachada de ladrillo y grandes ventanales frontales. Las letras “Clínica Cáceres”, hechas en relieve con aluminio, destacan en el borde superior de la última planta. Mi corazón da un salto al comprender que en es real, que el chico que me lleva de la mano es hijo del dueño de una clínica, una enorme y sofisticada clínica de la capital venezolana. ¡Ahora sí que estoy mareada!

—Tranquila, mi amor. Todo va a estar bien —dice él con un susurro. Tan lindo, cree que estoy nerviosa por lo estudios y no por la idea de encontrarme cara a cara con su papá. ¿Qué va a pensar de mí si me ve en estas fachas?

—Buenos días, doctor Cáceres —saluda una mujer delgada y joven que pasa por nuestro lado. Está usando un uniforme de pantalón azul marino y camisa blanca de manga corta, con finas líneas horizontales azules. Debe trabajar aquí.

Mis manos, cuello y espalda comienzan a sudar mientras caminamos por el pasillo. Los pisos son lustrosos, las paredes están perfectamente pintadas, algunas, con cuadros artísticos muy coloridos en ellas. Detrás de nosotros, escucho a mi mamá decir «tremenda clínica».

De camino al laboratorio, más de diez personas han saludado a JP llamándolo doctor. Eso me hace sonreír y me llena de orgullo a la vez. Él responde el saludo con cortesía, pero sin detenerse a hablar con nadie. Su mano sigue sosteniendo la mía y las suaves caricias de sus dedos sobre mi piel me dicen que tengo toda su atención.

—Espérenme aquí, voy por unos récipes para pedir los exámenes —

anuncia cuando llegamos al laboratorio y luego se va.

Me siento con mi mamá en una de las hileras de sillas plásticas muy modernas de un tono gris oscuro. Al fondo, hay una gran pantalla que trasmite una película de un canal de televisión por cable.

—Esto es más bonito y grande de lo que pensé. Ese novio tuyo tiene bastantes reales.

—Él no, mami, su papá.

—Es lo mismo, Noemí. Vos viste que todo el mundo lo llama doctor y lo saluda con respeto. Todo esto es de él también. ¿Crees que te presentará a su papá? Espero que no, yo ando muy mal vestida y vos tampoco estáis en condiciones de conocer a tu suegro.

—No me ayudéis tanto. —Me quejo. Yo nerviosa y ella metiendo púa.

—¿Te imagináis que se casen? Más nunca tendrías que trabajar.

—Dios mío, andáis como loca. Tres días, mami, solo llevamos tres días de novios y ya estáis hablando de matrimonio. Y sabé algo, si me llego a casar con él, eso no cambia nada. Seguiré trabajando porque yo no voy a ser una mantenida.

—Andáis muy contestona, Noemí Esther. No se te olvide que soy tu madre.

—Es que estoy nerviosa y vos diciendo disparates^[76]. Dígame eso de preguntarle a Juan Pablo por el ginecólogo. ¿Qué le ibas a decir?

—Ah, ya nada. Si te preña, mejor. Ese no tiene pinta de ser como tu padre y se nota que te quiere mucho. Así que no me preocupo.

—¿Te estáis escuchando? Creo que ahora sí estáis de manicomio.

Me paro y la dejo sola en la silla antes de decirle algo peor. No sabía que fuera tan interesada; hasta me da pena estar aquí aceptando los exámenes gratis.

Es que voy hacer que se coma diez empanadas diarias.

Cuando JP vuelve, está usando una bata médica con su nombre bordado en el lado izquierdo, a nivel del pecho. Un nudo apretado se forma en mi garganta y mi corazón retumba tan duro que lo siento como una roca golpeando mi pecho. ¡Se ve tan hermoso!

—Hora de sacar sangre. ¿Estás lista?

—No, ni un poquito. ¿Y si mejor lo dejamos así? Me siento bien. Muy, muy bien.

—Buen intento, pero de aquí no te vas hasta que te hagan los análisis.

—Eres un novio malo.

—Me han dicho cosas peores —bromea—. Vamos, mi amor. Te prometo que Ana es la mejor enfermera de toda Caracas y ni vas a sentir el pinchazo.

—Sí, como no.

—Buenos días, Ana. Esta paciente hermosa que está a mi lado es muy especial para mí y quiero que la trates con mucho cariño.

—Ya veo. Trajiste artillería pesada —dice cuando él desliza una barra de chocolate en su escritorio—. Ven, corazón. ¿Cómo te llamas?

—Noemí Ávila —contesto.

Ana me guía hasta la silla de extracción y me siento en ella. A mi lado, está mi médico personal sosteniendo la mano que tengo libre como si fuera una niña pequeña.

Cierro los ojos con fuerza para no ver el agua clavándose en mi piel. Soy una cobarde. El pinchazo no tarda en llegar, pero no duele tanto como pensaba. Más fue el susto que el disgusto.

—Listo, los espero otra vez por aquí en dos horas.

—¿Para buscar los resultados? —pregunto.

—No, para sacarte más sangre.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Pedí un análisis post prandial, se hace dos horas después de comer —contesta JP muy tranquilo. ¿Cómo no es a él a quien van a puyar dos veces!

—Eres malo, malo, Juan Pablo Cáceres. —Me quejo como malcriada.

—Sí, un malo que te quiere grandote, mi fierecita hermosa. —Me susurra al oído, abrazándome. ¡Está haciendo trampa! Sabe que solo tiene que tocarme y hablarme así suavemente para controlarme.

—Todavía estoy brava con vos —murmuró entre su pecho. Y él viene y se ríe de mí. ¿Cree que estoy bromeando?—. No te rías que no es gracioso.

—Para mí sí —responde liberándome suavemente de sus brazos—. Vamos a desayunar que en dos horas tienes una cita con la malvada Ana y su aguja dolorosa. —Se burla.

—Odioso —murmuro entre dientes.

Unos minutos después, los tres estamos subiendo unas escaleras que nos llevan al cafetín de la clínica. Nos sentamos delante de una de las tantas mesas de aluminio disponibles, las sillas son livianas, del mismo material. El ambiente es muy bonito, casi parece que no estuviéramos en una clínica sino

en un restaurant elegante. Bueno, no he estado en uno elegante, pero es mil veces mejor que el kiosco de pescado de María con sillas y mesas plásticas descoloridas por el sol.

—Te recomiendo una empanada integral y un jugo natural —ofrece JP eligiendo muy bien sus palabras. Él es bastante inteligente y aprende muy rápido.

—Serán dos entonces, porque si yo como integral, vos también. Solidaridad, le llaman algunos. —Él sonríe y extiende el brazo por encima de la mesa hasta alcanzar mi mano.

¡Ay, creo que lo amo! Es tan bello.

—Bueno, yo voy a pedir una hamburguesa. Te tuve nueve meses en la barriga y que después te parí, eso fue suficiente solidaridad —dice mi mamá.

Tengo algunas cositas agrias en la punta de la lengua para responder, pero prefiero no alborotar el avispero.

Después de desayunar, salimos del cafetín y hacemos un recorrido por la clínica mientras esperamos que se cumplan las dos horas. En la planta baja, está la sala de emergencias, los consultorios, el laboratorio y las salas de operaciones; en el segundo piso, el cafetín, la sala de rayos X, ecogramas y resonancias magnéticas. En el resto, habitaciones para hospitalización.

—Bueno, creo que les mostré todo.

—Impresionante. Es una gran clínica —aseguro realmente sorprendida. Imaginé algo más pequeño, muchísimo más.

—A mi papá le gustaría escuchar eso.

—¿Lo vamos a conocer hoy? —pregunta mi mamá.

—No está aquí. Debe llegar en unos días de Estados Unidos, pero en algún momento quiero que eso pase.

—Ay, mejor. No estoy bien vestida para la ocasión y obvio que Noemí mucho menos. Ni una pinturita se echó.

—No la necesita, señora Miriam. Ella es perfecta.

Ah, me encanta que me diga esas cosas, y más por esa mirada clara y hermosa que me dedica cada vez que me ve. ¡Estoy enamorada!

—Sí, mi Noemí es muy hermosa, pero siempre es bueno dar una buena impresión.

—¿Cuánto falta para las dos horas? —intervengo cambiando el tema. Mi mamá está empeñada en avergonzarme hoy.

—Más de una hora —responde JP. Suspiro como un globo desinflándose

y deajo caer la cabeza hacia adelante. *Esperar es un fastidio*—. Tranquila, que el tiempo pasa rápido, solo hay que buscar algo que hacer.

—¿Aquí? ¿Qué podemos hacer? —Mira de reajo a mi mamá y lo entiendo, quiere deshacerse de ella—. De pronto me dio mucha sed —digo.

—En el cafetín venden agua, podemos ir a comprar.

—Vayan ustedes, no quiero volver a subir las escaleras. Me voy a sentar en las sillas del laboratorio, los espero allá —dice ella.

—¿Sabe llegar, señora Miriam?

—Creo que sí. Y si no, pregunto.

Cuando mi mamá se va, JP me lleva de la mano por un pasillo largo en el que hay varias puertas. Abre una de ellas y entramos a un consultorio médico. Tiene lo típico: un escritorio, sillas, una camilla y afiches alusivos a la salud pegados en las paredes blancas. Sin perder un momento, Juan Pablo me acerca a él y me besa. Nuestras lenguas están ansiosas por saborearse y nuestras manos realmente inquietas por tocar. Las mías se deslizan por su espalda y cabello y las de él invaden mi cintura, por debajo de mi blusa. Se sienten suaves, cálidas, expertas... Me gusta eso y quiero descubrir lo que se siente que me toque en otros lugares.

Entre besos, me lleva a la camilla y me sienta en el borde, alzándose por la cintura. Separo las piernas y lo recibo entre ellas mientras él se queda de pie. Por unos instantes, nuestras miradas se fusionan en una cálida conversación, en esa que le digo te quiero sin pronunciar palabra, pero su boca pronto vuelve a la mía mientras desliza su mano desde mi nuca hasta alcanzar mi pecho, acariciándolo con movimientos suaves y circulares. Mi interior entra en tensión, en una divina y excitante tensión que me hace desear más.

—¿Te sientes bien? —pregunta mirando mis ojos. Digo que sí con la cabeza, no puedo hablar—. Te late muy rápido el corazón. —Deslizó mi mano por su pecho y siento que el suyo también está acelerado.

—También el tuyo.

—Estaba loco por besarte. Me has pegado fuerte en el corazón. —Me mojo los labios y lo miro fijamente a los ojos. Quiero preguntarle algo, pero no sé si debería. Los celos son un hilo muy fino, fácil de romper, y mi pregunta sería como una hojilla afilada—. ¿Qué pasa, mi amor? —pregunta con dulzura, acariciando mi mejilla con su pulgar.

—Nada —miento.

—He escuchado ese “nada” muchas veces de mi mamá y luego termina con mi papá durmiendo en un mueble de la sala. ¿Qué pasa?

—Tú... con tus novias anteriores... —titubeo—. Ya sabes, ¿las querías mucho? ¿fue algo serio? —Él sonrío sin dejar de acariciarme.

—Te quiero más a ti, si eso es lo que preguntas —ahora soy yo la que sonrío—. Pero si quieres saber, Lucia fue mi primera novia, tenía unos quince años, pero duró unos meses, no fue nada serio.

—¿Hubo otra? —JP da un paso atrás y se desvía la mirada, como si la pregunta le afectara. ¡La sigue queriendo!

—Pensaba decírtelo, pero no he tenido tiempo —comienza—. Carmen, fue mi novia hasta hace un mes. Terminé con ella desde Londres, con una llamada. —Mi corazón comienza a latir más fuerte y las manos me tiemblan—. Estaba terminado, Noemí. Llevábamos más de cuatro años y no estaba funcionando.

—¿Cuatro años? ¿Terminaste una relación de cuatro años con una llamada de teléfono!? —grito conmocionada y me levanto de la camilla.

—Lo sé, quizás no fue la mejor manera, pero tenía que hacerlo. Solo pensaba en ti, y ella...

—No lo puedo creer. ¿No has tratado al menos de hablar con ella en persona? Si fuera yo, me gustaría que me miraran a los ojos cuando mi novio me dice que se acabó —Camino de un lado al otro del consultorio con nerviosismo. No sé si me molesta más saber que terminó con ella o porque pienso que en algún momento me va a hacer lo mismo a mí.

—Sí, la vi la otra noche y me disculpé.

—¿La otra noche? Llevas dos noches en Chirimena, Juan Pablo. ¿Cuál de esas noches la viste? —Achico los ojos mirándolo con sospecha y, a la vez, enojo porque por primera vez en mi vida estoy sintiendo tanto celos por alguien que ni siquiera conozco. Debe ser bien bonita la tal Carmen. No imagino a Juan Pablo con alguien fea.

—Ayer —murmura—, es la hermana de Elías.

Me dejo caer en una de las sillas del consultorio y me quedo ahí, completamente muda. No puedo creer que fuera a buscar a su ex después de salir de mi casa y que no me dijera que era la hermana de Elías. Por eso se puso serio cuando él dijo que todos estaban allá.

—Creo que ya nos hemos tardado mucho aquí, mi mamá nos está esperando —pronuncio con desgano.

—Mírame, por favor —pide inclinándose delante de mí. Me niego, no tengo ganas de mirarlo y dejarme engatusar con sus ojitos hechiceros—. Lo siento. No planeé nada de esto. Todo ha pasado rápido y no tuve tiempo de decírtelo. Pero en verdad todo terminó con ella, Noemí. Los dos lo sabíamos. Seguíamos juntos por costumbre o por nostalgia, no sé. Estamos bien, ella lo entiende.

—Debiste decirme.

—Lo sé, lo siento. —Con suavidad, toma mi barbilla para que lo mire a los ojos—. ¿Me puedes perdonar?

—Está bien, pero sigo enojada. Tenemos que ser sinceros, esto no va a funcionar si me ocultas cosas como esas.

—Lo prometo. —Me da un beso suave en los labios y luego me abraza, suspirando fuerte.

—Buenas tardes, doctor Fernández. Ella es Noemí Ávila, mi novia. — Me presenta cuando entramos al consultorio del internista que verá mis exámenes. Tuvimos que almorzar en un restaurant cerca de aquí porque la cita era a las dos de la tarde. Él médico extiende la mano para saludarme y se la estrecho diciéndole que es un gusto conocerlo.

—Bien, cuéntame ¿qué te trajo a mi consulta?

—Ayer en la tarde sufrí un desmayo, es la tercera vez que me pasa algo similar y Juan Pablo insistió con que viniera a hacerme más análisis.

—¿Qué síntomas presentaste?

—Debilidad, mareo, dolor en el pecho, me falta la respiración...

Mi explicación le parece poco a mi novio y comienza a hablar con el médico como todo un experto. Es muy explícito en señalar mis anteriores desmayos. Su tono va cambiando a medida que habla de lo que me pasó ayer. En verdad se asustó mucho.

—Tienes la glicemia baja y no hubo muchos cambios en el análisis post pandrial. Hay que hacerte más análisis para saber cuál es la causa —dice cuando ve los resultados de los exámenes—. La hemoglobina también está baja, tienes que alimentarme mejor. Pide una cita con un nutricionista para que sepas lo que puedes comer para que se eleven esos valores. Te enviaré a hacer análisis hormonales y una ecografía para ver el estado del hígado y riñones. ¿Estás orinando bien?

—Sí.

—Bueno. Cuando tengan los resultados, vienen de nuevo a consulta. Mientras tanto, trata de consumir frutas y verduras. Limita la pasta, el pan blanco y las comidas ricas en azúcar, como los refrescos y las golosinas. De todas formas, la nutricionista te va a dar una dieta a seguir. ¿Alguna pregunta?

—¿Qué puedo hacer si me pasa de nuevo?

—Puedes tener unos caramelos a mano por si te sientes muy mareada, pero lo recomendable es comer algo saludable, como un trozo de zanahoria, un vaso de leche o quizás un poco de queso, eso ayudará a estabilizar tu azúcar. Evita tomar bebidas muy dulces, porque eso empeorará tu condición.

—¿Es normal que me canse cuando corro rápido?

—En tu estado actual, sí. Correr implica un gasto extra de energía y le exige al cuerpo más de lo que puedes proveerle. Evita hacerlo hasta que sepamos bien qué tienes.

—Gracias, doctor Hernández —interviene JP—. Mañana mismo estaremos por aquí. —Extiende su mano y se despide con un apretón fuerte.

Salimos del consultorio y luego de la clínica hasta llegar al carro de Juan Pablo.

—No creo que podamos venir mañana otra vez, no puedo perder otro día de trabajo —comenta mi mamá.

—Si quiere, se puede quedar, yo vengo con ella.

—Ay, mijo. Muchas gracias, sois más bueno que el pan. —Eso lo hace reír—. En serio, no podía pedir a alguien mejor pa' mi muchachita.

Entramos al auto y comenzamos el viaje de regreso. A mami no le toma mucho quedarse dormida en el puesto de atrás, hasta está roncando.

—Debe estar cansada. —Me excuso apenada. Él asiente—. Juan Pablo...

—¿Sí?

—¿Estás bien? Te noto raro.

—Estoy bien, mi amor. Solo un poco cansado.

—¿Es malo lo que tengo? ¿Es por eso que estás tan serio?

—No, solo tienes que cuidarte mejor. Vamos a trabajar juntos en eso, Noemí. Tienes que comer a las horas y consumir frutas y verduras —dice a modo de regaño.

Es difícil comer frutas y verduras cuando el dinero apenas alcanza para lo básico, pero eso es algo que no voy a decir. Ya ha sido suficiente con que

pague todos esos estudios y consultas como para que después llegue a casa con un mercado para la casa.

—¿Qué planes tienes para los próximos días?

—Sé lo que haces —dice molesto.

—¿Qué hago?

—Estás cambiando de tema, Noemí. Ya conozco cómo trabaja tu mente y ni creas que me voy a quedar al margen de todo esto. Me aseguraré de que te alimentes bien.

—No exageréis, ni que estuviera desnutrida.

—No digo eso.

—Mejor dejemos el temita así, no quiero pelear. Lo que sí quiero saber es cuáles son tus planes, cuántos días te quedan libres, qué vas a hacer después...

—El lunes comienzo a trabajar en la clínica en el área de medicina general y tendré algunas guardias nocturnas. Los fines de semana, estaré libre para ir a verte. Y la especialización en pediatría inicia en septiembre. ¿Algo más?

—No, si con el humor que tenéis lo que podéis es morderme —refunfuño cruzando los brazos. Cuando me sacan la piedra^[77], se me sale lo maracucho.

—No estoy enojado, solo preocupado. Lo siento.

—Estaré bien, JP. Me voy a cuidar, te lo prometo. Comeré de todo lo que me den, hasta hígado licuado con cebolla.

—Bueno.

Mi mamá se nos adelanta a la casa al llegar a Chirimena ya que pasearé un rato con Juan Pablo por el pueblo. Estoy cansada, pero no tanto como para despedirme de él tan temprano.

—Es bonito ¿verdad? —pregunto estando sentados juntos contra una palmera cerca de la orilla viendo el atardecer caer en el horizonte. El cielo se pinta de dorado y se refleja en el agua clara. ¡Es hermoso!

—Sí, mucho. Me gusta aquí, sabes. Se respira paz. Los problemas, las cosas malas del mundo, se olvidan al ver tanta belleza y perfección.

—Hay muchos lugares hermosos en Venezuela y es triste que muchos prefieran viajar al exterior en lugar de explorar todo esto.

—Podríamos hacerlo.

—¿Qué?

—Llenar unas mochilas, subirnos a mi carro y simplemente comenzar a viajar. La vida es una sola y hay que vivirla, cumplir nuestros sueños, sobre todos los que son posibles.

—¿Hablas en serio?

—Sí, Noemí. Me gustaría mucho compartir tu sueño —contesta acariciando mi rostro de esa forma que se ha vuelto normal en él.

—¿Y tu trabajo? ¿Y las clases? ¿Y la venta de empanadas? No puedo dejar sola a mi mamá.

—Bueno, podemos empezar con los lugares cercanos, todos los fines de semana que esté libre hasta que comience en la universidad. ¿Qué piensas?

—Pero los fines de semana se vende más.

—Bueno, podemos buscar a alguien que ayude a tu mamá esos días. Si hay que pagarle algo, yo lo hago.

—No sé, JP. Viajar sale caro y yo no quiero que gastes tanto en mí.

—Mientras tu rostro se llene de sonrisas y tu corazón de felicidad, yo me daré por pagado. Tu sueño se convirtió en el mío y quiero cumplirlo contigo, mi amor. Mientras viva, haré todo lo que pueda por hacerte feliz.

—Y mientras yo viva, quiero estar siempre junto a ti. —Y ahí, delante de un mar infinito y azul, sellamos con un beso el inicio de nuestra aventura, de nuestro sueño compartido.

Capítulo 8

06 de agosto de 2005

¡Comienza la aventura!

Ayer volvimos a Caracas para realizarme los estudios, que dieron como resultado niveles bajos de glucagón lo que derivó a una hipoglucemia. El tratamiento: una dieta balanceada –que seguiré según las indicaciones de la nutricionista– y una pastilla de Glucofage una vez al día a la hora del almuerzo. Al salir de la clínica, JP me llevó a conocer el Ávila, donde disfrutamos de los senderos colmados de verdor y del aire puro. Nos subimos al teleférico para disfrutar de la hermosa vista desde aquel valle que envuelve a Caracas, reduciendo los edificios y las casas a pequeñas miniaturas. Las nubes blancas colindaban en la cima de las montañas verdes, contrastando con el azul del cielo. JP tenía una cámara digital y capturó el primer lugar de muchos que vamos a visitar juntos. Entre abrazos y muchos besos, comienza la aventura.

Estoy tan emocionada por ir a Playa Majagua con JP que me desperté antes de que la alarma sonara. Pensé que mi mamá iba a pegar el grito al cielo cuando le dijera que no iba a trabajar los fines de semana, pero como él se comprometió a pagarle los días a la persona que me reemplazara, ni se quejó. Hasta encontró una rapidito.

Busco mi vieja mochila del liceo y meto el traje de baño negro que me prestó Ariana, junto con un jeans que convertí en shorts cortos con una tijera. Doblo la toalla más decente que tenemos en la casa, una azul que ya comienza a perder el color, pero al menos no está rota. También meto un par de vestidos, ropa interior, unas medias –por si da frío en la noche– mi cepillo de dientes, crema dental, desodorante y un jabón de baño. Lo último que agrego es mi perfume y mi estuche de maquillaje, que solo tiene un brillo labial, rubor^[78], polvo compacto y un rímel negro.

Cuando todo está guardado en la mochila, me meto en el baño para darme un bañito rápido. Queda afuera de la casa, es pequeño, las paredes están sin frisar, como el resto de la casa, y la puerta es de lata, pero como no

cierra bien, hay que ponerle un bloque abajo para que se sostenga.

Aquí no hay regadera, sino baldes de agua bien fría que le quita el sueño a cualquiera. Hundo un viejo pote de helado en el agua y me la echo poquito a poco; primero un brazo, luego otro, después una pierna y así... hasta que estoy toda mojada y temblando de frío.

Al terminar con la tortura, me envuelvo en la toalla y salgo corriendo hasta el cuarto para vestirme. Me pongo unos jeans, gomas, y una blusita de algodón cuello en “V” de manga corta color lila. El pelo me lo recojo en una cola de caballo para no terminar toda despelucada^[79] cuando me suba a la lancha. Una vez que estoy lista, salgo al patio y me sirvo una taza de café recién colao que hizo mi tía Asunción. Ella siempre se levanta de primerita y sin falta, todos los días, a las cuatro de la mañana.

—¿A qué hora llega el muchacho?

—A las cinco y media quedamos. Debe estar por llegar —contesto sentada a su lado frente a la mesa.

—Sé que tu mamá piensa distinto, pero te voy a dar un consejo, Mimi. A los hombres no hay que darle lo que quieren de una vez, así uno también lo quiera. Apenas van comenzando y es mejor que esperes a ver cómo va resultando porque, una vez que pasa, no hay vuelta atrás.

—Gracias, tía —digo con pena. Es la primera vez que habla de eso conmigo y no sé ni pa’ donde mirar.

—Pero si quieres hacerlo y no esperar, entonces cuídese que usted está muy jovencita para amarrarse con una criatura —agrega.

—E-está b-bien —tartamudeo. Nada me preparó para esta conversación, aunque se lo agradezco.

—Buenos días. —Doy un brinco en la silla y me llevo la mano al pecho cuando lo veo, me dio tremendo susto. ¿Habrás escuchado lo que estábamos hablando mi tía y yo? Ay, espero que no.

—¿Quieres café? —ofrece mi tía.

—Sí, claro. Muchas gracias.

Me rodea por la espalda y me da un beso suave en el cachete. Su perfume me absorbe entera y me quedo deseando más de su cuerpo alrededor del mío.

Después de un corto trayecto en su carro desde Santa Corrales —el sector

donde vivo— llegamos al puerto de donde salen las lanchas. Por suerte, encontró un estacionamiento donde dejar el carro y le pagará algo a un vigilante para que lo cuide porque no volveremos hasta mañana al mediodía; aunque por lo llena y pesada que se ve la maleta deportiva de JP, parece que va a pasar un mes allá.

—Metí algunas frutas que recomendó la nutricionista para tu dieta — responde cuando bromeo diciendo que si se va a mudar para Playa Majagua.

—¿Algunas frutas? Parece que lleváis una patilla ahí. —Me burlo.

—Lo intenté, pero tenía que dejar la ropa —dice con una sonrisa.

Oh, no me hubiera importado que la dejara.

Nos sentamos en una banca mientras esperamos que den la orden para subirnos a la lancha, aunque la idea de moverme de donde estoy no me motiva mucho, mi novio me sostiene sobre su pecho mientras yo lo abrazo por la cintura. Me encanta sentirlo cerca y llenarme de su perfume. Podría abrazarlo por siempre y jamás me cansaría.

Más tarde, nos subimos en un peñero con capacidad para diez personas y salimos a nuestro destino, luego de que todos los pasajeros tienen puestos sus salvavidas. Me abrazo a JP con todas mis fuerzas mientras el peñero surca las aguas del Caribe. Me niego a mirar por temor a que me dé un ataque de pánico, pero puedo sentir la brisa fuerte golpeando mi cuerpo y las gotas de agua humedeciendo mi espalda con insistencia.

—Te estás perdiendo del paisaje —murmura en mi oído, tengo la cabeza escondida entre su pecho.

—Ya lo veré cuando lleguemos.

—No te va a pasar nada, mi amor. Te prometo que si se voltea, no te voy a soltar.

—No me ayuda mucho que digas que se va a voltear.

—Inténtalo, vamos.

—Bueno.

Salgo de mi escondite y me dejo envolver por la belleza interminable del mar abierto. Parece que no tiene fin y que el cielo y el mar son uno solo. Es hermoso e inigualable. Cuando veo cosas así, solo puedo pensar en el creador de todo esto, en lo mucho que se esforzó para que disfrutáramos de paisajes preciosos donde habitar. Y, aunque existan cientos de teorías y creencias, solo puedo creer que es obra de Dios.

—Gracias por ser parte de mi sueño —pronuncio mirándolo a los ojos.

—Gracias a ti por darme uno, tú. —Sus suaves labios se tocan con los míos haciendo este momento inolvidable.

El pecho me duele, pero de una forma dulce y cálida. La vida puede cambiar así de rápido. Hace una semana, jamás hubiera imaginado que un hombre me miraría, o hablaría, de la forma que él lo hace. No puedo comprender cómo ha hecho para meterse dentro de mi corazón tan rápido, pero creo que el amor no se trata de entender, sino de sentir, y yo lo siento de un modo tan profundo y absurdo que solo me resta rendirme a él y que pase lo que Dios quiera.

Llegamos a Playa Majagua a las siete y pico de la mañana y me alegra ver que casi no hay gente. Muchos prefieren quedarse en otras playas en vez de subirse a un peñero para llegar hasta este pequeño paraíso, donde la arena es blanquísima y el agua tiene un color verde aguamarina muy cristalina. La playa está rodeada de paisajes rocosos y una densa vegetación siempre verde que te deja boquiabierta.

Antes de ir a registrarnos en la posada, JP busca su cámara digital y comienza a sacar fotos del paisaje, luego unas más con el agua de fondo; otras más, con las montañas detrás; y un par de los dos juntos, gracias a un turista que nos hizo el favor.

—Ay, qué bellas te quedaron las fotos. Me gustan las que sacaste desde el peñero.

—Esa me costó un poco tomarlas, una muchacha me estaba sujetando tan fuerte del brazo que casi me lo arranca. —Se burla.

—A veces de pasáis de odioso.

—Ah, es que lo hago a propósito. Me gusta molestarte y que hables con ese tonito maracucho.

—Va pues, parecéis bobo. —Cruzo los brazos.

—Umm, mejor te doy comida. Ya te estás poniendo fierecita.

—El que busca, encuentra —refunfuño.

—Bueno, vamos a ver qué encuentro aquí —dice sujetándome por la cintura. No puedo evitar sonreír, me está lanzando esa mirada tan Juan Pablo Cáceres que me pone toda boba. Pero me hago la que no quiere la cosa y trato de escaparme de él—. Usted de aquí no se mueve hasta que me dé un beso.

—No quiero.

—No sabes mentir, fierecita. Tus ojos y tu cuerpo te delatan. Quieres que te bese, desees que te toque, lo sé.

—No, no es así.

Él no se rinde y comienza a seducirme deslizando la punta de su nariz por mi rostro, susurrando suavemente en mi oído, acariciando mi espalda con sus dedos... El deseo y la ansiedad laten en mi corazón, suplica que termine la tortura, que finalmente me bese. Entonces cedo y busco su boca, deseosa de recibir el roce de su lengua y a sus hábiles labios moviéndose contra los míos.

—Sabía que querías —susurra victorioso. Sin ganas —ni deseos de discutir contra su prepotencia—lo beso.

Cuando llegamos a la posada donde pasaremos la noche, descubro que compartiremos el mismo cuarto. No hay más habitaciones disponibles y no nos queda opción. No sé qué expectativas tenga JP, pero no tengo planes de que pase nada hoy. Mi tía tiene razón, llevamos poco tiempo y no creo estar lista para dar ese paso. Quizás sea una bobería para las demás, pero para mí es algo importante y, por mucho que lo quiera, no voy a ser ese tipo de mujer que solo se preocupa por complacer al hombre por miedo a que se busque otra.

El cuarto es muy bonito, tiene una cama matrimonial, un baño privado, una ventana amplia con vista a la playa y un televisor sobre una mesita de noche. Dejamos las maletas en el suelo y salimos del cuarto para buscar algo para comer. Mi novio está bastante obsesionado con eso de las horas y la puntualidad.

—Debí comprar algo en el pueblo, aquí no hay nada saludable que puedas comer.

—No creo que me pase nada porque coma una o dos empanadas. Peor es que no coma ¿no te parece?

—Bueno sí, pero solo porque no hay más nada, no te acostumbres —advierte.

—Sí, doctor. —Me burlo.

—La salud no es un juego, Noemí —dice serio.

—¿Te he dicho lo mucho que me gusta que te preocupes por mí? —pregunto seductora. Conozco su debilidad tanto como él conoce la mía y sé lo mucho que le gusta que lo abrace y le hable cerquita.

—Lo hago porque te quiero.

—Lo sé. Y también sé que estaré bien porque tengo al mejor médico del país cuidándome.

—Siempre, mi maracucha —promete dándome un beso rápido.

Después de comernos las benditas empanadas, con un jugo de naranja natural sin azúcar, volvemos a la posada para cambiarnos de ropa antes de ir a la playa. Me meto al baño y me pongo el traje baño negro de dos piezas, el jeans que corté y una franelita negra de licra sin mangas. Las gomas las cambio por unas cotizas playeras que me compró JP. Las acepté sin rechistar para no andar peleando todo el tiempo por lo mismo, me tengo que acostumbrar a que me regale cosas.

Cuando salgo, JP está usando pantalones playeros, una franelilla blanca y cotizas. La imagen de él con menos ropa hace que calor recorra mi piel. La primera vez que lo vi, no llevaba nada arriba y sé cuán perfectos son sus músculos pectorales y lo mucho que me gustaría tocarlos.

—¿Lista? Estoy muy emocionado por meterme en el agua con una hermosa morenita que me tiene loquito.

—¿Ah, sí? ¿La conozco? —Él sonríe y, en menos de cinco pasos, me alcanza entre sus brazos. Nos besamos con ferviente deseo y con una necesidad tan imperiosa que me estremece de pies a cabezas. La idea de esperar comienza a diluirse como sal en un vaso de agua. Saltan chispas entre nosotros cada vez que nos tocamos y, ahora mismo, estamos de pie sobre un charco de combustible que no tardaré en prenderse fuego sino nos apartamos.

—Te quiero, maracucha. Necesito que lo sepas. Y sonará estúpido lo que voy a decir, pero no hay duda alguna: el amor a primera vista es real, porque te quise desde que tus bonitos ojos me miraron en aquella playa.

—Entonces somos dos estúpidos, porque yo también lo creo. Te quiero, Juan Pablo Cáceres.

Nos volvemos a besar, pero de una forma cariñosa y contenida. Ambos sabemos que no podemos tensar más la cuerda porque se puede romper. Y si no me dejo llevar, no es por falta de sentimiento o por miedo, sino porque creo que antes de explorar nuestros cuerpos, debemos conocer más nuestros corazones.

Armados con un bolso playero —otro regalo de mi novio—, en el que llevamos nuestras toallas y el protector solar, salimos de la posada hacia la playa. Como estamos los dos solos, no podemos llevar cosas de mucho valor porque la inseguridad en nuestro país no perdona ningún lugar; aunque aquí es más seguro que las grandes ciudades, donde si dejas algo mal puesto, desaparece.

Cuando llegamos a la playa, JP alquila un toldo y un par de sillas para

que nos sentemos cuando queramos descansar. El número de turistas ha aumentado desde que llegamos, pero no hay tantos como en Chirimena. Aquí es más tranquilo y mucho más bonito.

Me quito la blusita negra y le pido a mi sexy novio que me ayude con el protector solar. Él lo esparce suavemente por mis brazos, luego en mi espalda y mi cintura, prendiendo cada poro de mi piel con su toque. Es que sentirlo me alborota toda y no sé qué haré para contenerme cuando caiga la noche y llegue la hora de compartir aquella cama.

—¡Ya está bien! —grito agitada y de inmediato me lleno de pena. Me comporto como una niña asustada—. Perdón, es que yo...

—No hay problema. ¿Me ayudas tú ahora? —dice, poniéndose de espaldas a mí sin nada que cubra su piel. Obvio que digo sí, no me perdería la oportunidad de tocarlo así termine temblando como un pollito mojado.

Vierdo un poco de protector solar en la palma de mi mano y luego la deslizo por su espalda ancha. Pecas marrones claras, y de distintos tamaños, adornan su espalda suave y pálida. Me esmero en mi trabajo de cubrirla toda con el protector solar y hasta llego más lejos y lo giro para continuar con su pecho. Mis ojos están atentos en el trabajo de mis manos y en lo duro y ondulados de sus músculos pectorales, pero siento su mirada sobre mí. Sé que si levanto el rostro, me encontraré con aquellas pupilas claras y perderé la cabeza.

Cuando su torso está cubierto, sigo con sus gruesos y firmes brazos, esos que adoro cuando me envuelven hacia él y a los que siempre quiero pertenecer.

—L-listo —balbuceo. Él alcanza mi barbilla con dos de sus dedos y levanta mi rostro hacia él. No me resisto, ni siquiera sé si podría.

—Así está mejor —murmura—. No tienes que esconder lo que sientes, mi amor. Puedes mirarme y tocarme, tienes todo el derecho.

¡Derecho de tocarlo! Ay, Dios. No me la pongas tan fácil, Juan Pablo, que te tomo toda la palabra.

—No escondo nada, JP. Es solo que... —suspiro—. Es demasiado para asimilar.

—Lo sé. No hay presión, maracucha. Solo vivamos el momento y lo demás vendrá solo —dice con un guiño—. ¿Me acompañas al agua? —pide extendiendo su mano hacia mí.

—Sí, ya va. Nos falta un lugar importante —contesto y le cubro la cara

con protector solar, luego voy con el mío y estamos listos.

Pasamos un buen rato metidos en el agua, la mayoría del tiempo, besándonos. Algunas veces, grito como loca diciendo que algo me ha tocado, pero nunca es nada, solo mi imaginación. La mente es una cosa seria. JP no pierde la oportunidad y se burla en varias oportunidades gritando que viene un tiburón o algas marinas feroces que me comerán. Se gana unos cuantos golpes por eso.

Al mediodía, almorzamos rueda de dorado a la Majagua —pargo dorado en ruedas, frito, acompañado de patacones, aguacate y queso—. Estaba para chuparse los dedos. ¡Comería pescado todo el día si pudiera! También me gustó mucho el sancocho —sopa de costilla de res con verduras—, pero no me lo pude comer todo porque no me cabía.

Para la tarde, tenemos varias opciones, entre ellas, bañarnos en una piscina de agua dulce, pero nos pareció mejor recorrer el lugar y visitar las grandes formaciones rocosas ancladas en la orilla. Queremos fotos, muchas fotos de cada lugar que visitemos.

—¡Tan bella mi maracucha! —dice JP cuando salgo del baño después de darme una ducha, maquillarme, perfumarme y ponerme uno de los dos vestidos que traje—. ¿Estás segura que quieres ver esas rocas? Podemos quedarnos aquí y solo abrazarnos.

—¡Baño, ahora! —ordeno en tono autoritario, aunque estoy luchando por no sonreír. ¡Me dijo bella!

—Yo solo decía —murmura mientras camina al baño.

—Te esperaré afuera, el cuarto es todo tuyo.

—Bueno, pero no te dejes enamorar de cualquier tipo que ande por ahí.

—Ah, no. Ese error solo lo cometí una vez —bromeo.

—¡Qué mala eres, Noemí Ávila!

Media hora después, mi novio me encuentra frente a la posada y me envuelve entre sus brazos susurrando en mi oído dos palabras: «te extrañé». La piel de mi nuca se eriza y mi corazón se desata a latir como loco al instante. Y, por muy tonto que parezca, yo también lo extrañé, aunque solo pasó media hora. Despedirnos mañana va a ser muy triste.

La tarde se pasa rápido entre fotos, besos y bromas. Las rocas son asombrosas y muy grandes, de más de tres metros de alto, según JP. Hay una que forma un arco por el que puedes pasar y te lleva a otras más pequeñas. Ahí estuvimos bastante tiempo, disfrutamos de la soledad y aprovechamos el

tiempo para hacer lo que más nos gusta: besarnos. Creo que si seguimos así, la boca va comenzar a sangrarme.

—Guao, Noemí, mira todas esas estrellas. En la ciudad, es muy difícil ver tantas, pero aquí no hay nada que lo impida.

Estamos recostados sobre nuestras toallas extendidas en la arena. Mi cabeza reposa en el brazo de JP mientras que nuestras piernas están entrelazadas. Hace frío, pero no tanto como para tener que irnos todavía.

—Sí, es hermoso. Muchas noches voy a la playa y me siento a contemplar las estrellas, la luna, a sentir el aire puro y a escuchar el sonido del mar llegando a la orilla. He descubierto que las mejores cosas de la vida son gratis.

—Tienes razón. Yo siempre he tenido lo que quiero, el dinero nunca ha sido un problema; pero desde que te conocí, me he dado cuenta de que todo lo que tengo es nada. El carro, la buena ropa, el apartamento... renunciaría a todo si me tocara elegir entre estar aquí contigo o tener aquellas cosas, porque son solo eso, cosas reemplazables —sonrío, sus palabras son muy hermosas. Han tocado mi corazón.

—Sí, la vida se escapa entre los dedos como un puñado de arena. Nos perdemos de mirar las estrellas, de presenciar el atardecer, de estar con las personas que queremos, porque no tenemos tiempo, porque necesitamos trabajar, pero nos olvidados de vivir. La gente es menos feliz cada día y quieren encontrarla en cosas banales, sin darse cuenta de que simplemente tienen que mirar hacia arriba y sonreír con algo tan simple como luces brillantes en un cielo oscuro.

—O mirar a un lado y encontrarse con la sonrisa de la persona que quieres. —Sonrío, es inevitable no hacerlo después de escucharlo hablar así —. Ves, en esa sonrisa encuentro felicidad. Me haces feliz, Noemí.

—Y tú a mí, muy feliz. —Y bajo el hechizo de un cielo oscuro lleno de estrellas y una luna llena resplandeciente, nos besamos de nuevo sabiendo que, juntos, lo tenemos todo.

Capítulo 9

08 de agosto de 2005

¡Una amarga despedida!

Ayer me despedí de JP en la plaza de Chirimena. Sabía que sería triste, pero no imaginé que tanto. Los últimos días fueron perfectos, mágicos e inolvidables. Pero tuvimos que volver a la realidad. Lo más lindo fue dormir abrazada con él. Fue muy tierno conmigo y me dijo que, aunque deseaba hacerme el amor, sabía que era muy pronto. Me sorprendió que me hablara con tanta franqueza, pero estar solos en aquel lugar tropical fortaleció nuestra relación, creando fuertes lazos de confianza. Hablamos mucho. Le dije de mi amistad con Miguel y que pensaba pasar tiempo con él en el pueblo. Él me dijo que su familia y la de Carmen eran muy unidos y posiblemente la vería algunas veces, pero repitió varias veces que lo de ellos estaba terminado y que solo quería estar conmigo.

Hablar con él es fácil y, aunque alguna vez pensé que no comprendería muchas cosas de mi vida, descubrí que no es así. Escuchó con atención la historia que nos trajo a Chirimena y me conmovió al decir que admiraba a mi mamá por dejar a Antonio por protegerme a mí. Creo que debo darle las gracias a ella por eso. Él tiene razón: fue valiente.

Han pasado solo unas horas desde que se fue, pero ya lo extraño. No nos habíamos separado desde el día que acepté ser su novia y no volverá hasta el sábado. ¡Es mucho tiempo! Lo bueno es que me dejó su celular para que podamos hablar y enviarnos mensajes mientras él está en Caracas. No quería aceptarlo, pero era eso o no saber de él en cinco días.

Yo: *Buenos días. Sé que debes seguir durmiendo, pero solo quería decirte que voy a dejar el celular en la casa. Te escribo cuando lo tenga. Te quiero.*

JP: *Buenos días, no estoy dormido. Desayuna a las ocho, merienda a las diez y almuerzo a las doce, por favor. Te quiero más.*

Yo: *Pesado.*

JP: *Por favor.*

Yo: *Lo haré. Me voy a trabajar. No mates a ningún paciente.*

JP: Trataré. Hablamos ahora, mi amor.

Salgo de la casa con las empanadas y comienzo mi jornada de trabajo. A la hora puntual, me como el desayuno: pan integral con queso y un jugo de mora, con poca azúcar. Tuve que improvisar para comer mientras atendía a la gente, pero lo logré. La mañana se pasa rápido y, después del almorzar pollo a la plancha con ensalada de lechuga, tomate cebolla –aderezada con sal y limón–, vuelvo a la playa.

Para las tres de la tarde, ya he vendido todo los frascos de rompe colchón y me voy a la casa. JP me ha enviado tres mensajes, dos preguntándome si comí, y uno diciendo que el trabajo ha ido bien, pero que me extraña mucho. Le respondo en un solo mensaje que sí comí y que deje de estar preguntando lo mismo, le digo que también lo extraño y que estoy ansiosa por verlo el sábado. A los dos minutos que sale su mensaje, entra su llamada.

—Hola, fierecita. ¿Ya estás en casa?

—Sí, terminé temprano. ¿Y tú?

—No. Sigo en la clínica, salgo a las siete. ¿Sabes por qué te llamé?

—Porque querías escuchar mi voz.

—Bueno sí, pero también por el viaje de fin de semana. Estaba pensando en la Colonia Tovar. Podemos pasar el sábado allá y volver temprano el domingo para almorzar con mi familia.

—¿A-almorzar c-con tu familia? —pregunto entre balbuceos. La posibilidad de conocer a su familia me pone nerviosa. ¿Y si les caigo mal? ¿Y si piensan que soy poca cosa para su hijo?

—Sí, todos quieren conocerte. Les mostré algunas fotos tuyas y no tuvieron más que halagos.

—Ay, Juan Pablo. ¿Cuáles fotos?

—Las que te saqué en el Ávila y algunas de nuestra excursión a la playa. En todas te veías preciosa, mi amor, te lo prometo.

—Bueno, mejor así, porque será de la única forma que me vean. No pienso ir a casa de tus padres.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—No te voy a decir, sé lo que vas a querer hacer, entonces me voy a poner brava y vamos a pelear.

—Umm, ya sé de qué se trata. Pero no tienes que preocuparte, les hablé

de ti y saben que eres una muchacha sencilla, sin muchos recursos económicos.

—Ah, bueno. Está bien entonces. No importa que vaya a conocerlos con mi ropa harapienta porque ya todos saben que soy pobre. ¡Qué bueno que se los aclaraste! Imagina que se llevaran la sorpresa cuando me vieran llegar. — Mi tonito deja muy claro lo brava que estoy.

—Mi amor, no te pongas así. No lo hice con intención. Fue un tema que surgió cuando mi hermana comenzó a interrogarme. Pero no le veo el problema en absoluto, tu situación económica no cambia nada para mí, lo sabes.

—Quizás no, pero no me sentiré cómoda yendo a tu casa mal vestida. Y no me digas que vas a comprarme ropa porque me pongo más brava todavía.

—Lo siento, pero no puedo seguir hablando, acaba de ingresar una paciente a urgencias. Te llamo más tarde —dice serio y finaliza la llamada.

Me dejo caer de espaldas sobre la cama y ahogo un grito debajo de mi almohada.

¡Soy una estúpida! Él viene y me llama emocionado y yo salgo con odiosidades. Creo que mis raíces de positividad se han secado. Tengo que regarlas, volver a ver las cosas buenas de la vida en lugar de enfocarme en lo malo.

Me levanto de la cama y decido actuar. Ariana puede tener algo bonito que me preste y, si no, puedo decirle a mi tía que me ayude a coser algo, ella es muy creativa.

En el camino, me encuentro a Miguel. Decide acompañarme a lo de Ariana y aprovechamos para ponernos al día. Me cuenta que le ha ido muy bien en la venta de pescado por la temporada alta y que ha podido ahorrar una buena cantidad; tiene planeado comprar otro peñero para cargar más pescado. Yo le cuento de la hipoglucemia y de la dieta que tengo que cumplir. Y, aunque seguro él sabe que fui para la playa con JP, decido no hablar de eso. No soy tan mala como para echarle en cara que tengo novio.

—Te voy a conseguir unas frutas para tus meriendas.

—Ay, no. Está bien. Yo la puedo comprar con lo que me gane en las ventas.

—¿Y el ahorro para la universidad?

—Bueno, eso será pa' después. Gracias, en serio, pero no hace falta.

—No lo compraría, a mí me regalan muchas cosas en el mercado. Ya sabes, para que les dé buen precio del pescado.

—Bueno, sí es así...

—Tampoco es tanto, a veces una piña, un melón o una patilla. Pero a veces no caben en la nevera y se dañan. Mejor que alguien se la coma ¿verdad?

—Claro, es malo desperdiciar comida —conuerdo—. Bueno, hasta aquí nos trajo el río^[80]. ¿Nos vemos en la noche en la playa? —le pregunto.

—Sí. ¿A las siete?

—Dale.

Camino por la entrada de la casa de Ariana y toco la puerta de madera dos veces. Su casa es muy bonita, está pintada de blanco y tiene una fachada colonial, con ventanas de madera y techos de tejas. Las paredes de la sala están decoradas con lindos cuadros y casitas de barro, algunas las venden aquí, otras las compraron en sus viajes a Mérida y otras ciudades andinas del país. Ariana tiene su propio cuarto y sus hermanitos menores comparten otro. Su papá, el señor Adolfo, tiene un restaurant aquí en Chirimena y le va muy bien. No son ricos, pero viven cómodos.

—Hola, viajera. ¿Qué tal te fue? —Me pregunta mi amiga al abrir la puerta. Es muy bonita, tiene un hermoso pelo rubio cenizo ondulado, ojos marrones claros y unos labios rosados y carnosos que parecen estar pintados todo el tiempo. Es delgada y bajita, mide un poco menos que yo, pero tiene buenas piernas.

—Me encantó. No quería venirme.

—Vamos a mi cuarto, quiero que me cuentes todo.

La sigo dentro, cruzamos la sala hasta llegar al pasillo, a la derecha, y luego entramos por la primera puerta a la izquierda. Su cuarto está pintado en dos tonos, blanco y morado, alternando en cada pared. La cama individual está ubicada en el medio, tiene dos mesitas de noche a cada lado y, contra la pared del frente, está una peinadora blanca a juego con un gran espejo detrás.

Me siento a su lado en la cama cuando me invita y le cuento lo del viaje. Me hace prometerle que le presentaré al caraqueño la próxima vez que venga o no me hablará de nuevo. Le digo que lo haré. Le comento lo de conocer a sus padres y comienza a aplaudir y chillar como loca.

—Claro que vas a ir, tengo la ropa perfecta para ese día, también unas sandalias. Vas a brillar.

—Gracias por ayudarme, Ariana. Tengo una amiga en Maracaibo que se

llama Marbelis, ella hizo algo parecido por mí —digo con tristeza.

—¿La extrañas?

—Sí, mucho. Espero que pueda verla en algún momento. Si al menos tuviera la forma de llamarla, pero no tiene teléfono.

—Lo siento, pero lo bueno es que conociste a tu galán.

—Sí, no hubiera pasado de otra forma, creo.

—Bueno, suelta esa tristeza y vamos a probarte la ropa.

—No quiero abusar, pero si tienes alguna chaqueta o algo así que me prestes, sería bueno. Antes de ir a Caracas, iremos a la Colonia Tovar y dicen que allá hace frío.

—Sí, claro. También te voy a dar unos jeans que me quedan grandes. Mi mamá los compró hace tiempo esperando que engorde, pero no creo que eso pase. He hecho de todo, hasta batidos de cambur con pasta, pero de nada sirve, sigo tan flaca como siempre.

—Ya te he dicho que así te ves bonita. Además, solo tienes dieciocho años, ya habrá tiempo de ponerse gorda.

—Mírala, pues. Ya habla toda refinada. ¿Qué pasó con tu dialecto maracucho?

—Es que me he juntado mucho con JP y se me pega. Pero cuando me pongo brava, ahí vuelvo a mi estado natural.

—Es muy divertido escucharte hablar así.

—¿Vos también? —Me quejo poniendo las manos en mis caderas.

—Ahí está. Me gusta.

—Boba.

Estuve esperando la llamada de JP toda la tarde y nunca llegó. Le envié un mensaje diciéndole que lo sentía y tampoco respondió. Pensé que quizás estaba ocupado y no podía atender el teléfono, pero en el fondo sabía que está bravo conmigo. El tono con el que habló cuando terminó la llamada lo dijo todo.

Después de cenar, bajo a la playa y me siento contra la palmera que siempre ocupo cuando vengo de noche. Hoy la brisa sopla fuerte y hace un poco de frío, pero no puedo irme, quedé en verme aquí con Miguel.

El cielo está estrellado, igual que hace dos días cuando estaba con JP en la playa. Me gustaría mucho que estuviera aquí conmigo, pero tengo que acostumbrarme a que no todos los días lo veré.

—Siento llegar tarde, tuve que ir a la tienda por algunas cosas para la casa.

—Está bien, no tengo mucho rato aquí.

—Mira lo que conseguí, un melón para la paciente. —Me entrega la fruta en las manos y se sienta a mi lado.

—Ay, gracias. Tiene un buen tamaño.

—Estás temblando. ¿Tienes frío?

—Un poquito. Deben ser los vientos del Norte que están llegando a la costa.

—Sí quieres te doy mi franela, a mí no me hace el frío.

—No, tranquilo —rechazo. No creo que a mi novio le guste que use la ropa de otro. A mí me molestaría—. Entonces ¿te vas a comprar un peñero?

—Eso espero. De aquí a diciembre, reúno lo que falta. Por cierto, estuve hablando con mi papá y el domingo puedo tomar el día para que vayamos al Ávila —anuncia con una sonrisa.

Ay, Dios. ¡Se me había olvidado que quedamos en ir juntos! Ahora cómo le digo que ya fui y que el domingo no puedo porque estaré en La Colonia Tovar con JP.

—No tienes que decir nada, ya veo en tu cara que no quieres.

—Sí quiero. No es eso. Lo que pasa es que... —El celular comienza a sonar y me interrumpe. Le pido disculpas a Miguel y me levanto de la arena para responder la llamada—. Aló.

—Hola, mi amor. Siento no responderte, pero estaba con una emergencia grave en la clínica. Un accidente.

—¿Muchos heridos?

—Tres, pero uno no lo logró.

—Lo siento.

—Sí, es triste. Pero no siempre se puede salvar a todos. Escucha, voy a manejar a casa, a darme un baño y luego te vuelvo a llamar ¿ok?

—Claro, pero quería decirte que sí iré a tu casa el domingo.

—¿En serio? Todos estarán felices. Bueno, te llamo luego. Te quiero, fierecita.

—Te quiero, JP.

Camino de regreso a la palmera y me siento al lado de Miguel.

—Lo siento, tenía que atender la llamada. Te decía que...

—Estás ocupada el domingo, lo entiendo. Fue una tontería invitarte.

—No, claro que no. Podemos ir otro día, solo avísame con tiempo.

—Sí, seguro. Mira, me tengo que ir. Me levantaré muy temprano.

—No te vayas así.

—Estás con él, lo entiendo. Esto de ser amigos no va a funcionar para mí. Creí que sí, pero no.

—Por favor, Miguel...

—Lo siento, tengo que irme.

Me quedo inmóvil en la arena mientras veo que mi amigo se aleja de mí. Me llena de tristeza saber que lo lastimé, pero no era mi intención. Yo lo quiero mucho, aunque no de la forma que él espera. Debe ser duro para él sentir algo por mí y que yo no pueda corresponderle. Pero bueno, espero que pueda superarlo y encontrar a alguien que pueda quererlo como merece. Él es un buen muchacho y la mujer que esté a su lado será afortunada.

Cuando llego a la casa, veo un rato la televisión con mis hermanos hasta que JP me vuelve a llamar. Salgo al patio y hablo con él un rato de lo que hice en el día y de lo bien que me he sentido desde que comencé la dieta. Eso lo tranquiliza un montón, dice que se preocupa mucho por mí, que teme que me dé otro desmayo y no esté cerca para ayudarme.

Me siento en una silla que está debajo de la mata de mango, de donde se cayó Francisco. Es un buen lugar, mi favorito de la casa porque es fresco y tranquilo.

—Escucha, tengo algo que decirte. No quiero que pienses que significa más de lo que no es, pero hoy Carmen fue a verme a la clínica.

—Ah, ¿y qué quería? —pregunto con tono despreocupado, pero es inevitable que los celos cobren fuerza en mi interior. Su relación terminó hace muy poco y no me siento muy segura con ella cerca de él.

—Hablar de ti.

—¿De mí?

—Sí, lo siento. Elías le dijo de lo nuestro y ella quería saber qué tan serio era. Es normal, estuvimos juntos muchos años y se preocupa por mí —suena ansioso y hasta un poco nervioso. ¿Tendrá eso que preocuparme? Es que es raro. Si yo fuera su ex, no querría saber nada de su nueva relación. A menos, claro, que su interés sea otro—. Noemí ¿sigues ahí?

—Sí. No sé qué decir, JP. Entiendo que son amigos, pero es raro. ¿No crees?

—Bueno, fue incómodo. Pero ¿estamos bien tú y yo?

—Claro ¿por qué no deberíamos estarlo? ¿Pasó algo más? —Mi voz falla con la última pregunta, me da miedo que diga que sí. Mis manos tiemblan mientras espero una respuesta y, con cada segundo de silencio, mi estado empeora más—. Juan Pablo...

—Ella va a trabajar en la clínica desde mañana como enfermera. —La noticia me agarra fuera de base^[81]. No sé qué decir o pensar. Mi corazón late fuerte, tanto que me duele el pecho. Me falta el aire y comienzo a sentirme muy mareada. No entiendo qué me pasa, he comido bien, me tomé las medicinas, no se supone que me ponga enferma—. ¿Estás bien? Tu respiración se escucha forzada.

—Sí, yo solo... Estoy cansada, mañana te llamo. Buenas noches. —Termino la llamada y me recuesto contra el respaldo de la silla mientras hago un ejercicio de respiración tratando de recobrar el aliento. Lentamente, me voy sintiendo mejor, aunque el cansancio no se ha ido de mi cuerpo. Pareciera que hubiera corrido en un maratón, hasta estoy sudando.

El celular vuelve a sonar con una llamada de JP, pero no quiero contestar para que no note que me siento mal. Eso lo pondría todo loco y nervioso, no quiero preocuparlo. Le envió un mensaje diciendo que todo está bien, que entiendo lo de Carmen y que confío en él, pero que en verdad tengo mucho sueño.

JP: ¿Podrías medirme la glicemia con el aparato que te compré? A veces tener mucho sueño es síntoma de niveles bajos de glicemia.

Yo: Ese pinchazo duele mucho y no voy a estar puyándome cada vez que tenga sueño. Hablamos mañana.

JP: Solo hazlo, mi amor. No dormiré tranquilo si no estoy seguro de que estás bien.

Yo: Bueno, que más. Pero va a salir bien.

Cuando me siento con fuerzas suficiente para levantarme, entro a la casa, busco el bendito aparato y me hago la prueba sin que nadie me vea, lo que menos quiero es preocupar a mi familia. Hago todo el proceso de toma de muestra, como me enseñó Juan Pablo, y pronto tengo los resultados, 68. Le escribo al lidioso los resultados y me deja tranquila; aunque si le dijera lo que me pasó, segurito agarra camino pa' Chirimena, así que preferí no decir nada.

Capítulo 10

13 de agosto de 2005

Los cinco días de espera finalmente han pasado. ¡Hoy por fin veré a mi novio! Hemos hablado cada día sin falta, pero no es igual. Necesito tenerlo frente a mí, tocarlo, sentirlo... ¡Lo he extrañado mucho! Estoy ansiosa por ir con él a la Colonia Tovar y nerviosa por conocer a su familia. Pero él ha repetido hasta el cansancio que todo irá bien y espero que así sea, no quiero que todos me odien o que piensen que soy una aprovechada. Mi mamá está brincando en una pata de la felicidad, ya está pensando en cómo será nuestra boda y el vestido que usaré. ¡Está bien loca! No tenemos ni un mes de novios y ella hablando de matrimonio.

He pensado mucho en estos días si le digo o no lo que me pasó el lunes; no quiero ocultarle nada, pero es que él es muy intenso; capaz y cancela el viaje para meterme en la clínica a hacerme estudios o no sé qué y no quiero perderme este fin de semana. Cuando comience la especialidad, no podremos seguir viajando tan seguido.

Ah, se me olvidaba. Mi novio me sorprendió esta mañana con un sobre lleno de fotografías impresas de lo que fue nuestro pequeño viaje a Playa Majagua y, como si fuera poco, me regaló un álbum fotográfico para que las pueda guardar.

—Perteneceste, a una raza antigua, de pies descalzos y de sueños blanco fuiste, polvo polvo, eres piensa, que el hierro siempre al calor es blando...

—¡Ya no más Shakira! —Se queja JP, bajándole volumen al reproductor.

—¿Quién te manda a dejarme elegir la música? Ahora te aguantáis. — Vuelvo a subir el volumen y sigo cantando.

Antes de iniciar el viaje a la Colonia Tovar, fuimos a un centro comercial a comprar algunos Cds para escucharlos en el camino. Si vamos a pasar mucho tiempo viajando en su carro, necesitamos música. Yo elegí varios, JP otros tantos, y el trato es que yo escucho mi música a la ida y él al

regreso. Y bueno, me encanta Shakira y el álbum Pies Descalzos es mi favorito.

Apago la música cuando noto la cara de fastidio de JP, definitivamente, no le gusta Shakira. Alcanzo mi libro de viajes en el puesto de atrás, no podía venir sin él, ahí tengo clasificada la información de los lugares que quiero visitar y, por supuesto, la Colonia Tovar está en la lista.

—Vamos a conocer un poquito de la Colonia antes de llegar. Esto suena interesante. “Desde su fundación, los habitantes de la Colonia Tovar, conocido también como «el pueblo alemán de Venezuela» buscaron mantener las tradiciones propias de los colonos, por lo cual optaron por hacerla una ciudad cerrada a la cual se accediera por un portal. Debido a la herencia germánica, sus habitantes hablan el alemán al igual que el español. Su economía depende de la agricultura y el turismo. Fue fundada en 1843 por un grupo de inmigrantes provenientes del entonces independiente estado de Baden e inmigrantes holandeses. Otro de sus atractivos es la gastronomía. En esta ciudad, se pueden encontrar restaurantes que ofrecen platos, postres y conservas propias de la cultura alemana, que a pesar del paso del tiempo, se han mantenido”. Es genial ¿verdad? Conocer la cultura de otro país sin salir de nuestro país.

—Sí, es muy bonito. Te va a gustar mucho.

—¿Ya has venido? —pregunto haciendo un puchero.

—Sí, varias veces.

—Bueno, tienes que fingir que es la primera vez. ¿Okey?

—Como usted mande, señorita Ávila —bromea poniendo su mano en mi muslo. Aquel simple toque hace que mi cuerpo se tense de forma inesperada. Ya lo he dicho, él me toca y me alboroto toda.

Me aclaro la voz y sigo leyendo para tener mi mente ocupada en otra cosa.

—“En la entrada de la Colonia Tovar, hay una bifurcación que lleva a la playa de Puerto Cruz y de Puerto Maya”. ¡Qué locura! Clima frío de montaña y playa a la vez.

—¿En serio? Es asombroso. —Él ya debe saber, hasta se habrá bañado en esas playas, pero es un tierno y me sigue la corriente. Por eso lo quiero más.

El viaje desde Caracas no toma más de una hora, pero con las paradas que hicimos, primero para comer y otra para visitar el Parque Nacional

Macarao —que queda en el camino hacia la Colonia— llegamos casi al mediodía.

Aplaudo de emoción cuando cruzamos el pintoresco portal que nos da paso a la Colonia Tovar. Son dos pequeñas construcciones con techos de tejas en forma triangular.

Saco la cámara digital por la ventana y tomo algunas fotos de la ruta que nos lleva hasta el Hotel Bergland, donde nos vamos a hospedar. Las casas aquí son conocidas como Chalet, a manera de cabañas rústicas con techos y paredes de madera, ventanas y puertas al estilo colonial. El blanco, negro, rojo, y las piedras de lajas, destacan en las fachadas. Me encanta.

—Esto es hermoso, JP. ¿Nos podemos quedar aquí por siempre? —pregunto una vez que entramos en la cabaña que alquiló. Es como una pequeña casita con dos habitaciones, sala, comedor y cocina. Desde la entrada, se ve el valle verde y los sembradíos de frutas, hortalizas y flores. Y más allá, se observan las montañas de la Cordillera de la Costa con suaves nubes blancas acariciando sus cimas. Aquí se respira pureza, paz y felicidad. ¡Amo este lugar!

—No me des esas ideas, maracucha, que te tomo la palabra —dice abrazándome por la espalda mientras observo el paisaje desde el ventanal.

—¿Cuánto me tomaría convencerte?

—Ya casi me tienes —susurra suavemente en mi oído, electrizando mi cuerpo, calentándolo... Él también me tiene a punto. Si me besa ahora, si me acaricia como suele hacer, creo que no me resistiré y dejaré que suceda lo que los dos tanto deseamos. Es un buen lugar para hacer el amor, sería una gran historia para contar. Me quedo quieta tanto como puedo y dejo que sea él quien decida lo que vendrá después—. ¿Tienes hambre?

—No tanto. —Sus manos se mueven con suavidad por mi espalda hasta encontrar mi piel debajo de la chaqueta roja que me prestó Ariana y más allá de la blusa de algodón que tengo debajo. Mi corazón palpita fuerte y mis piernas se sienten flojas, tan flácidas como gelatina a medio cuajar^[82]. Inclino la cabeza a un lado para darle acceso a mi cuello y siento sus labios, su lengua y su aliento sobre mi piel.

—Pídeme que me detenga, fierecita —pronuncia con debilidad mientras acaricia mi pecho sobre la tela del sostén^[83].

—¿Y si quiero que pase? —Mi voz apenas es un susurro.

—¿Estás segura, mi amor?

Me giro y lo veo a los ojos antes de responder—: Estoy segura de que te quiero, JP. Me asusta, sí, pero sé que tú me cuidarás.

—Sí, solo eso quiero, Noemí. Cuidarte, amarte, estar siempre contigo...

—Entonces sí. —Tras mi respuesta, sus labios se mueven suavemente sobre los míos y me besan con ternura. Cada caricia suya, cada beso, me hace sentir especial, hermosa y querida.

Mientras nuestras bocas siguen unidas, nos movemos lentamente hacia el cuarto principal, ese donde hay una cama matrimonial con cobijas rojas y sábanas blancas, y terminamos acostados en el colchón, él sobre mí.

Me besa, lo beso.

Me toca, lo toco.

Imito sus movimientos y lo ayudo a quitarme la ropa. Después, él se quita la suya.

Mi corazón se acelera como si gritara en mi pecho su nombre, como si reclamara su presencia sobre mi piel.

Sus ojos claros me miran vehementes y, a la vez, con dulzura. Podría ser mudo y solo hablarme a través de su mirada porque lo veo tan claro como un espejo, tan transparente como el agua del mar. Me ama como yo lo amo. Sí, somos un par de locos que se enamoraron sin necesitar más tiempo o un porqué.

—¿Sabes lo que significas para mí? —pregunta, pero no está esperando que le dé una respuesta—. Eres el único sueño del que no quiero despertar. Llegaste a mi vida de forma sorpresiva y la cambiaste rotundamente. Antes de ti, solo existía; ahora, vivo realmente. Lates en mi corazón, Noemí, en cada latido. —Acaricia el contorno de mi rostro con sus dedos, suave, cariñosamente—. No tiene que ser hoy si no quieres, no me importaría esperar más.

Me arrodillo en la cama y rodeo su cuello con mis manos para besarlo. No necesito decirle lo que mi boca, mi cuerpo y mi ser pueden comunicarle claramente. Lo amo, lo deseo, lo necesito... Mi corazón eligió a Juan Pablo Cáceres, y puede ser mañana, en un año o muchos más, pero quiero que sea hoy, aquí, con él.

—Ahora sí tengo hambre —murmuro cuando logro recuperar el aliento.

¡Pasó! Hicimos el amor. Sí, no fue un acto meramente sexual. Él me

acariciaba y, al mismo tiempo, susurraba frases tiernas, me decía lo hermosa que era y lo mucho que me quería. Sentí tantas cosas que en un momento pensé que mi corazón se detendría, pero no sucedió. Él fue dulce, atento y paciente. Y bueno, también cuidadoso con la protección.

No voy a mentir, fue aterrador al principio, pero después el miedo se disipó y disfruté de aquel momento maravilloso y especial. Y mientras estoy aquí, debajo de su cuerpo sudoroso y agitado, me siento muy feliz porque lo viví con alguien que me demuestra su amor, no solo con palabras, también con hechos.

—¿Te gustaría bañarte antes de ir a comer?

—¿Los dos juntos? —replico nerviosa. No sé si esté lista para compartir otros momentos íntimos con él.

—Solo si tú quieres.

—No es que no quiera, pero yo... no sé.

—No hay problema, mi amor. Usa tú el de aquí, yo voy al otro cuarto.

—Pero mi ropa está en aquel.

—Bueno, tú allá y yo aquí —dice sonriendo.

—¿Puedes cerrar los ojos mientras me cubro?

—Pero sí ya te vi desnuda.

—Igual me da pena.

—Bueno, está bien, ya los cierro —Me levanto de la cama y me envuelvo con la cobija roja que terminó arrugada al pie del colchón. Antes de irme, le doy un besito a JP en la boca y luego corro al cuarto de al lado, entre risas—. ¡Eres una tramposa! —grita desde su cuarto.

Más tarde, almorzamos en el restaurant La Casita del Fondue, un lugar que me resultó muy hermoso, envuelto por un paisaje montañoso con hermosos árboles de pino y un vasto bosque, junto con un bonito lago al frente que se cruza a través de puente de madera.

La fachada es de estilo colonial con techos triangulares y paredes de madera y pintada de blanco con detalles en negro, como el resto del pueblo. Mientras que en el interior es un poco más rustico: sillas y mesas de madera, una barra fabricada con troncos de árboles, arreglos de flores silvestres en las mesas y algunas colgando dentro de materos fijados a las paredes. Es muy bonito y acogedor.

Comimos un exquisito Raclette, que es queso suizo derretido, combinado con jamón serrano, fiambres de la región, salchichón, cebollitas,

papas salteadas y encurtidos. También probé una crema de cebolla que me recomendó Juan Pablo y me gustó mucho.

El resto del día, estuvimos paseando por el lugar. Conocimos el museo, la iglesia y otros sitios de interés donde se puede apreciar la arquitectura alemana. Los lugareños son gente muy cordial; algunos visten la típica ropa alemana y usan el lenguaje alemán coloniero, una variante de su dialecto de origen. Me encantó escucharlos. Ahora entiendo la fascinación de JP por mi acento maracucho. Después, recorrimos las tiendas de artesanías y compramos algunos detallitos para regalar. En eso nos tardamos bastante porque quería algo especial para cada persona, incluyendo a la familia de JP. Por último, visitamos el mercado de frutas, donde mi novio se volvió loco y compró un montón de fresas y duraznos que fueron cultivados en el pueblo.

Cuando volvemos al chalet, ya está oscuro y la barriga me suena del hambre que tengo. Dejamos las cosas en la sala y bajamos al restaurant del hotel para cenar, mis pies no me van a llevar más lejos de aquí.

JP se desvive por atenderme, me tiene tan mimada que voy a terminar adherida a él para que no me deje el domingo en Chirimena.

—Estaba bueno, pero ya me quiero ir a dormir. Se me están cerrando los ojos solitos.

—Vamos entonces que mañana hay que levantarse temprano.

—Ay, no. Todos los días me levanto temprano.

—Bueno, no a las cinco. Puedes dormir hasta las seis.

—Una piche horita más.

—Valdrá la pena, mi vida.

—¿Qué estás planeando? Nada bueno será, te veo la picardía en la cara.

—Ya verás mañana.

—Bueno.

Salimos del restaurant y nos metemos en la cabaña para “dormir”. Ese era mi plan, pero cómo duerme alguien cuando su novio la está abrazando y besando en lugares sensibles del cuerpo.

—Te voy a dejar solo si seguís molestando —murmuro.

—¿No te gusta ni un poquito?

—No, nadita de nada. Solo quiero dormir.

—¿Y esto? —pregunta acariciando mi parte íntima por encima de mi pijama de algodón. El calor ya había iniciado antes de que llegara ahí, pero

estaba tratando de resistirme.

—Umm, estoy casi dormida —balbuceo con los ojos cerrados.

—Ya veo —susurra contra mi oído. Sus dedos siguen frotándose de forma circular en el mismo punto y su lengua se desliza de arriba debajo en mi cuello. No puedo resistirme y realmente no quiero.

Capítulo 11

14 de agosto de 2005

¡Hicimos el amor!

Hoy no tengo mucho tiempo de escribir, estoy aprovechando que JP fue a pagar el hotel para hacerlo. La gran noticia es que ayer hicimos el amor y fue increíble, inolvidable y adictivo. ¡Me encanta tener sexo! Sí, lo dije. La primera vez, dolió un poco y no sabía mucho qué hacer, pero esta mañana, después que JP me despertó con un rico desayuno y un ramo de flores colorido, lo volvimos a hacer y me involucré de una forma más activa. No soy una experta, quizás me tome mucho ser una, pero me di cuenta de que él disfrutó mucho más que las dos veces anteriores. ¡No sé cómo haré para decirle adiós hoy en la noche! Ah, la sorpresa de la que habló anoche en el restaurant era que íbamos a volar en parapente. Primero, le grité que ni loca me subía en una cosa de esa, pero cuando estuvimos allá, sobre la cima de la montaña, viendo aquel hermoso paisaje y los ojitos suplicantes de mi novio, tuve que hacerlo, y no me arrepiento. Sentía que volaba, que el cielo era mío, que todo era posible... Lo repetimos dos veces.

Estos dos días se han centrado en las primeras veces. Aunque creo que la que más me aterra es la que sigue: conocer a su familia.

“Cuento una a una las estrellas, sé que todas ellas, son flores que en el cielo crecen para ti, y así vas ascendiendo a las alturas y yo me quedo a oscuras, pero no siento miedo debe ser así...^[84]”

—¿Y dices que Caramelos de Cianuro es mejor que Shakira o la Oreja de Van Gogh? —digo bajándole volumen a la música.

—Cualquier cosa es mejor que Shakira o esos otros.

—Vamos a ver qué más compraste porque esos locos me van a hacer doler la cabeza —reviso las opciones en el porta Cds y encuentro uno que a los dos nos debe gustar. Si está aquí, es porque lo escucha.

*Dame una caricia
dame el corazón*

*dame un beso intenso
en la habitación.
Dame una mirada
dame una obsesión
dame la certeza
de este nuevo amor.
Dame poco a poco
tu serenidad
dame con un grito
la felicidad.
De llevarte a la cima del cielo
donde existe un silencio total
donde el viento te rosa la cara
y yo rozo tu cuerpo al final^[85]*

Es una canción super romántica, como todas las de Ricardo Montaner, y viajamos de regreso a Caracas escuchando una gran parte de su música. Estamos por llegar cuando consigo un Cd de Olga Tañón y pego un grito de emoción. ¡Adoro a Olga! No sé cómo explicarlo, pero hay algo en ella que me parece tan único y genuino. Es el tipo de artista que no parece inalcanzable y ama tanto a Venezuela... Quizás eso es lo que más me conecta a ella.

—¿Y si digo algo mal? ¿Y si les parece que soy una ordinaria pata en el suelo? —pregunto inquieta cuando hemos llegado.

—Deja de pensar así, Noemí. Tú eres más de lo que se puede ver o de tu situación económica. Y si no se dan cuenta de lo especial que eres, es su problema.

—No sé —digo con desanimo.

—Ah, no. Nada de estar triste. Quiero que conozcan a la maracucha alegre que me hace tan feliz. Solo sé tú. Y aunque parezca un loro repitiendo lo mismo, hoy te ves muy hermosa.

—Gracias, por quinta vez —bromeo con una sonrisa tonta en los labios. Ariana me prestó una falda estampada de flores y una blusa blanca muy bonita que metí por dentro de la falda. También me prestó unas sandalias blancas de suela corrida para que fuera más fácil caminar. Esos de tacón finito no los sé usar.

El pelo me lo tuve que recoger en una cola de caballo. No iba a darme

tiempo de lavármelo y secármelo antes de venir porque llegamos directo desde la Colonia Tovar al edificio donde vive JP y su familia.

Mientras los numeritos del ascensor aumentan, mis nervios también lo hacen. JP puede decir lo que quiera, pero para mí es importante que sus padres me acepten. Para él fue muy fácil, mi mamá besa el suelo por donde pasa, pero hay algo que él no ha considerado, hace un poco más de un mes tenía otra novia, una con la que duró cuatro años, y no creo que sus padres reciban de buena gana a la muchacha que lo alejó de ella. ¡No debí aceptar venir tan pronto!

—Deja de pensar en eso. —Me regaña.

—No sabes en lo que estoy pensando.

—Sí que lo sé. Estás más preocupada de lo que deberías.

—¿Seguro? ¿No te parece extraño traer a una novia cuando hace menos de un mes tenías otra?

—No, porque ya les expliqué lo que pasó, lo entienden. Debí decirte esto antes, pero cuando mis padres se casaron, solo tenían tres meses conociéndose y dos meses de novios.

—¿En serio?

—Sí, quizás lo mencionen en el almuerzo. Pero tú hazte la que no sabe nada, les gusta que la gente reaccione con sorpresa.

—Anotado. ¿Algo más que deba saber?

—Sí, te quiero. —Giro los ojos y sacudo la cabeza. Pensé que diría otra cosa.

—Bobo.

—Bueno, ya llegamos. ¿Lista?

—Sabes que no, pero que más. Ya estamos aquí.

—Te voy a cambiar el apodo de fierecita por nube negra —bromea mientras caminamos tomados de la mano por un pasillo que seguro nos llevará al apartamento de sus padres.

—Ja, ja. Muy gracioso.

—Aquí es. Detrás de esta puerta, te esperan la bruja mala del bosque y el lobo feroz.

—Ay, ya. No te pongáis payaso ahorita, Juan Pablo Cáceres.

—Ah, como extrañaba tu acento —dice antes de darme un beso en la boca—. Ahora sí, bienvenida a la casa Cáceres —anuncia abriendo la puerta.

Cruzamos la entrada y, luego de un pequeño pasillo, llegamos a la sala,

ubicada a la derecha del apartamento. Espectacular se queda corto para describir lo que es este lugar: hermosos cuadros colgados en las paredes, un juego de muebles negros de cuero, que ocupa más de lo que mide la casa de mi tía completa; un amplio ventanal polarizado con una gran vista de Caracas; flores naturales adornando la mesita de centro, que es de vidrio biselado en los borde, y una hermosa alfombra negra cubriendo el piso sobre el que están los muebles. Hasta la lámpara que ilumina la sala es preciosa, es de esas grandes con muchos cristales. Tipo araña, creo que le dicen.

Es inevitable sentirme apenada y fuera de lugar. Todo es tan lujoso comparado con la humilde casita donde vivo. Un nudo apretado se forma en mi estómago mientras que mi corazón no me da tregua con fuertes latidos. Creo que me voy a desmayar.

—¿Estás bien, mi amor? ¿Por qué estás tan pálida? ¿Te duele algo? ¿Estás mareada?

—No es nada, estoy bien —digo tratando de tranquilizarlo.

—Ven, siéntate aquí. —Me dejo llevar por él hasta el mueble grande y me siento con cuidado—. Te voy a buscar agua.

—No hace falta, ya pasó. Quizás me mareó un poco el viaje en el ascensor. Son bastantes pisos. —Me rio sin ganas.

—¿Me dirás si te sientes mal? No importa que sea solo un mareo, Noemí. Necesito saberlo.

—No comiences, estoy bien.

—¡Mi amor, ya llegaron! ¿Por qué no me avisaste? los habría recibido en la puerta —dice una mujer que entra a la sala, debe ser la mamá de JP. Está usando un conjunto rosado de falda y blazer, con una blusa blanca debajo. Sus ojos son claros, como los de JP, y su cabello es rubio. No sé si natural o pintado. Lo lleva recogido en un perfecto moño y tiene una pollina^[86] de medio lado acomodada a la derecha de su cara. No es delgada, pero tiene una figura bastante envidiable. Pechos medianos, cintura pequeña y caderas anchas. Y sus piernas parecen nunca terminar, hermosas y tonificadas. Es muy bonita.

—Lo siento, no pensé en eso.

—¿Qué pasa? ¿Se siente mal? —pregunta con los ojos en su hijo después de darme una rápida mirada.

—Un poco mareada por el viaje en ascensor. Le pasa como a Valentina —comenta él.

—Entonces déjame buscarle un vaso de agua o un refresco. ¿Qué prefiere? —De nuevo le habla a su hijo, como si yo no pudiera hablar. ¡Me odia, lo sé!

—Agua está bien, mamá. Gracias. —Sus tacones de punta fina resuenan en el brillante piso de mármol mientras se aleja a la cocina, y yo, aunque quiero decir algo, sigo tan callada como una momia.

Un poco después, regresa con el agua. Una servilleta blanca envuelve el lujoso vaso, que tiene una fina línea dorada adornando el borde, y pequeños cubitos de hielo bailando dentro. Me tomo todo el contenido en tres sorbos para no parecer ansiosa, pero quería bebérmelo a pecho.

—¿Mejor? —pregunta él sosteniendo mi mano.

—Sí, gracias.

—Bueno, ahora sí te puedo presentar a mi novia como es debido. Mamá, ella es Noemí Ávila.

—Mucho gusto, soy Cristina Villasmil de Cáceres —Se presenta con una sonrisa que parece sincera y extiende su mano hacia mí. Me levanto del mueble y la saludo con un débil apretón de mano. Estoy tan nerviosa.

—El gusto es mío, de verdad. Gracias por el agua y por la invitación.

—No fue nada. Desde que Juan Pablo me habló de ti, quise conocerte. Pero siéntate de nuevo, seguro están cansados por el viaje.

—Gracias. —Me ubico de regreso en el mueble. Ella ocupa otro mueble grande frente a este, y JP se sienta a mi lado.

—¿Y el resto de la familia?

—Tu padre está por salir, Fernando viene en camino y tu hermana, como siempre, no encuentra qué ponerse.

—Entonces le falta como una hora para salir —bromea.

—Sí, seguro. ¿Y cómo les fue en la Colonia? —Su pregunta hace que las manos me suden, hasta creo que me puse roja. El recuerdo de lo que pasó entre nosotros en aquel lugar sigue tan presente en mí que aún lo siento en mi piel.

—Muy bien, mamá. Por cierto, Noemí compró obsequios para todos.

En todo momento, él sostiene mi mano y la acaricia, diciéndome con eso que está para mí. Pero en lugar de calmarme, me pone más nerviosa porque su mamá no deja de mirar nuestras manos enlazadas, aunque lo hace de forma disimulada.

—No era necesario, Noemí.

—Son cosas muy bonitas, mamá. Ella se esforzó mucho en encontrar

algo especial para todos.

El tono de disgusto que usa JP es inquietante. Nunca lo escuché hablar así.

—Claro, gracias. Solo decía que no tenía que preocuparse por darnos nada. Pero seguro me encantará.

—Está bien si no le gusta. En realidad no conozco bien sus preferencias y me dejé llevar por las recomendaciones de Juan Pablo. Tome, esta es el suyo y el de su esposo. —Me levanto del mueble y le entrego la bolsa de regalo que contiene una botella de vino para él y unos bonitos platos de cerámica que tienen pintados paisajes de la Colonia en el interior. Cristina sonríe con los labios unidos y pone elegantemente la bolsa en el piso sin mirar su contenido. No esperaba que lo hiciera tampoco.

—Buenas tardes, disculpen la demora. Estaba atendiendo una llamada importante —dice el padre de JP al entrar a la sala. Está usando traje y corbata. No pensé que se usaran ropa tan formal para almorzar. JP viste casual, con pantalón de vestir, zapatos negros y un sweater azul.

—Vamos llegando, papá —dice en tono despreocupado—. Te presento a Noemí Ávila, mi novia. —Me levanto del asiento y extendiendo la mano para saludarlo, él se presenta como el doctor Daniel Cáceres y me ofrece una sonrisa con todos los dientes, mucho más sincera que la de su esposa. El parecido entre JP y su padre no es mucha, quizás solo en su altura y complejión. El señor Cáceres tiene los ojos marrones, casi negros; cabello castaño oscuro, rostro ovalado y una gran nariz puntiaguda.

—Un gusto conocerlo, señor.

—Dime Daniel, eso de señor es para los extraños.

—¿Quieres algo de beber, amor? —Le pregunta su esposa cuando él se sienta a su lado.

—Un whisky estaría bien.

—¿Y ustedes qué gustan?

—Cerveza para mí —responde JP y aprieta mi mano, llamando mi atención.

—Yo estoy bien, gracias.

—Perfecto, en seguida regreso. —Cristina se levanta con elegancia y se lleva consigo la bolsa de regalo.

Mientras vuelve, el padre de JP nos hace la misma pregunta que su esposa. *Como que se pusieron de acuerdo.* JP le cuenta de nuestro vuelo en

parapente y de nuestra visita a La Casita del Fondue. También le extiende un saludo que le envió el dueño del Hotel Bergland, donde nos hospedamos. Y caigo en cuenta de que han ido mucho a la Colonia Tovar. JP supo disimularlo muy bien.

Cristina regresa con las bebidas y una bandeja con trozos de queso y jamón como bocadillos. Cuando me ofrece, tomo solo un palillo con dos trocitos de jamón y uno de queso. No quiero parecer muerta de hambre.

—Entonces van a viajar todos los fines de semana. ¿Cuál será el próximo destino? —pregunta Daniel.

—No lo hemos decidido aún, pero tiene que ser cerca —responde JP.

Su padre asiente distraído y luego olvida el tema de los viajes para centrarse en mí.

—Mi hijo nos habló mucho de ti, pero me gustaría que seas tú la que cuente su historia. ¿Qué nos puedes decir?

¿Qué le puedo decir?

Ay, no sé. Me da miedo comenzar a hablar y no poder detenerme. Me ha pasado algunas veces, casi siempre cuando estoy muy nerviosa.

—Tranquila, mi amor. Solo sé tú —susurra JP en mi oído.

—Bueno —suspiro—, soy la mayor de tres hermanos. Vivo en Chirimena, un pueblo costero de Higuerote, pero antes vivía en Maracaibo. Nos mudamos hace unos meses, después que me gradué de bachiller en el liceo.

—¿Y vas a seguir estudiando? —interviene Cristina.

—Eso espero. Había obtenido un cupo en La Universidad del Zulia para estudiar Letras, pero como nos mudamos, no pude iniciar.

—¿Y por qué se mudaron? —De nuevo la madre de JP. Me tenso. No quiero responder a eso.

—¿Cuánto tardará Fernando en llegar? —cuestiona Juan Pablo sin disimular su intención de cambiar de tema y noto cómo su madre aprieta los labios. No le gustó nada que interrumpiera nuestra conversación.

—Sabes muy bien la razón de su demora —contesta ella con severidad.

—Hasta que la niña se digna aparecer —comenta JP cuando su hermana entra a la sala. Aunque parece hipnotizada con el aparato que tiene en la mano, su celular. Ella aparta la mirada de la pantalla, mira alrededor, y vuelve a bajar la cabeza.

—Guarda ese teléfono y saluda a tu hermano y a su novia como es

debido, Cindy —ordena su padre.

—Hola, JP. Hola novia de JP —dice sin mirar hacia nosotros.

—Cindy, por favor. —La regaña su madre.

—Ya, ya. Déjame responder este mensaje y hago todas las reverencias —responde sarcástica.

Recuerdo que él me dijo que era estudiante de tercer año, debe tener unos catorce años, es normal que se comporte así.

Ella se parece mucho a su mamá. Tiene cabello rubio, liso, un poco más oscuro y natural que el de Cristina, ojos claros y rasgos finos. Es delgada, no ha desarrollado grandes senos, pero el vestido azul marino que está usando deja ver que tiene hermosas piernas.

—Suficiente, Cindy. Deja ese aparato o te lo quito por un mes —insiste Cristina.

Refunfuñando, apaga el teléfono y camina hacia nosotros.

Con una sonrisa falsa y la mano extendida, me dice su nombre y lo feliz que está de conocerme. Correspondo su saludo diciendo mi nombre y luego le entrego su obsequio. Es una pulsera de piedras muy bonita que encontré en uno de los puestos de artesanía que visitamos. JP me dijo que le gustan mucho.

Cuando ve su regalo, cambia totalmente de actitud y se suelta a hablar conmigo de las veces que ha ido a la Colonia Tovar, de las fresas con crema que venden allá, de la comida y hasta de lo divertido que es volar en parapente. Me siento tan cómoda hablando con ella que comienzo a contarle de mi “libro gordo” y de los lugares que quiero visitar. Ella se ve muy interesada y hace muchas preguntas, hasta obliga a JP a bajar al carro para buscar mi libro.

—¡Ay, qué fino! ¿Desde cuándo lo tienes? —dice mientras pasa las páginas.

—Desde los nueve años. Comencé a buscar información en la biblioteca, en recortes de periódicos y después en internet.

—¿Y van a ir a todos estos lugares los dos? ¡Es increíble! ¿Verdad, mamá?

—Sí, fascinante —responde no muy convencida.

—¿Por eso renunciaste a Londres, Juan Pablo? —pregunta su padre con dureza—. ¿Vas a andar de mochilero por Venezuela cuando tienes la oportunidad de especializarte en pediatría en una de las mejores universidades del exterior?

—Ya hablamos de esto, papá. No es el momento de discutir por lo mismo —contesta enojado.

Mi corazón comienza a latir fuerte, de esa forma dolorosa que he sentido en otras ocasiones.

Cálmate, Noemí. No dejes que esto te afecte. Si me estreso, terminaré perdiendo el conocimiento y no quiero dar un espectáculo.

—¿No es el momento? ¿Y cuándo? Tienes una semana para volver. Ella debería comprender eso y no amarrarte a este país. Tu futuro no está aquí y lo sabes.

—¡Basta! —grita parándose del mueble—. No metas a Noemí en esto. Fue mi decisión. ¡Mía! Voy a estudiar aquí y trabajaré en la clínica, confórmate con eso.

—Esto es absurdo, hijo. Tenías a Carmen, se iban a casar cuando terminarás tu especialización, y aparece ella —me señala—, y tu vida es otra.

Mi pecho duele tanto que no lo puedo soportar. Intento ocultarlo, trato con todas mis fuerzas de que nadie se dé cuenta, pero es tarde para eso, Cindy le dice a JP que me ve mal y la discusión termina. Toda su atención se centra en mí.

—Respira, mi amor. Inténtalo. —Me pide acariciando mi cara con sus manos. Mis ojos están abiertos, pero no puedo enfocarlos en él. Todo se ve borroso, me falta la respiración, me duele el pecho, el cuello, la mandíbula... Es la primera vez que me duelen tantas partes a la vez y lo peor es que no puedo decirlo.

—¿Está enferma? ¿Qué tiene Noemí? —pregunta Cindy, asustada.

—Es su glicemia. Busca un vaso con agua y azúcar, rápido. —Le pide él.

—Déjame examinarla —dice su papá.

—¡No! Tú no —le grita—. Dime qué sientes, mi amor. ¿Mareo? ¿Fatiga?

—No puede hablar, hijo. Está ausente. Debe tener la glicemia bastante baja. ¿No le recetaron inyecciones de Glucagón para estos casos?

—No. Solo dieta y Glucofage una vez al día. Nada más. —Pobre, se escucha tan angustiado y yo sin poder decirle nada—. Aquí está el agua, maracucha. Toma un poco. —Me pone el vaso en los labios y apenas puedo tomar un poco de agua. Me siento tan débil y cansada. Y ahora sé que estas cosas me pasan cuando experimento emociones fuertes. Más que todo, cuando

algo me estresa mucho.

Poco a poco, el dolor se va y también la pesadez.

Finalmente, logro decir que me siento mejor. Pero él sigue mirándome con preocupación. Acaricio su cara con mi mano y vuelvo a decirle que me siento mejor, que esté tranquilo.

—Esto fue diferente, Noemí. Dime qué sentiste.

—Lo mismo de siempre: mareo, debilidad, respiración forzada, latidos rápidos...

—¿Nada más? —pregunta inquieto.

—No, nada más. —Le miento.

Hubo más, un dolor tan agudo que pensé que moriría, pero no le diré eso. No quiero que se vuelva loco como la última vez y que me lleve a la clínica para hacerme estudios costosos que no podré pagar. No puedo seguir abusando de su generosidad. Además, después de la discusión que tuvo con su padre, creo que tengo que tomar una decisión. Sus palabras se repiten en mi mente como una canción: «Ella debería comprender eso y no amarrarte a este país. Tu futuro no es aquí y lo sabes». Él tenía un futuro, planes, y yo los arruiné.

—Tienes que comer algo. Ya son más de la una y no has almorzado.

—Le diré a Graciela que sirva la comida. No vamos a seguir esperando a tu hermano —dice Cristina.

—No, la llevaré a comer a otro lugar —replica JP.

—¿Por qué? La comida está lista y ella necesita alimentarse ahora, tú lo dijiste —insiste.

Él me mira con una disculpa en sus ojos y acepta la invitación por el simple hecho de que necesito comer, pero sabe que no fue casualidad que me sintiera mal justo cuando su papá estaba discutiendo con él y no quiere estar aquí.

El comedor es muy hermoso y moderno. Hay una mesa con patas madera y soporte de vidrio, en la que lindos ramos de flores adornan cada extremo; ocho sillas de madera y asientos acolchados completan el juego de comedor.

Almorzamos pollo a la plancha con ensalada cruda y crema de apio, según recitó Graciela cuando sirvió el menú en platos de porcelana.

Los Cáceres almuerzan con vino tinto y no con agua o jugo de parchita como en mi casa. Aunque yo si tengo delante de mí una copa con agua porque no acostumbro a tomar vino, ni a usar cuchillo y tenedor de plata para trozar

los alimentos. Sin embargo, parezco toda una experta. Fue bueno que JP me enseñara cuando comimos anoche en el restaurant.

Diría que la comida está deliciosa y le daría las gracias por la invitación, pero el ambiente está tenso y silencioso. Además, me siento tan incómoda y estoy luchando con tantas fuerzas por no llorar, que no estoy segura si podré pronunciar una palabra completa.

¡Esto un desastre! No quiero estar aquí. Solo quiero regresar el tiempo y estar de nuevo en aquel chalet de la montaña donde no había nadie más que nosotros dos, amándonos.

Cuando salimos de su casa, su hermano no había llegado, aunque creo que no tenía planeado ir en verdad. JP ha estado callado durante todo el camino a Chirimena, ni siquiera ha intentado mirarme o tomarme la mano como hace siempre. Pero no quiero ser la primera en decir algo y tampoco me atrevo a hacer alguna pregunta. Tengo miedo de lo que este silencio pueda significar.

Sin música, ni conversación que me entretenga, me quedo dormida en el asiento. Al despertar, me doy cuenta de que hemos llegado al pueblo.

—¿Vas a hablar conmigo de lo que pasó? —pregunto. La ansiedad me está matando.

—Estoy muy avergonzado contigo, Noemí. Mi padre fue muy grosero e impertinente. Él me había prometido que no tocaría el tema, pero ya ves. —En todo momento, su vista está al frente. No es capaz de mirarme a los ojos de lo apenado que se siente. Me duele que esté tan afectado.

—Quizás no fue la mejor manera, pero creo que tiene razón.

—¡No! —dice mirándome directo a los ojos—. Él no sabe de lo que habla. Yo elegí estar aquí, yo decidí estar contigo. Lo de Londres era su sueño, siempre lo fue. Igual esa mierda del matrimonio. Todo eso es lo que él quiere para mí. Enamorarme de ti es lo mejor que me ha pasado, Noemí. Cambiaste mi vida, sí, pero para mejor. Antes no tenía rumbo, solo vivía de la forma que él quería, pero ahora siento que tengo un propósito, que camino hacia un destino. Créeme, maracucha. Tú no me estás amarrando a nada, tú me hiciste libre —afirma sosteniendo mi mano. No tiene que pedirme que le crea, sé que es cierto.

—Prométeme que siempre será así, que jamás renunciarás a nada por mí.

—No prometeré eso, mi amor, porque tú eres lo más importante para mí.

—Juan Pablo, no.

—Sí. Lo eres todo, lo más grande. Te amo de verdad, Noemí. ¿No lo entiendes? Me mata tener que despedirme. Cuando estoy sin ti, dejo de ser yo. Es ilógico, loco e irracional, pero es lo que siento.

—¿Dijiste que...? —murmuro, lágrimas resbalando por mi cara. Él sonríe, seca la humedad en mi piel y lo confirma.

—Sí, dije que te amo.

—Y yo a ti, JP. Te amo de esa forma loca e irracional de la que hablaste. Y también me mata despedirme, pero no será para siempre.

—Nunca será un adiós, fierecita —pronuncia con voz ronca y entonces me besa. Nos dejamos envolver por nuestros sentimientos, que son más genuinos que la piedra más preciosa, y volvemos a ser solo los dos. No necesitamos un lugar específico, siempre que estemos juntos, lo tendremos todo.

Capítulo 12

23 de agosto de 2005

¡Nueve días sin verlo!

Desde que nos despedimos el catorce de agosto, no he visto más a JP. Estuvo con fiebre y una fuerte gripe que contrajo en la clínica. Él que habla tanto de cuidarse y lo viene a tumbar una gripe. El caso es que no hubo viaje de fin de semana y hoy apenas es martes así tengo que esperar varios días más.

En casa, las cosas están un poco duras, mi mamá se ha sentido mal y he tenido que ayudar a mi tía con la preparación de las empanadas y luego ir a venderlas. A veces me canso mucho, pero no digo nada porque tengo que estar ahí. Es lo que toca.

Por otra parte, estuve hablando con Ariana de métodos anticonceptivos y me dijo que ella usa la píldora. Me explicó cuál toma y cómo la usa y la comencé a tomar. Ahora que JP y yo somos activos no quiero que corramos ese riesgo. Los dos somos muy jóvenes para tener un hijo y es muy pronto para nuestra relación. Aunque espero que algún día suceda. Me gustaría mucho tener un hijo, dos o tres, con mi caraqueño.

—Si pudieras pedir un deseo en este momento ¿cuál sería? —Me pregunta JP por teléfono.

Estoy sentada contra mi acostumbrada palmera cerca de la playa mirando las estrellas. De alguna forma, me siento más cerca de él al hacer eso.

—Podría ser conocer a Will Smith. Él me encanta desde que comenzó en El Príncipe del Rap. Todavía la veo y me muero de la risa. ¡Y El Día de la Independencia!, esa la he visto un montón de veces. ¡Lo amo!

—¡Mujer infiel! —bromea.

—Hablando en serio, pediría que estuvieras aquí y que nunca de fueras de mi lado —digo con melancolía. Lo extraño como si hubiesen pasado meses.

—Esos son dos deseos, pero puede que uno se haga realidad.

—¡Ay, mi madre! ¡Viniste! —grito y me levanto de un salto de la arena cuando lo veo delante de mí.

Lo abrazo y lo beso en toda la cara y luego en la boca. ¡Estoy tan feliz de que esté aquí!

—Estaba cansado de extrañarte —pronuncia cuando nos damos un respiro.

—Y yo. Me iba a volver loca. Ya me sentía como un preso en la cárcel contando los segundos para obtener la libertad.

—¡Qué crueldad! Hay que castigar al culpable.

—¿Te sientes mejor?

—Sí, mucho. Ya pasó lo peor. ¿Y tú?

—Como una uva^[87]. ¿Cuáles son los planes?

—Estaba pensando en ir a una posada, alquilar un cuarto, y entonces los dos...

—Umm, suena bien. Le digo a mi mamá y nos vamos.

—Vamos entonces.

—¿Sabes que también me gustaría? Una pizza.

—Pero eso tiene harina y en tu dieta está prohibida. ¿La has cumplido?

—Claro, pero puedo pegarle cacho a la dieta solo por hoy. Es un día especial.

—Solo aplica para la comida ¿verdad?

—No siempre. Estuve tan sola que tuve que juntarme con Rafael, el hijo del frutero. —Me rio de la broma mientras él refunfuña.

—No le veo la gracia.

Entro a la casa y meto en una mochila mi cepillo de dientes, un cambio de ropa, las pastillas anticonceptivas y un cepillo para el pelo. Le digo a mi mamá que pasaré la noche con JP y ni rechista. Ya hemos pasado dos noches juntos y que lo haga aquí no es distinto. Lo único que le preocupa es que me cuide y ya sabe que eso está cubierto.

Después de comernos una pizza no tan buena, nos subimos al carro de JP para ir a la posada Las Casas del Gobernador, donde tiene reservada una habitación durante todo el mes. ¡Me sorprendió! Pero él dice que debe asegurarse de tener donde dormir cuando viene a visitarme.

—JP, voy a hacerte una pregunta que no estás obligado a responder, solo es algo que me ha inquietado. ¿El dinero que gastas en estos viajes, en la posada y en los regalos que me das, viene de tu padre?

—No. Mi abuelo, al morir, le dejó una herencia a cada hijo y nieto, la

cobré al cumplir la mayoría de edad. También tengo un porcentaje de las ganancias de la clínica.

—Ahora lo entiendo —murmuro.

—¿Qué?

—La actitud de tu papá. Cree que solo me importan los cobres. Y no es así, a mí eso no me importa.

—Lo sé, mi amor. No tienes que aclararlo. El problema de Daniel Cáceres no es contigo, es conmigo. Yo soy el hijo rebelde, el que no lo obedece como una oveja a su pastor. Él planeó mi vida sin importar lo que yo quería.

—¿Estudiaste medicina por él?

—En realidad, no. Mi inspiración fue mi abuelo, era un gran hombre y un excelente médico. Él quería que todos tuvieran una atención de calidad al menor costo y por eso inició la clínica. De ser por él, no hubiera cobrado ni un bolívar, pero algo así no puede sostenerse solo. Entonces ¿sabes lo que hizo? Renunció a sus honorarios y daba consultas gratis. Fue el mejor pediatra del país y obtuvo grandes méritos por ello. También estuvo dos años en África y otros más en los pueblos indígenas de Venezuela.

—¡Increíble!

—Espero un día ser la mitad de bueno que él —dice con nostalgia.

—Serás lo mejor que puedas ser sin compararte con nadie. Si tienes un sueño, solo hazlo posible. Ya lo hiciste con el mío, puedes lograrlo con el tuyo. Y si esa universidad en Londres te va a dar eso que quieres, ve por ello, JP.

Si es lo quiere, lo apoyaré. El amor no se trata de atar, sino de impulsar los sueños de esa persona que quieres. No puede existir egoísmo si hay amor.

—Puedo estudiar pediatría aquí o allá y prefiero quedarme dónde estás tú.

—¿Y después? ¿Quieres ir a África o algún pueblo indígena?

—Quiero muchas cosas, Noemí. Y no sé cómo será el futuro ni lo que me espera, pero en este momento tengo todo lo que necesito, a ti —afirma sosteniendo mis manos.

No siento que tenga dieciocho años y él veintidós, parece que somos dos adultos, pero no es así, seguimos siendo jóvenes y las cosas pueden cambiar de un momento al otro. Y no, no estoy siendo pesimista. A esta edad uno tiende a ser muy hormonal, a comportarse de forma impulsiva y emocional y eso me

aterra.

—¿No te asusta este amor que parece obsesión, que nos hace dependientes el uno del otro? Porque a mí sí, JP. Pienso mucho en ti, en lo que sería mi vida si te pierdo, y el miedo se instala en mi corazón. Hasta he llorado ante la posibilidad y eso no puede ser normal ¿o sí? Siento que estamos corriendo cuando deberíamos caminar y ¿sabes? nadie no es está persiguiendo.

—¿A qué viene todo esto? —pregunta sin apartar su mirada de mí.

—Todo ha sido muy fácil ¿no crees? Yo no debería estar viajando contigo por el país o venir a dormir en una posada esta noche. ¿No crees que mi mamá está siendo demasiado liberal con todo esto?

—Somos mayores de edad, Noemí. Y creo que si tu mamá lo permite es porque confía en ti, porque sabe el tipo de persona que eres. Pero si quieres volver, si todo esto es demasiado para ti, lo entenderé. Te llevaré a tu casa, dormirás en tu cama y yo volveré aquí. Nunca te forzaré a hacer nada que no quieras, mi amor.

—Lo sé, JP. Quiero estar contigo todo el tiempo, ese es el problema. Es demasiado intenso lo que siento por ti y estoy asustada. Temo que termine y entonces quede destrozada.

—Yo también tengo miedo, Noemí. Mucho. Pero tenemos que dejarlo ir, tenemos que vivir mientras vivamos. Nadie controla el futuro, pero tenemos el presente. Vivamos día a día, sin importar lo que vendrá.

—Hagamos eso entonces. —Lo digo con una sonrisa en los labios y con el corazón lleno de sentimientos bonitos.

Quién iba a decir que ese muchacho fortachón y atrevido que se presentó delante de mí en la playa se convertiría en el hombre más importante de mi vida.

Cuando finalmente entramos a la habitación, nos acostamos en la cama y simplemente nos abrazamos. A veces no hay que hacer el amor para hacerlo realmente. Pero en la mañana, muy temprano, la historia es distinta. Nuestra pasión nos desborda y nos entregamos el uno al otro.

Capítulo 13

29 de agosto de 2005

¡Nuevos destinos!

¡Estoy feliz! Sí, feliz. ¡Hoy vamos a Maracaibo! JP hizo un plan para que el fin de semana durara un poco más. ¡Vamos a viajar en avión! Primero volaremos a Maracaibo y pasaremos la noche allá y el domingo iremos al estado Falcón para conocer los Médanos de Coro. Yo jamás he subido a un avión y estoy que me hago en las pantaletas, pero estaré con él, y bueno, en el peor de los casos, me desmayaré.

Llegamos al Aeropuerto de Maiquetía, en Caracas, muy temprano en la mañana. El vuelo sale a las nueve de la mañana, aunque puede que tarde más. Aquí no son muy buenos con la puntualidad. Aproveché que JP fue a comprar unas botellas de agua para escribir un poquito. Él no sabe del diario y no quiero que se entere, porque después va a querer chismosear.

El viaje en avión no fue tan terrible como pensaba. Un poco de vibración en el despegue y en el aterrizaje, pero envuelta en los brazos fuertes de mi novio, no tuve nada que temer. Ya en el aire, la historia fue otra. No podía quitar los ojos de la ventanilla del avión admirando el cielo azul y las nubes flotando suavemente al lado de nosotros. ¡Fue increíble!

—Bueno, maracucha, aquí tú mandas. ¿A dónde quieres ir primero?

—Ay, no sé. ¿Has venido alguna vez?

—No.

—¿En serio? No y que tenías una tía y no sé qué aquí.

—Sí, pero nunca he venido.

—Ah, bueno. Entonces vamos primero a la Vereda del Lago, quiero que veas el puente sobre el lago. Después de ahí, vamos viendo —digo emocionada. Estoy feliz de enseñarle Maracaibo. Aquí no necesito mapa ni

tengo que preguntar direcciones.

Agarramos un taxi desde el Aeropuerto Internacional La Chinita, en el municipio San Francisco, y comenzamos el recorrido hasta la Vereda del Lago, ubicada al Noroeste de la ciudad de Maracaibo. Durante el trayecto de media hora, le hablo a JP de los lugares que reconozco. ¡Estoy tan feliz! Es como dice la gaita, “siento una emoción tan grande que el corazón se me salta, y sin darme cuenta tiemblo y sin querer estoy llorando^[88]”. Y sí, las lágrimas se salen solas de mis ojos. Es la mezcla de emociones, estar aquí de vuelta y saber que pronto me iré.

—Ven aquí, mi amor. —Me dice acercándome a su pecho.

—Estoy bien, es solo que... —lloriqueo como boba— Eres demasiado lindo conmigo.

—Pero no llores, maracucha, que me parte el corazón verte así. —Seca mis lágrimas.

—Estoy feliz, por eso lloro.

—Bueno, pero ahora quiero una sonrisa. ¿Me la puedes regalar? —Automáticamente, lo hago. Él es tan dulce y me quiere tanto... Yo también lo quiero, más que eso, lo amo. Le doy un suave y luego me río contra su boca porque en verdad estoy muy feliz.

—Ahora seguiré con mi narración —digo cuando el momento emotivo se ha ido—. Esta es la Avenida el Milagro, una calle larga y recta que nos llevará a la entrada de la Vereda del Lago, antes se llamaba Paseo del Lago, pero luego lo cambiaron. Lo importante es que bordea el Lago de Maracaibo, el más grande de Sudamérica y el número diecinueve en todo el mundo. Es un gran reservorio de agua dulce con salida al mar, el único en el mundo con esta particularidad. Pero con la explotación petrolera, y las aguas residuales que desembocan en el Lago, ha sufrido de mucha contaminación y perdió su claridad y pureza. Mi abuela me contó que antes el agua era cristalina, que podías ver tus pies en el fondo, pero ahora es verde oscuro. Hace muchos años me llegué a bañar en sus costas, ahora no me atrevería.

—Sí, miija. Ese lago era muy limpio y bonito. Recuerdo que en Semana Santa, cruzaba el puente y llevaba a mis hijos a bañarse en las playas de Punta Iguana o Santa Rita, pero ya eso se perdió —interviene el taxista—. El turismo ha mermado mucho por eso, ahora la gente se va pa' las playas de Falcón o pa' la isla de San Carlos en esas fechas.

—Qué mal, vale. Ojalá se pudiera hacer algo para recuperarlo —dice JP.

—¿Eres caraqueño? —pregunta el chófer.

—Sí, señor. Vine de visita con mi novia. Por cierto, ¿estaría dispuesto a ser nuestro taxista por hoy? Tenemos planeado conocer todo lo que podamos en un día. Le pagaré bien, por supuesto.

—Claro que sí, mijo. Yo conozco Maracaibo de cabo a rabo. Pa' donde quieran ir, Anselmo Primero los lleva.

—Perfecto, señor Anselmo.

Esto es lo que extrañaba de Maracaibo, la forma de ser de la gente. Aquí somos metíos, confianzudos y muy amistosos.

—¡Qué molleja^[89] de pasao! Ese como que cree que anda solo por la calle. —Se queja el taxista cuando un chófer de un carrito por puesto^[90] se cruza en su camino de imprevisto. Casi nos llega, gracias a Dios no pasó.

Un par de minutos después, llegamos a nuestro destino. Casi salto del carro cuando Anselmo lo detiene en el estacionamiento frente a la vereda. Jalo la mano de JP y lo llevo hasta la baranda que bordea la costa del lago. El agua repica contra el concreto cuando llega la marea. Aquí, el viento sopla fuerte, proveyendo un gran alivio contra el calor. El sol de Maracaibo es bastante ardiente y sofocante, calentando la ciudad con temperaturas sobre los 36° y, en los días más calurosos, hasta pasa de los cuarenta grados. Y es así casi todo el año, menos en las temporadas de lluvias que no duran más de unos meses.

—¿Ves esos sacos blancos ahí abajo? —señalo—. Es parte del relleno hidráulico. Antes, la orilla terminaba lejos de aquí, más allá del centro de Maracaibo; rellenaron más de 365 hectáreas y por eso son estas barandas, para prevenir que alguien se caiga al agua porque aquí es bastante profundo.

—¡Increíble! Estás bastante informada.

—Todo está en mi “libro gordo” y siempre lo leo antes de salir. Pero si te parece aburrido...

—No, me fascina escucharte. Entonces ¿aquel es el famoso Puente sobre el Lago, el de la gaita? —pregunta mirando hacia la derecha, donde se alza uno de los puentes de concreto más largos de América. Una vez fue el número uno.

—Sí, ese mismo. Cuando era niña, me daba un miedo terrible de cruzarlo, hasta tenía pesadillas con que comenzaba a moverse como una

bandera, pero después quería pasarlo más seguido. ¿Ves que es más alto al inicio? Es para que los barcos petroleros puedan pasar por debajo de él, para llegar al Sur del Lago donde están las plantas petroleras.

Mientras le cuento, saca fotos del paisaje y unas cuantas a mí. Con la ayuda de Anselmo, luego de una breve explicación de cómo usar la cámara, posamos juntos para el lente en distintas poses, sin perder oportunidad de abrazarnos y darnos besos.

Después, compramos unos populares cepillaos a uno de los tantos vendedores que circulan por el parque y nos sentamos debajo de la sombra de las matas que hay en el mayor pulmón natural de Maracaibo.

La gente ha comenzado a llegar y amontonarse debajo de las sombras que proveen los árboles o en los bohíos donde se celebran cumpleaños infantiles, o simplemente vienen a pasarse el día. La entrada aquí es gratis, pero hay muchas cosas que ofrecen por lo que hay que pagar, como alquiler de bicicletas, paseo en trencito y alquiler de inflables, para los más pequeños, también hay una pista de karting, una de ping ball y un parque acuático con piscinas y toboganes. Ahí nunca he estado, por el precio de la entrada y porque no se puede llevar comida, todo hay que comprarlo dentro.

—¿Qué te parece?

—Me gusta, es tranquilo aquí. ¿Qué hacías cuando venías?

—Bueno, alquilaba una bicicleta para pasear, era lo más barato, pero siempre quise ir a la pista de karting o a *Aquamanía*.

—Hagamos eso —dice él.

—No sé, eso parece muy infantil.

—¿Y qué importa? Dicen que uno lleva un niño dentro, vamos a dejarlo salir entonces —propone.

—Vamos pues. ¿Pero compraremos chucherías, helados, globos y haremos berrinches? —bromeo.

—¿Berrinches? Yo no hacía esas cosas, era todo un angelito —dice mientras caminamos tomados de la mano hasta el carro, el karting queda en el otro extremo de la vereda y hay mucho sol para ir caminando.

—¿Angelito? Pero si en la cara se te ve la picardía. Seguro eras un terremotico.

—Nada que ver, todo un santo. —Su comentario me hace reír, ese tiene una pinta de haber sido más tremendo que nada.

Luego de un corto recorrido, llegamos a la pista de karting. No es muy

grande, pero podemos divertirnos un ratico dando vueltas en círculos. Una vez que JP paga la tarifa, nos subimos cada uno en un carro. Mi experiencia en manejar se limita a los carritos chocones^[91] de Grano de Oro –un parque de diversiones de Maracaibo–, y creo que pueda controlar estos... o eso creía. No he podido avanzar más de tres metros sin terminar atrapada en una esquina. Las curvas no son lo mío. JP se convierte en mi instructor personal y, después de cientos de intentos, logro manejar el bendito carrito.

Después de muchas vueltas, risas y una victoria contundente de JP sobre mí, decidimos irnos. Él propone visitar el parque acuático, pero le digo que prefiero dejarlo pasar, ya he tenido suficiente de agua por este mes, y tampoco tengo traje de baño.

Volvemos al taxi y avanzamos por las concurridas calles de la ciudad marabina hasta llegar a Santa Lucía, también conocido como El Empedrao por sus calles de piedra, siendo uno de los sectores fundadores de la ciudad de Maracaibo e ícono cultural del estado Zulia. Le explico eso a JP mientras transitamos las angostas calles del sector, donde las casas comparten armoniosamente fachadas altas y coloridas al estilo neocolonial, con sus techos de tejas, largas ventanas con protecciones sobresalientes de madera y puertas del mismo material. Recorrer sus calles es como viajar al pasado, a la época colonial, y por ello es uno de los lugares emblemáticos de la ciudad.

Después de nuestras acostumbradas fotos, caminamos hasta la esquina de San Luis donde se encuentra el pintoresco A que Luis, un local donde sirven cerveza y que se hizo popular por la gaita de Vamos pa' que Luis, de Nelson Romero. Su fachada conserva el mismo estilo de las casas del Empedrao, convirtiéndose en un punto de encuentro para escuchar gaitas mientras se toman unas frías –como le llaman a la cerveza en Maracaibo–. En sus paredes, puedes encontrar fotografías de los más importantes agrupaciones gaiteras del Zulia y recuerdos alusivos de la música tradicional de la región.

Nuestra visita ahí no dura mucho, solo un par de fotos y volvemos al carro. Saliendo de Santa Lucía, se encuentra la Plaza Urdaneta, en honor al prócer de la patria, Rafael Urdaneta, pero no nos detenemos ahí porque tengo bastante hambre; esas son palabras mayores para el necio de mi novio. Aunque hay una parada que no puedo dejar pasar, la calle Carabobo en el Saladillo, un barrio que comparte similitud con la arquitectura colonial de Santa Lucía y que fue declarada Zona de Valor Histórico de la nación y Patrimonio Histórico

Artístico y Cultural de la ciudad. De aquel barrio, ya no queda mucho, un plan de desarrollo urbano destruyó gran parte de él para crear y ampliar las vías de transporte automotor en el centro de Maracaibo.

—Ay, ¿sabes qué? Aquí hay un hotel y, justo al lado, queda Caribe Concert, donde podemos ir más tarde a beber algo y escuchar música en vivo.

—El hospedaje lo tengo cubierto, pero si quieres que nos quedamos ahí...

—Umm ¿y donde reservaste?

—En el Hotel Maruma.

—¿En el Maruma? Pero si es muy caro, JP. Creo que estás gastando demasiado en estos viajes. Avión, hotel cinco estrellas...

—¿Y para qué es el dinero?

—Pero con lo que cuesta estar ahí, puedes hacerle la compra a dos familias pobres, sino es más.

—Puedo hacer eso también si quieres.

—No se trata de lo que yo quiera —refunfuño con los brazos cruzados—, son tus cobres, no míos.

—Lo tuyo es mío, maracucha —dice apretándome entre sus brazos. Me resisto y miro a un lado, no quiero que sus ojitos de gato cautivador me dejen boba—. No te enojas conmigo, mi amor. Solo quiero llevarte a los mejores lugares y que vivas la vida que siempre has merecido.

—Bueno, siempre quise ir al Maruma, pero no creo que encaje ahí con esta ropa.

—Todo en la vida tiene solución —pronuncia con una sonrisa.

—Menos la muerte.

—Nube negra, aléjate de Noemí Esther —dice en tono burlón.

—No me digas así que me recuerda cuando mi mamá me regaña.

—¿Pero no es ese tu nombre?

—A veces me caéis mal.

Después de nuestra tonta discusión, volvemos al taxi que nos lleva hasta el Centro Comercial Ciudad Chinita, donde vamos a comer algo antes de seguir con el recorrido. Es uno de los más visitados en el centro de la ciudad y tiene una particularidad: no cuenta con aire acondicionado como los demás mall de Maracaibo, aunque es bastante fresco a pesar del clima de aquí. Algo en la arquitectura de techos altos y amplias entradas permite que el aire ventile dentro sin problemas.

Subimos las escaleras que nos ubican en un hall amplio, desde donde se pueden ver los dos pisos del centro comercial y los cientos de tiendas ropa y zapatos que hay disponibles. Una segunda escalera nos lleva a la siguiente planta, donde queda la feria de la comida. Ahí las posibilidades son muchas, hay varios locales de comida alrededor con distintas opciones, en un espacio abierto con sillas y mesas donde podemos comer.

El menú ya está decidido, patacón. JP nunca lo ha probado y tiene que saber de lo que se ha estado perdiendo. El plato está hecho a base de plátano verde o maduro aplanado, que luego es freído en aceite caliente; entre dos tapas de plátano, se agrega queso de mano, pollo o carne mechada con salsa y verduras. Yo elijo de carne con queso adicional y JP se decide por una mixta de pollo y carne. Me hubiera gustado tomarme una Coca-Cola o un té de limón «pero eso tiene demasiada azúcar», según mi médico personal, así que encontramos un puesto donde venden batidos y termino con un gran vaso de jugo de mora con poca azúcar.

Anselmo también vino con nosotros a la feria, pero él eligió comer arroz chino y unas lumpias e insistió en sentarse en una mesa aparte para darnos privacidad.

—¿Qué te pareció? —pregunto mirando su plato completamente vacío.

—Estaba todo malo —bromea—. ¿Ya estás lista para seguir o quieres reposar un poco?

—Vamos a echarle pierna que ahora es que queda ciudad —contesto con buen humor. Parece que el hambre me pone toda odiosa y después de comer se va la nube negra, como dice mi novio.

—¿Por dónde quieres comenzar? —pregunta cuando dejamos atrás la feria de la comida—. ¿Zapatos? ¿Ropa? ¿Algún conjunto sexy de encaje? —Eso último lo dice con una sonrisa amplia.

—¿Qué quieres decir?

—Necesitas ropa ¿verdad? Aquí venden ropa.

—¡No!

—Pero Noemí...

—No vas a comprarme ropa, JP. Soy tu novia, no se supone que le compres ropa a tu novia.

—Bueno, Hugh Hefner tiene varias novias y le compra muchas cosas.

—¿Te estás comparando con un viejo verde que tiene una casa llena de rubias operadas a las que dice llamar “novias”?

—Sí, fue un mal ejemplo. Pero ¿qué tiene de malo?

—Nada, que a este paso, tendré que vender un riñón para pagarte. Nunca te he dado nada, ni un chicle, y tú gastas un montón de cobres en mí.

—¿Quién dijo que no me has dado nada? —dice con una sonrisa.

—¡JP! —Lo regaño— Y si a ver vamos, en eso damos y recibimos — murmuro bajito, para que nadie nos escuche.

—Bueno, no me importaría recibir un extra más esta noche cuando llegemos al hotel —responde hablando bajito también. Achico los ojos y lo miro seria. ¡Se está pasando!— Es una broma, fierecita. Anda, acepta mi oferta.

—No sé.

—Por favor —pide con esos ojitos cautivadores que siempre me convencen.

—Bueno, pero solo un par de cosas.

El par de cosas se transforma en tres pares de sandalias de marca, tres jeans, cinco blusas, dos vestidos, dos juegos de traje de baño, una toalla nueva y varios conjuntos de ropa interior, incluyendo un sexy conjunto negro que él eligió, aunque no me lo pienso poner. También insistió en que les comprara algo a mis hermanos y ahora cargo dos bolsas con ropa para ellos.

Volvemos al taxi con el montón de bolsas y decidimos ir a registrarnos en el hotel antes de decidir qué haremos más tarde. Un descanso nos caerá muy bien después de tantas horas en el centro comercial gastando cobres como si creciera en las matas.

Nos despedimos de Anselmo en la entrada del Hotel Maruma, y él, con mucha amabilidad, nos da su número de teléfono por si necesitamos salir de nuevo. JP le paga una generosa suma y le da las gracias por esperar con paciencia por nosotros.

El lobby del hotel es grandísimo, con pisos brillantes de mármol, techos altos decorados en yeso y una recepción larga donde entrarían muy bien cincuenta personas detrás, pero solo hay dos: un hombre y una mujer, a dos metros de distancia. JP se acerca al hombre, le da sus datos y él revisa algo en la pantalla plana que tiene delante. Cuando obtenemos las llaves de la habitación, un botones ofrece con amabilidad llevar nuestro equipaje a la habitación.

Después de un corto viaje en el ascensor, llegamos al piso donde está nuestra suite. Es un cuarto muy bonito, con pisos alfombrados, paredes

pintadas en color mostaza y un gran ventanal con cortinas blancas y marrones desde donde se puede ver la piscina del hotel y la cancha de tenis. Junto a la ventana, se encuentra una mesa redonda con dos sillas de madera al frente y, a un costado, un mueble individual color marfil.

Todo es muy bonito, pero lo único que me interesa ahorita es la cama grande con sábanas blancas que está en el centro, donde me dejo caer boca abajo de forma diagonal, ocupando una gran parte del colchón.

JP me quita las sandalias y luego se acuesta a mi lado, atrayéndome hacia él en el centro de la cama. Me acurruco en su pecho y, sin mucho esfuerzo, me quedo dormida.

—Hola, bella durmiente. —Me saluda cuando abro los ojos algunas horas después.

—Lo siento, estaba muerta del cansancio.

—¿En serio? —bromea— ¿Dormiste bien?

—Me duele un poquito el brazo, debe ser por la posición.

—A ver, déjame darte un masaje —ofrece. Me cambio de postura dándole la espalda para que pueda atender mi brazo dolorido. Pero sus intenciones son otras y yo no lo dejo llegar muy lejos, sudé mucho en el día y le digo que debo estar toda salada. «Eso se soluciona fácil», murmura en mi oído y mi corazón da un salto. ¡Quiere que nos bañemos juntos! Sé que es una bobería que me ponga nerviosa, no es la primera vez que me verá desnuda, pero siento que dar ese paso es ir más allá.

—¿No crees que esto es demasiado? Estamos en un lujoso hotel como si fuéramos un par de recién casados en su luna de miel.

—¿Y qué?

—Que no lo somos.

—Podemos ser lo que queramos, mi amor.

—Solo digo que es raro.

—Umm —pronuncia mientras su nariz recorre lentamente el lóbulo de mi oreja.

Mis dudas se desvanecen rápidamente a medida que comienza a tocarme escudriñando debajo de mi blusa hasta alcanzar con habilidad uno de mis senos. Me aprieto contra él y siento su excitación rozando mis nalgas. Entonces el sudor en mi piel ya no es un problema y dejo que me desnude sobre ese colchón y que haga lo que quiera conmigo.

—¡No lo puedo creer! —grito desde el baño. JP entra como *Flash*, con un gesto de pánico en su cara.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—¡Hay una bañera!

—Dios. Casi me muero de un susto, Noemí. Pensé que te había pasado algo.

—¡Es que hay una bañera! —doy saltitos.

—¿Y la piensas usar tú sola o me vas a invitar?

—Umm... déjame pensar... —Me muerdo el labio inferior y luego dejo caer la bata de baño blanca que envolvía mi cuerpo. La respuesta es clara.

Cuando el agua tibia termina de llenar la bañera, y el jabón líquido se ha vuelto espuma, nos metemos juntos y pasamos un buen rato tratando de hacer el amor dentro de ese espacio estrecho y húmedo. El reguero de agua en el piso no es normal, pero ninguno de los dos está preocupado por eso.

—¿Estuvo bien? —pregunto con vergüenza. Cuando JP se levantó para ponerse el condón que dejó en el piso antes de entrar a la bañera, hice algo que no tenía planeado. Me sentí insegura todo el tiempo, pero a él parecía gustarle. Aunque no llegó al final y por eso le pregunto.

—Muy bien —responde, se pone el condón y luego se une a mí en el agua para terminar lo que habíamos iniciado.

Miro por la ventana y me doy cuenta que ya es de noche. Debí dormir como cuatro horas y ahora nuestro tiempo de dar un paseo por la ciudad se redujo a muy poco.

—Cerca de aquí hay un centro comercial. Podemos ir a ver una película en el cine y comer allá mismo.

—Sí, me parece bien. Pero estaba pensando que deberíamos dejar lo de los Médanos para otro fin de semana. Recuerdo que dijiste que querías visitar a tu amiga y si nos vamos mañana temprano no podrás hacerlo.

—¿Harías eso por mí? —pregunto con los ojos aguados. No pensé que lo recordaría.

—Claro que sí, mi amor. Tú solo pide y yo cumplo. Soy tu genio en la botella.

—Un sexy y hermoso genio que amo con todo mi corazón —declaro rodeando su cuello con mis brazos.

—Tu felicidad es la mía, Noemí. Verte sonreír vale más para mí de lo

que puedas imaginar —Acomoda un mechón rebelde de mi pelo detrás de mi oreja y besa mi mejilla.

—Y tú lo vales todo para mí, mi caraqueño. —Un beso cálido rodea mi boca y sus bellos sentimientos engrandecen mi corazón. Hermoso, este amor es hermoso, y no quiero que nunca termine.

Capítulo 14

30 de agosto de 2005

¡Él es perfecto!

Cuando desperté esta mañana, el desayuno me esperaba en la cama con una pequeña nota que decía: «Para la mujer que amo loca, irracional e inmensamente. Estaré en el gimnasio, vuelvo a las nueve». ¿Cómo no amarlo?

*Anoche fuimos al cine y vimos *Buscando a Nemo*, una película animada muy bonita que me sacó risas y un par de lágrimas. Luego de comer en Subway^[92], volvimos al hotel y hablamos un rato de los planes para hoy, pero una caricia llevó a la otra y terminamos haciendo el amor otra vez. ¡Me encanta! Estoy adicta a sus besos y caricias, a estar con él... No quiero decirle adiós esta noche.*

—¿Qué es todo esto? —pregunto al abrir la puerta del carro de Anselmo. Hay un montón de bolsas de supermercado llenando los puestos. ¡Casi no queda espacio para nosotros!

—Dos compras completas para dos familias necesitadas —responde JP muy sonriente.

Me cubro la boca con las manos y después lo abrazo dando saltos y riéndome como loca.

—¡Eres increíble, Juan Pablo Cáceres! —grito sin importar que estemos delante del hotel más caro de Maracaibo y que la gente nos está mirando.

Nos acomodamos como podemos dentro del carro y le digo a Anselmo que nos lleve al sector en el que viví con mi familia desde que tengo memoria. Sé exactamente a cuáles familias quiero entregarle las bolsas de comida.

No puedo dejar de hablar mientras nos acercamos a nuestro destino. Señalo la parada del autobús que tomaba a diario para ir al liceo, la panadería de la esquina en la que compraba el pan, la calle donde una vez el carrito en el que iba chocó y terminé con un collarín por el síndrome del latigazo y la casa abandonada en la que jugaba con mis amiguitas y fingíamos que éramos actrices de una novela de amor. Yo siempre hacia de la mala, me encantaba.

—En esta esquina, a la derecha —le indico a Anselmo—. Ahora a la izquierda y todo derecho hasta el tapón^[93].

El carro levanta una fina capa de polvo mientras pasa por el suelo sin asfaltar del antiguo sector donde crecí.

Cuando Anselmo detiene el carro frente al ranchito de lata de la señora Ramona, que vive con sus dos hijos y su mamá, me bajo, cargo algunas bolsas plásticas con víveres y le pido a JP que tome unas más. Dos golpecitos a la puerta de lata anuncian nuestra llegada y no toma mucho tiempo que la señora Ramona, que debe tener más de sesenta años, la abra.

—¿Noemí? —pregunta mientras se pone una mano en la frente para cubrirse del sol.

—Sí, soy yo —contesto con una sonrisa—. Trajimos esto para usted y su familia. —Le dejo ver las bolsas y ella abre y cierra la boca como un pez de colores.

—P-pero ¿c-cómo es que...? —balbucea—. Ay, Dios bendito —pronuncia con los ojos aguados. Miro a JP y está sonriendo de emoción. Lo besaría aquí mismo, pero tengo las manos ocupadas y una señora a punto de llorar en frente.

—Es para ustedes, señora Ramona. ¿Le gustaría que lleve las bolsas adentro?

—Claro, claro. Vengan. Voy a colar un poquito de café pa' brindarles.

—Gracias, pero solo estamos de pasadita. —Seguimos a Ramona dentro de la humilde casita y dejamos las bolsas en una mesa improvisada con una tabla de madera sobre cajas vacías de cervezas, que está al fondo del ranchito. Un colchón matrimonial se encuentra en una esquina del piso rústico y otro individual en la otra esquina. Hay una vieja nevera amarillenta al lado de la mesa y, arriba de ella, un televisor viejo encendido en el canal Venevisión, donde están transmitiendo un programa de variedades llamado Portadas.

—Tienes un corazón muy grande, Noemí. Siempre lo supe. ¿Cómo están todos? —pregunta sosteniendo mi mano entre las suyas.

—Bien, gracias a Dios. Irnos fue la mejor decisión que pudimos tomar —contesto con una media sonrisa.

Al final, nos sirvió café en pequeños pocillos plásticos y no pudimos rechazarla. Después de darnos las gracias muchas veces, y un abrazo a cada uno, salimos de su casa para ir a la siguiente parada, una calle atrás de esta.

La segunda casa beneficiada pertenece a la familia Medina, en la que el señor Aurelio vive con su esposa y tres hijos: uno de doce, otro de ocho y la pequeña de cuatro años. Él tuvo un accidente en la construcción donde trabajaba y quedó inválido, ahora dependen del trabajo de su esposa como lavandera y de las ventas de desinfectante por litro que despachan en botellas plásticas de refrescos.

Su reacción no se hace esperar, y las lágrimas mucho menos, y no solo de ellos. Me siento tan feliz de poder ayudar a estas personas que me sumo a su emoción. JP toma mi mano y la besa suavemente. Lo miro a los ojos y pronuncio de forma silenciosa la palabra gracias, aunque no me parece suficiente.

Al salir de la casa de los Medina –una que no es de lata, pero sí de paredes sin frisar–, caminamos un pequeño trecho de no más de tres metros y llegamos a que mi amiga Marbelis. Su familia vive mejor que los demás, su mamá es profesora en un liceo y su papá chofer de un autobús.

Cruzamos el pasillo de cemento que lleva hasta la entrada. La puerta de madera está abierta, pero la protección de hierro está cerrada. Digo el nombre de mi amiga con voz temblorosa. Estar aquí hace que mis emociones se vuelvan locas. Hay mucha historia en estas calles que me traen recuerdos alegres, pero también tristes. La última vez que vi a Marbe me había arreglado para una fiesta y luego llegué a casa y la vida me cambió de golpe.

—¡Mimi! ¡Ay, su madre! ¿Qué hacéis aquí? ¿Cuándo llegaste? ¿Quién es ese? —Lanza todas esas preguntas mientras intenta meter la llave en la cerradura.

—Llegué ayer, vine a verte y él es mi novio. —Las llaves se le caen de las manos cuando respondo la última pregunta.

—¿Tú novio? ¿Pero cuándo? ¿Cómo? ¿Dónde? —Parece una metralleta lanzando preguntas una tras otra y eso me hace reír. ¡Extrañaba a mi loca!—. ¡Mierda! Encontrara la bendita llave.

Cuando la “bendita llave” se digna a aparecer, abre la reja y me da un abrazo que corta el oxígeno. Las lágrimas se me escapan solas y terminamos llorando como bobas una abrazada a la otra.

—¿Por qué se fueron así, sin despedirse?

—Fue algo repentino, no nos dio tiempo de nada —respondo mientras me seco las lágrimas.

—¿Qué pasó?

Entramos a su casa, nos sentamos en los muebles de la sala, ella en el pequeño y JP y yo en el grande, y le comienzo a contar toda la historia.

—Ay, pero qué bonito. Está de novela y todo —dice con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿No tenéis un hermano por ahí que me presentéis?

—Sí, pero está ocupado.

—Bueno, pero quizás tenga chance todavía —bromea—. No, mentira, yo también tengo mi galán. No está tan bueno como vos, ni tiene dónde caerse muerto^[94], pero me quiere el condenao.

—¿Sigues con Andrés?

—Sí, miya. Vos sabéis como es todo. Pero contame, ¿cómo están los muchachos? ¿tu mamá?

—Bien, es muy bonito allá, Marbe. Ojalá pudieras ir.

—Bueno, vamos a ver si Andrés se anima un día de estos.

Entre charla y charla, le pregunto por Antonio, dice que sigue en su borrachera y que metió a una mujer a vivir con él. Lo siento por la mujer y espero que no sea tan pendeja como para dejarse pegar por él.

Olvidado ese asunto, la invitamos a pasar el resto de la mañana con nosotros antes de que tengamos que ir al aeropuerto para volver a Caracas. Almorzamos en Galerías, otro centro comercial de la ciudad, y jugamos un rato hockey de mesa en uno de los locales de entretenimiento. JP nos gana a las dos en cada turno. Cansadas de perder, salimos del local y soy arrastrada a un salón de belleza por un cambio de look que Marbe asegura que necesito.

—Por ahí hay muchas cosas para ver. Ve tranquilo que yo te la cuido. — Le dice a JP.

—No, ¿y si se pierde?

—Él es grandecito y si se pierde que te llame al celular. ¿Tenéis celular, verdad?

—Sí.

—Bueno. Andá, mijo, que te vais a aburrir aquí mirándonos.

Él suelta una risita y sacude la cabeza. Sé porque se ríe, es por el acento de Marbe.

Una hora después, dejamos a mi amiga en su casa y regresamos al hotel para recoger las maletas antes de irnos al aeropuerto. JP aflojó la cartera en Galerías y compró una maleta nueva, un perfume para mí, lentes oscuros y unos cuantos Cds.

—Me gusta —dice acariciando las puntas de mi pelo. Me lo cortaron casi hasta los hombros y ahora se ve más sano. Tenía años sin pasar por una peluquería profesional, siempre me lo cortaba mi mamá en la casa con su vieja tijera.

—Gracias por esto, JP —lo abrazo—. A veces sigo creyendo que se trata de un sueño.

—Es un sueño, uno real. Te amo mucho, mi fierecita maracucha.

—Y yo a ti, mi caraqueño atrevido. Hoy más que nunca.

Capítulo 15

02 de octubre de 2005

¡Dos meses de novios, parecen más!

En las últimas semanas, todo ha cambiado para mí y mi familia y el gran responsable de eso es mi maravilloso y hermoso novio al que amo cada día más. No deja de sorprenderme, su corazón es inmenso.

La lista es larga, pero voy a nombrar lo más importante:

Compró un kiosco para mi mamá y gestionó los permisos para ponerlo en la playa. Ya no hay que estar caminando para vender, ahora los clientes se acercan al kiosco y se comen las empanadas en las mesas plásticas del frente.

La casa de mi tía fue remodelada y ahora tiene bonitas paredes pintadas en color verde lima, dos cuartos terminados y un baño en el interior.

JP viaja cada vez que puede aquí y dormimos en el cuarto de la posada, la ha seguido alquilando. Otras veces, me voy con él y me quedo en su apartamento en Caracas. No con sus padres, él vive a parte.

Nuestro último viaje fue a principio de septiembre, a los Médanos de Coro. Tenemos un montón de fotos que lo prueban. Desde ahí, tuvimos que pausar los viajes porque JP comenzó su especialización en pediatría, pero los vamos a retomar en las vacaciones de diciembre.

¡Voy a estudiar! Sí. JP me ayudó a tramitar un cupo en la Universidad Central y para el próximo semestre comenzaré la carrera de sociología, mi verdadera vocación.

Hoy cenaremos en el apartamento del hermano de JP con él y su novia Corina, una hermosa actriz que protagoniza la novela estelar de Venevisión – canal nacional de Venezuela—. Me siento un tanto nerviosa por esta cena, no sé cuál sea la postura de Fernando en cuanto a nosotros. ¿Y si le caigo mal? ¿Y si me hace el feo como sus padres?

—Tranquila, maracucha, que mi hermano no ladra ni muerde —bromea al notar que me estoy mordiendo las uñas.

—Pero es que no sé, desde lo de tus padres...

—Olvida eso, mi amor. Fernando no es como ellos, te lo aseguro. La idea de la cena fue suya, quiere conocer a la mujer que cautivó mi corazón — dice con una sonrisa a la vez que acaricia mi muslo, con eso logra que olvide mis nervios y mis preocupaciones, ahora solo pienso en volver a casa y que sus dedos se muevan en cada parte de mi cuerpo. Me avergüenza reconocerlo, pero me he vuelto adicta a él.

El viaje hasta el edificio de Fernando se me hace corto y los nervios vuelven al acecho con más fuerza, pero intento que no sea evidente para no preocupar a JP. Él es muy dulce, pero a veces exagera y me atosiga con preguntas. ¿Te duele algo? ¿Estás mareada? No puedo ni exhalar fuerte porque cree que me estoy sintiendo mal. Y sí, he tenido mis recaídas, pero con un poco de descanso se soluciona. Por suerte, ninguna de las veces él ha estado por ahí porque entonces quién lo aguanta.

—Mira esto, en reparación. Fernando debió decirme que el ascensor no servía —refunfuña entre dientes delante del aparato.

—No importa, ahí hay unas escaleras que podemos usar.

—Son siete pisos hasta arriba, Noemí.

—¿Y qué? ¿Es mucho para ti? —Me burlo.

—No estoy pensando en mí, lo sabes.

—Ah, pero qué crees. No soy una debilucha. Puedo subir siete pisos, ni que fuera qué —replico de brazos cruzados.

—Mejor volvemos otro día.

—¿Qué? ¡No! Ya estamos aquí. Vamos, podemos descansar entre pisos para que estés tranquilo. —Camino hasta el inicio de la escalera y él me sigue, aunque lo escucho murmurar que preferiría no hacerlo.

Los primeros tres pisos no se me hacen pesados, pero al comenzar en el cuarto mi cuerpo comienza a sentirse débil y un dolor punzante acribilla mi pecho. Sin embargo, me callo. No quiero que JP nos haga regresar a su apartamento. Puedo hacerlo, sé que sí.

—Estás cansada ¿verdad? —pregunta deteniéndose tres escalones sobre mi posición—. Eres demasiado terca para admitirlo, pero no tienes que probar nada ¿lo entiendes?

—Lo siento —pronuncio con la cabeza baja. De verdad quería demostrarle que podía hacerlo, no quiero parecer débil o enferma.

—No vamos a seguir si no puedes, Noemí. Es solo una cena que se

puede repetir otro día.

—No, solo tomemos un descanso —contesto con una sonrisa tímida. JP baja hasta mi nivel y sostiene mi cara entre sus manos.

—¿Estás segura? No pasa nada si no puedes, mi amor.

—No me trates como a una inútil —replico de mala gana, aparto sus manos de mi cara y subo los escalones que faltan para llegar al cuarto piso.

Sus pasos se escuchan detrás de mí y poco después me alcanza con un abrazo cálido. Me mantengo rígida y quieta, con una actitud bastante altanera que quizás él no merezca; pero es que me da rabia, no quiero ser la muchacha débil que no es capaz de subir unos estúpidos pisos para cenar con el hermano de su novio. Seguro Corina es toda atlética y sube los siete pisos como si nada, pero yo no. Soy una patética que necesita descansar para poder seguir.

—Tú, mi fierecita, eres la mujer más fuerte que he conocido. ¿Y acaso crees que soy invencible? Muchos días cabeceo en el consultorio por la mala noche que pasé estudiando y eso no me hace inútil, solo humano. Pero perdóname si te hice sentir así.

—Tremenda boba es lo que soy.

—Ehh, nadie le dice boba a mi novia —reclama en tono bromista rompiendo el hielo por mi reacción estúpida.

Después de un breve descanso, llegamos al apartamento de Fernando. JP saluda a su hermano con un caluroso abrazo, como si tuvieran años sin verse.

El apartamento es muy bonito y moderno, contrario al decorado elegante que vi en el de sus padres. Es un espacio abierto y se puede ver la sala, el comedor y la cocina desde cualquier posición. Todo es blanco, desde los muebles hasta las alacenas de la cocina, pero las paredes están pintadas en gris, decoradas con bonitos cuadros abstractos que le dan color al lugar. Me gusta mucho

—Hermano, ella es Noemí, la mujer que me tiene de cabeza —dice con una sonrisa inmensa.

Fernando es muy parecido al señor Cáceres, cabello negro, nariz grande y ojos oscuros. Parece su clon unos años más joven. En lo único que JP y él son iguales es en la estatura y complexión.

Estrecho su mano tímidamente y le digo mi nombre; él sonríe y me dice el suyo, dándome la bienvenida a su casa y asegurando que está feliz de poder conocerme finalmente, que Juan Pablo le ha hablado mucho de mí.

—Tomen asiento, voy a ver qué le toma tanto tiempo a Corina.

Enseguida regreso. —Después de decir eso, se va y Juan Pablo y nos sentamos uno al lado del otro en el mueble grande.

Los nervios ya no son tantos, su hermano es muy amable y parece que le agrado, solo falta conocer a Corina para terminar de relajarme.

JP agarra mi mano y me la besa. Sonrío y le acaricio el interior de la palma con mis dedos. No tiene que decir nada, veo en sus ojos lo feliz que le hace estar aquí conmigo. Sé que es duro para él mantenerse alejado de sus padres desde lo que pasó en aquel almuerzo y que compartir con su hermano era algo que lo tenía muy emocionado.

Los tacones de Corina repicando en el piso de cerámica anuncian su llegada. Me levanto del mueble junto con JP y le ofrezco mi mano cuando Fernando nos presenta, pero ella no la toma sino que me abraza y me dice que está feliz de al fin conocerme, que le han dicho cosas maravillosas de mí.

—No creas todo lo que te dice, él es un poco exagerado —bromeo con una risa nerviosa.

—Sé de lo que hablas, es de familia —dice ella continuando con la burla.

Los dos sacuden la cabeza con sonrisas dibujadas en sus labios. Viéndolos así, uno al lado del otro, encuentro algunas similitudes, como la forma en que arquean las cejas y su postura al estar de pie.

—¿Quieren algo de tomar mientras llega la comida? —pregunta Fernando, quien sigue de pie. Corina se ha sentado en un mueble individual, con las piernas cruzadas. De primer momento, no la detallé mucho, pero ahora noto lo bonita que es. Tiene el cabello pintado de un rubio claro, hermosos ojos marrón y labios carnosos. Su cuerpo, lo que uno espera de una protagonista de televisión: una silueta esbelta y seguro trabajada a diario en un gimnasio; sus pechos se ven apretados en el escote redondo de su vestido azul. Y es alta, aunque está usando tacones de diez centímetros. Pero, a pesar de su aspecto de Barbie, es muy dulce. Su mirada no es altiva ni egocéntrica, parece sinceramente feliz por nuestra visita.

—Cerveza para mí —dice JP.

—Yo estoy bien, gracias.

—¿De verdad? Tenemos varias opciones —interviene Corina.

—Bueno, algo natural, si es posible —contesto con amabilidad. Se ve feo rechazarla cuando está siendo una buena anfitriona.

—Sí tenemos. JP me puso al tanto de tus necesidades —interviene Fernando y la vergüenza se dibuja en mi cara.

¿Mis necesidades?

Este JP es una cosa seria. ¿Qué van a pensar Fernando y Corina de mí? Me pregunto apenada, pero la velada transcurre entre una charla divertida, llena de anécdotas de la infancia de JP y su hermano, y la deliciosa y saludable cena que sirvieron: ensalada cesar con pechuga de pollo rellena con queso crema. Me sorprendió escuchar que fue Fernando quien preparó todo, y más saber que no es el único que sabe cocinar, JP también y no me había dicho. Ahora lo voy a esclavizar.

—Odio esto. No quiero separarme de ti ni un solo día, maracucha. —JP me mantiene cautiva entre sus fuertes brazos. No, mentira, soy prisionera voluntaria, mientras intentamos despedirnos frente a la casa de mi tía Asunción.

—Estuve tres días en tu casa. ¿Te parecen pocos?

—Sí, muy pocos —responde con un puchero infantil. Me rio, ver ese gesto en su rostro es de lo más gracioso.

—Te tengo muy malcriado, caraqueño. Voy a tener que restringir las visitas para que veas lo que es extrañar.

—¡Eh! ¿Por qué tanta violencia? —bromea con un gesto divertido, pero luego arruga la frente con seriedad.

—¿Qué pasa?

—¿Cuánto me quieres? —pregunta con el mismo gesto de preocupación. No entiendo a qué viene su pregunta y menos mientras me mira con cara de terror.

—No entiendo —murmuro desconcertada.

—Lo siento, me estoy comportando como un tonto, pero es que no sabes lo mucho que te extraño cuando te dejo aquí. No paro de pensar en ti y en lo que pueda pasar mientras estoy lejos. Y desde hace mucho, sé lo que quiero hacer, sé que eres la mujer de mi vida, la que quiero siempre a mi lado, pero entonces tú... —Se detiene, sus ojos se disparan a sus pies y suspira—, no sé si te sientes igual que yo. —Sostengo su rostro entre mis manos y lo miro a esos ojos claros que me recuerdan al inmenso mar. Son hermosos, puros y expresivos.

—Te amo, Juan Pablo. Pienso en ti a cada instante, incluso cuando estás

sosteniendo mi mano o besándome, estoy pensando en ti. Mi cabeza es una cuenta regresiva constante desde el momento justo que vienes por mí y no quiero, nunca quiero, separarme de ti. —Él me mira en silencio, pero su rostro ha dejado de ser un ceño fruncido y ahora sonrío feliz.

—Vamos. —Me jala por la muñeca con firmeza, pero con cuidado de no lastimarme, y me lleva de regreso a la playa. No pregunto a dónde vamos, confío lo suficiente en él para no tener que hacerlo, pero la curiosidad comienza a picarme y quiero saber—. Aquí, justo aquí. —Anuncia cuando llegamos al lugar donde besó por primera vez. La gran pregunta es ¿qué haremos aquí? Y aunque la tengo en la punta de la lengua, guardo silencio y espero.

Miro hacia el mar en movimiento llegando a la orilla de la arena con su espumoso salitre mientras aguardo por JP, quien está necesitando de mucho tiempo para decir lo que sea que esconde en su cabeza.

—Besarte inició todo —murmura al fin. Abandono la plenitud del agua clara y lo miro a él, que es tan maravilloso de admirar como el mar—. Y aquí quiero que pedirte que nunca termine. Noemí Ávila ¿me harías el honor de casarte conmigo? —pregunta arrodillándose sobre la arena.

Me quedo helada. No esperaba esto... o sí, pero no pasaba realmente, fue parte de un sueño tonto de una muchacha ilusa. Pero ahora, él está ahí, arrodillado sobre su pierna, sosteniendo un anillo plateado con una hermosa piedra cristalina adornando el centro. No me lo creo. Todo es tan hermoso como abrumador. ¿Lo amo? Sí. ¿Quiero casarme con él? Eso sería otro sí con signos de exclamación y escrito en mayúsculas, pero ¿Debería decir sí? Ese es el asunto, creo que no. Su familia no me quiere y estoy segura de que no lo apoyarán en esto.

—No. —Me duele darle esta respuesta, pero sé que esta noche, cuando esté en su cama analizando lo mucho que cambiaría su vida si hubiera dicho sí, lo entenderá.

—¿No? —El dolor en su voz y la tristeza en sus bellos ojos golpea directo a mi corazón. Me arrodillo en el suelo y envuelvo sus manos con las mías. Él niega con la cabeza, apartando la mirada.

—No hoy, pero sí después. —Me mira confundido.

—¿Después de qué? —replica cortante. Ahora soy yo la que aparta la mirada. Sé que cuando diga el motivo, no estará de acuerdo y buscará excusarse por sus padres. Y no, no los culpo por rechazarme. Su hijo es

excepcional y merece más que yo—. Dímelo, Noemí.

—Es que es muy pronto, no han pasado ni seis meses y...

—¿Y qué? —insiste. No quiero mentirle, pero tengo que hacerlo.

—No estoy lista todavía. —Él asiente con los labios fruncidos, aparta sus manos de las mías y se levanta de la arena.

—¿A dónde vas? —Le pregunto cuando comienza a alejarse. No me responde—. ¡JP!

—Me voy, necesito estar solo —responde sin mirarme.

—No te vayas así, por favor. —Pido con voz temblorosa. Me duele herirlo y saber que se va enojado conmigo.

—¿Para qué quieres que me quede? —Esta vez sí me enfrenta. Hay tanta tristeza en su mirada...

—Te amo, JP. Te amo mucho, pero no estoy segura de que este sea el mejor momento para casarnos.

—Avísame entonces cuando creas que sí —dice antes de dar media vuelta e irse corriendo.

Capítulo 17

02 de octubre de 2005

No sé cuánto tiempo llevo sentada en la arena, con la espalda apoyada en una mata de coco, ni qué cantidad de lágrimas he derramado, esperando que JP regrese por mí y que me diga que podemos solucionarlo. Es que él tiene que entenderlo, casarnos es una decisión importante, trascendental, y no podemos hacerlo así, de un día para otro. Y menos sabiendo que sus padres no están de acuerdo con nuestra relación.

—La suerte está de mi lado —pronuncia una voz masculina que conmociona mi corazón de una forma negativa, una que jamás quería volver a escuchar. Su figura apenas es visible en medio de la negrura que envuelve la playa con la caída de la noche, pero sé quién es.

Me levanto de la arena y doy un paso atrás, rehuyendo de él, y entonces pregunto, sin que mi voz demuestre el terror que invadió mi cuerpo le pregunto qué hace aquí.

—¿Qué creéis? Vine por la mujer y los hijos que se alejaron mío por culpa tuya.

—¿Culpa mía? No, mijo, estáis bien equivocao. La culpa fue tuya por maltratar a mi mamá y por intentar hacer lo mismo conmigo.

—Ya vais a ver cómo te quito la contestadera, muchachita —amenaza y, con las mismas, se abalanza sobre mí y me estruja contra la mata de coco, haciendo chocar mi espalda contra el tronco. Levanto la pierna derecha para zamparle un buen golpe en donde más le duele, pero él es más vivo y me pisa los pies mientras sujeta mis manos—. Quédate quietecita, Noemí. No me pongáis más arrecho de lo que estoy. ¿Escuchaste?

—¿Qué me vais a hacer? ¿Me vais a pegar? —Miro alrededor esperando ver a alguien cerca, pero no hay nadie, estoy sola con Antonio.

—Eso depende tuyo. Si le decís a Miriam que vuelva conmigo pa' Maracaibo, te suelto de una vez.

—¡No! ¡Estáis loco!

—¡Respétame! —grita y me da una sonora bofetada en el rostro. El

dolor se hace presente y, junto con él, lágrimas de rabia e impotencia. Me enoja mucho no ser capaz de salir de esta situación, de estar sometida a él y a su delirio.

—¿Por qué hacéis esto? ¿Por qué venir después de tanto tiempo?

—¡Eso no es asunto tuyo! Lo único que tenéis que saber es que de aquí no me voy sin mi mujer. ¿Entendéis o te lo explico de otra forma? —Su aliento huele a podredumbre mezclada con alcohol. El maldito es un ser despreciable y sin corazón, lástima que sea el padre de mis hermanos.

—No, eso no va a pasar. Mi mamá nunca va a volver con una bestia salvaje como vos. —Y como no puedo atacarlo de otra forma, le escupo la cara, acción que enciende toda la furia de Antonio y arremete en mí contra con un certero puño en mis costillas que me deja sin aliento. Su ataque fue tan poderoso que no puedo sostenerme en mis piernas y caigo de rodillas en el suelo cuando él me suelta.

—¿Ahora sí te quedó claro, muchachita?

—No —respondo con un jadeo cansado.

—¿No? Entonces no me queda otra forma de decírtelo que de esta. — Me agarra por los pelos y me arrastra sobre la arena, de espaldas. Levanto las manos y clavo mis uñas en sus brazos intentando liberarme, pero todo es en vano. Desesperada, grito por ayuda, digo el nombre de mi madre y el de Juan Pablo. Pataleo y lucho, no me rindo ni un segundo. Y no lo haré.

—No, Antonio. ¡No lo hagas! —suplico cuando me mete al agua junto con él, lo suficientemente profundo para poder ahogarme.

—¿Qué le dirás a tu madre, Noemí?

—¡La verdad! Que eres un maldito desgraciado —arrojo con valentía. Si quiere matarme por negarme a hacer algo tan absurdo como ayudarlo a volver con mi madre, que lo haga. No voy a ceder.

—Ya veremos —sentencia antes de hundir mi cabeza debajo del agua fría. Aprieto los ojos y contengo la respiración durante lo que parece una eternidad hasta que me saca de regreso a la superficie. Insistente, repite la misma pregunta y de nuevo digo no. Antonio vuelve a sumergirme en el agua, esta vez durante más tiempo. La sensación es asfixiante y dolorosa. Mi pecho duele y comienzo a perder el aire que retuve en mis pulmones con la bocanada que tomé segundos antes de ser zambullida.

Este es mi final. Moriré por culpa de los delirios de un hombre enfermo y despiadado.

Y más que miedo, lo que en verdad siento es una terrible pena por el sufrimiento que mi muerte les causará a mi familia y a Juan Pablo, mi amor; a ese chico descarado que me robó un beso y se metió en mi corazón. Lo más terrible de todo esto es que su último recuerdo de mí será doloroso y deprimente.

¿Por qué tuve que decirle no?

Cuando mis fuerzas comienzan a desfallecer, y un repentino dolor rasga mi pecho, a nivel de mi corazón, asumo que es el fin, que mi vida termina aquí, debajo de las aguas que aprendí a amar.

La presión en mis pulmones aumenta, clamando por el preciado oxígeno que requieren para subsistir. Y aunque sé que no debo intentar respirar debajo del agua, igual lo hago, y mi boca se inunda de agua salada. La trago, entra más. Me desespero, me desespero tanto que saco fuerzas de mi interior y vuelvo a luchar en contra de mi agresor, pero la euforia va cediendo rápidamente y mi condena de muerte se hace real.

—Maracucha, no me dejes, mi amor —suplica Juan Pablo con desesperación. Su voz se escucha lejana, como en eco que rezumba en el aire y se va perdiendo—. Noemí, por favor. Respira. Vuelve conmigo.

Quiero hacerlo, caraqueño. Pero no sé de dónde tengo que volver. No sé dónde estoy. Aquí no hay luz, no hay un camino para seguir. No hay nada. Encuéntrame, JP. Estoy perdida.

—¡No, no, no! Ella tiene que vivir. Dios, te lo ruego. No te la lleves. No así. No hoy.

Sus palabras se oyen más cercanas. Incluso, creo que hay unos labios sobre los míos y manos en mi pecho, pero nada parece real. Mi cuerpo no se siente como mi cuerpo, es como si estuviera separado de mi mente, desligado por completo. ¿Cómo vuelvo? ¿Qué hago para aferrarme a esta vida, donde el hombre que amo batalla por mi regreso?

Duda, miedo y confusión entenebrecen mis pensamientos y tiran de mí hacia un lugar lejano, desconocido y solitario, donde la voz y el contacto de Juan Pablo no existen más, donde solo habito yo y una tenebrosa oscuridad.

—¡Sí! Eso es, maracucha —susurra una voz llorosa e inestable cuando expulso por mi boca una parte del agua de mar que tragué.

—Juan... —comienzo a susurrar, pero mi garganta duele como si cuchillas la atravesaran y mis pulmones arden en carne viva, dificultando mi

respiración. Hasta soy incapaz de abrir los ojos.

—Estoy aquí, fierecita. Justo aquí —pronuncia dulcemente y, con todo el cuidado del mundo, me levanta de la arena y me lleva a su regazo.

Aprieto los ojos con fuerza y jadeo con un quejido ronco al momento que mi cuerpo es sacudido por una ráfaga de dolor que se origina en mis costillas y se esparce al resto de mis huesos. Hay tantas partes afectadas que no podría decir cuál duele más.

—Lo sé, mi amor. Sé que duele, pero necesito que hagas un esfuerzo por abrir los ojos. ¿Harías eso por mí, maracucha? ¿Me regalas una mirada?

—Voy a... —carraspeo mi garganta—, tra... tra...

—Tratar, sí. Inténtalo, Noemí —respiro suavemente por la nariz antes de intentarlo. Sé que no será fácil, toda la conmoción que pesa en mi cuerpo es un aviso de eso, pero lucho contra mis párpados, que se sienten pesados, como dos pedazos de bloques, hasta que soy capaz de separarlos lo suficiente para ver el rostro de Juan Pablo. No hay otra luz que ilumine la oscuridad más que la de la Luna, pero sus ojos celestes, brillando como dos preciosas lumbreras, es lo único que necesito ver para saber que estoy a salvo, que lo peor ya pasó.

—¿A... A... An...? —Trato de advertirle de mi agresor, pero sigue siendo inútil.

—¡Shh! Él no te hará daño, Noemí. No te preocupes —digo que sí con la cabeza con un movimiento pequeño y libero un juego de lágrimas a través de mis ojos, desahogando todo el miedo, la pena y el dolor que experimenté cuando creí que moriría en manos de mi padrastro—. Ahora iremos a la clínica para que te examinen y luego te llevaré a mi casa para malcriarte hasta que te sientas bien. ¿Te gustaría eso, maracucha?

Paso mi lengua por mis labios reseco antes de responder con un suave y minúsculo sí.

Con mi respuesta, JP se levanta del suelo, conmigo en brazos, y asegura tiernamente mi rostro en su pecho antes de comenzar a caminar hacia el lugar donde tiene estacionado su carro. Cierro los ojos y pronto la debilidad vuelve a trabar mis párpados. O tal vez no estoy luchando lo suficiente por abrirlos.

—¡Noemí! ¡Ay, Dios mío! ¿Está bien? ¿Qué le pasó?—grita mi madre de repente.

—Su exesposo intentó ahogarla en la playa —contesta él con rencor.

—¿Qué? ¿Antonio está aquí?

—Sí, salió huyendo cuando lo golpeé para salvar a Noemí. No sé a dónde fue.

—¿Pero ella está bien, verdad? ¿Mi hija está bien, Juan Pablo?

—No, pero me aseguraré de lo esté. Tengo que llevarla al hospital ahora mismo.

—¡Voy con vos! Tengo que estar con mi niña. Ella me necesita —dice con voz llorosa.

—Mami... cuida a... hermanos... —balbuceo como puedo.

—¿Qué, mi amor? —pregunta con cariño.

—Dice que cuide a sus hermanos. Creo que quiere que se quede con ellos.

—Pero Noemí me necesita.

—Yo la cuidaré, señora Miriam, se lo prometo. Es mejor que esté con los muchachos por ahora.

—Sí —conuerdo con Juan Pablo. Lo mejor es que esté con mis hermanitos. El loco de Antonio puede intentar lastimarlos si los encuentra solos.

—¡Ay, mi niña! Siento mucho lo que ese desgraciado te hizo, pero vos tranquila, que él no se va a acercar a los muchachos. Primero lo mato. —Llora mientras lo dice. Está muy nerviosa y preocupada.

—Lo siento, señora Miriam, pero no podemos esperar más. Noemí necesita que la examinen.

—Sí, mijo. Verdad que sí. Llévala y cuidámela mucho. —Le dice entre resuellos—. Te amo, Noemí. Te amo mucho ¿sabéis? —Sus manos tiemblan cuando las pone en las mías y me da un beso en la frente.

—Y yo, mami. —Logro decir.

La fluorescencia de las lámparas de la clínica traspasa mis párpados, obligándome a abrir los ojos. Tuve que perder la conciencia en algún momento porque no recuerdo cómo llegué aquí. La última imagen en mi memoria es de mi madre besando mi frente y mirándome con angustia y dolor. Sé lo que pasó, sé la razón por la que estoy acostada en una camilla y porqué una enfermera está tomando mi tensión arterial, Antonio me atacó, casi me mata. De no ser por JP...

¿Dónde está él?

Miro alrededor y no hay señales de Juan Pablo por ningún lado. En el

pequeño cubículo en el que estoy, solo se encuentra una enfermera y un doctor que luce tan joven como JP. Pero debe estar aquí, él no me dejaría sola. Sé que no. Quisiera que estuviera a mi lado sosteniendo mi mano y diciendo que todo estará bien. Debería estar aquí, lo necesito aquí.

—160/90 —anuncia la enfermera mientras quita el brazalete de alrededor de mi brazo derecho. El doctor escribe algo sobre un papel y luego me mira.

—Hola, Noemí. Soy el doctor González. Juan Pablo me informó lo que te pasó en la playa. ¿Cómo te sientes?

—Adolorida y cansada.

—¿Dónde te duele?

—Todo el cuerpo, pero más el pecho y las costillas —respondo con el aliento cortado.

—¿Te golpearon?

—Sí, aquí. —Pongo la mano sobre el costado izquierdo, donde me pegó Antonio.

—Bien, te voy a examinar. ¿Está bien?

—Sí —murmuro con pena, estoy usando una simple bata de hospital y nada más, me quitaron toda la ropa cuando llegué, estaba mojada.

—¿Duele?

—¡Sí! —grito cuando presiona su mano sobre mis costillas. Me duele tanto que me pongo a llorar como una niña pequeña.

—Tranquila, Noemí, te pondremos analgésicos en cuanto termine de evaluarte. ¿Puedes sentarte o te duele mucho?

—No sé —respondo con un suspiro y lágrimas en mis ojos.

—Veamos. —Me ayuda a levantarme y, aunque duele, es soportable. Luego examina mis pulmones con el estetoscopio mientras me pide que inhale y exhale. Toso entre respiraciones, lo que provoca que el dolor en mis costillas y pecho aumente. Vuelvo a llorar. Quiero a Juan Pablo conmigo—. Te enviaré a hacer un electro, tele de tórax y análisis de sangre de rutina. Tus pulmones resultaron afectados y tienes la tensión elevada —dice mientras me ayuda a recostarme.

—Me duele mucho aquí, doctor. —Me toco el pecho, sobre el corazón.

—Pero no puedo recetarte analgésicos hasta que tenga los resultados de los estudios.

—¿Por qué no? —pregunto con un quejido. Cada vez duele más. ¿Qué le

cuesta ponerme algo que me ayude?

—Es por precaución. Tus síntomas revelan una posible condición cardíaca y necesito comprobarlo antes de suministrarte medicamentos.

—¿Cardíaca? ¿Hay algo malo con mi corazón?

—No estoy seguro, Noemí. Por eso quiero hacerte los estudios.

—No, es que yo no... A mí se me baja la azúcar y a veces me desmayo. Debe ser eso.

—Bueno, cuando te hagan los exámenes, vemos de qué se trata ¿sí? — Me dice tranquilamente—. Me avisas cuando tengan los resultados. —Le indica a la enfermera y luego se va.

—¿Cómo te sientes, mi amor? —pregunta JP apareciendo minutos después de que el doctor González saliera. Se acerca a la camilla y agarra mis manos entre las suyas.

—Tengo mucho dolor, Juan Pablo. Mi pecho... No puedo... respi... rar.

Mis fuerzas se desgastan rápidamente y no soy capaz de mantener los ojos abiertos. Juan Pablo dice mi nombre una y otra vez con desesperación. Su voz es clara al in inicio, pero se va alejando y dejo de sentirlo también.

No te vayas, caraqueño. Quédate conmigo.

Capítulo 18

13 de diciembre de 2005

Juan Pablo

Simulo una sonrisa antes de cruzar la puerta con la bandeja que contiene el desayuno de Noemí. Le preparé un sándwich de jamón, queso blanco, lechuga y tomate. También exprimí cinco naranjas dulces y le hice jugo. Puse una margarita amarilla en un vaso de vidrio y le añadí una nota que dice: «Te amo, esposa». Sí, Noemí es mi esposa. Aceptó casarse conmigo la segunda vez que se lo propuse. Tracé un camino de rosas desde la entrada de mi apartamento hasta la habitación, donde un enorme corazón y un te amo fueron dibujados en el colchón. Me incliné en mi rodilla y le dije que nada me haría más feliz que poder llamarla esposa. Ella tomó mi mano, la que sostenía el anillo, y la besó con ternura. Lágrimas cayeron en sus mejillas al momento que dijo: «Sí, Juan Pablo. Quiero ser tu esposa». Puse el anillo en su dedo, me levanté del suelo y la besé con ternura y emoción.

Nos casamos una semana después de eso, no quería esperar ni un día más. Fue una preciosa ceremonia frente a la playa de Chirimena bajo los tonos cálidos del cielo con la caída del atardecer. Mis padres no asistieron, seguían sin estar de acuerdo, pero poco me importó. La única persona que necesitaba que estuviera ahí era Noemí y se veía preciosa con su cabello negro suelto, adornado con una corona de flores silvestres, y con un vestido blanco, largo, que se amoldó a su delgada figura. Había perdido varios kilos con su estadía en la clínica, que se extendió por dos semanas por su delicada condición cardíaca. Noemí padece de cardiomiopatía hipertrófica, lo descubrimos a través de todos los estudios que se le hicieron en la clínica, luego del infarto que sufrió en el hospital la misma noche que Antonio la atacó. La perdí por unos segundos, pero volvió a mí con la segunda desfibrilación que puso en su pecho el médico que la estaba atendiendo. Fue una noche terrible, sentí que mi alma se iba con la suya cuando dejó de respirar. Pero regresó, sigue conmigo y estoy dispuesto a hacer todo lo que esté a mi alcance para que nunca me deje. El especialista dice que necesita un corazón nuevo y ella lo tendrá.

—Buenos días, esposa —digo sonriendo, como he hecho cada mañana de los últimos treinta días. Noemí me da la mejor sonrisa que puede formar en sus labios mientras empuja su cuerpo débilmente hacia atrás para sentarse en la cama.

Saco las patas de la bandeja del desayuno y las pongo entre sus piernas desnudas. Está usando un pijama color rosa de short corto y franela de tirantes. Me acerco a ella y beso sus labios. Se ve pálida y ojerosa por culpa de la mala noche que pasó. Sus insomnios cada vez son más frecuentes y nada de lo que hago logra hacerla dormir. Hoy la llevaré con el especialista, me preocupa que esté tan débil, que necesite de mi ayuda para caminar. Sé que su corazón se encuentra frágil, que el infarto dañó partes que ya estaban afectadas, pero no debería verse así. Todos los días le doy sus medicamentos, la alimento como es debido... No tiene sentido.

—Me siento muy mal, JP. Estoy tan cansada... Creo que ha llegado el momento —dice con voz temblorosa.

Mi corazón se parte en dos, duele como si mi propia vida se escapara de mis manos. Pero no morirá, no permitiré que lo haga.

—No digas eso, maracucha. —Le pido con temor y angustia. No quiero una vida sin ella.

—Perdóname, caraqueño —susurra sin contener el llanto. Aparto la bandeja, tomo a Noemí entre mis brazos y la pongo en mis piernas. Ella suspira lentamente y mueve su mano por mi brazo con una caricia suave. Yo paso mi mano por su pelo y algunas hebras se quedan entre mis dedos. Se ha vuelto frágil y quebradizo.

—No me pidas perdón, mi amor. No hay nada que perdonar. —Beso su sien y respiro su aroma. Huele como las flores silvestres.

—Sí... hay —insiste con un murmullo fatigado mientras sus ojos cristalinos y cansados me observan—. Perdóname por tener que irme.

—No, maracucha, no te despidas de mí. Todavía estamos a tiempo, encontraré un corazón y vivirás. Tendremos tres niños, una niña y dos varones, y ellos nos darán nietos, un montón de carajitos que nos volverán locos.

Noemí sonrío, su labio inferior tiembla. Con la punta de su lengua, moja sus labios y luego me dice—: Tienes que prometerme que te volverás a enamorar, que seguirás con tus estudios de pediatría y que terminarás el viaje que habíamos planeado. —Su voz cada vez es más baja y cansada. Y veo en sus ojos lo que he visto en tantas personas que se encuentran en el final de su

vida.

Mi visión se nubla por las lágrimas. Parpadeo y las dejo salir. Ella las limpia con dedos temblorosos.

—No, Noemí. Prometo amarte solo a ti, siempre. —Apoyo mi frente sobre la suya—. Te necesito conmigo para ser feliz, maracucha. He vivido más durante estos pocos meses a tu lado de lo que lo hice a lo largo de mi vida. No puedes dejarme ahora, mi amor.

—Cuanto quisiera estar contigo siempre, JP.

—Lo estarás, Noemí. Te quedarás conmigo —prometo y me levanto del colchón con ella en brazos. La llevaré a la clínica y encontraré un corazón para ella, así tenga que arrancárselo del pecho a alguien para que lo obtenga.

—Te amo, caraqueño. Te amaré siempre —expresa con un último y fatigado aliento y su cuerpo se vuelve más frágil entre mis brazos.

—No. ¡No, no, no...! —grito tocando su rostro—. Despierta, mi amor. Abre los ojos. Noemí, por favor, no me dejes así. ¡No!

Pego mi oreja a su pecho tratando de escuchar su corazón, pero no hay latidos. Se está yendo. ¡La estoy perdiendo!

—No, maracucha. No me vas a dejar.

La acuesto en el suelo y le aplico la reanimación cardiopulmonar alternando entre compresiones y ventilaciones sobre su boca. Lo repito una y otra vez mientras le pido que se quede conmigo, que la amo, que la necesito, que sin ella mi vida pierde todo el sentido. Le ruego una y otra vez sin dejar de intentar reanimarla, pero no está resultando. Sus ojos no se abren, su respiración no vuelve, su corazón no late...

—¿Por qué, Dios mío? —demando con un grito aturdidor—. ¿Por qué me la quitaste? ¿Por qué ella? —Lloro sobre su pecho, la abrazo, la beso, le vuelvo a rogar que regrese, que por favor abra sus ojos... No lo hace. Su cuerpo se siente frágil, sin vida... Mi maracucha se ha ido, se fue, y se llevó mi alma con ella.

No hay lugar en el que halle paz. Vine aquí intentando calmar el dolor que apresa mi pecho desde que perdí a Noemí, pero no, me siento más perdido. Todo me recuerda a ella, el sonido del mar, el olor a salitre, el sol escondiéndose detrás del horizonte... Cierro los ojos y la imagino a mi lado. Los mantengo así y me sumerjo en la fantasía de que, al abrirlas, su sonrisa y sus profundos ojos oscuros estarán ahí para mí. Sueño con ella, siempre

sueño. Lo hago despierto porque dormir sin su calor a mi lado se ha hecho imposible. Había encontrado mi lugar en el mundo con ella y me fue arrebatada.

—¿JP? —pronuncia una voz que es tan parecida a la suya. Mi corazón se estremece por la familiaridad. He querido venir aquí desde que nos despedimos en el cementerio luego del segundo peor día de mi vida, cuando tuve que decirle adiós para siempre a la mujer que amaré hasta que muera, pero no había podido. Ver a su familia sin que ella esté presente es demasiado duro de asimilar. A veces, en la soledad de mi apartamento, me hago a la idea de que está aquí con ellos, vendiendo sus empanadas y su rompe colchón con aquel grito cómico que atrajo mi atención esa mañana, cuando la vi en la playa.

—Hola, Esther. —La saludo abriendo los ojos. Ella se sienta a mi lado y abraza sus piernas, apoyando su barbilla en sus rodillas.

—Yo también vengo aquí para sentirme cerca de ella —murmura mirando hacia el mar. La observo de reojo y veo las lágrimas acumuladas en sus ojos. Las mías ya no fluyen, se secaron como se secó mi alma. Dos meses de lágrimas inservibles—. Esperaba que vinieras antes.

—No podía —respondo en tono bajo.

—Tengo algo para ti —dice aclarando su garganta. La miro y encuentro tristeza en sus ojos, una pena que no se irá así pasen los años—. Noemí nos escribió una carta a cada uno, me las dio el día de su boda y me pidió que... si ella... se iba —balbucea con la voz quebrada y niega con la cabeza—. Esta es la tuya.

Me entrega un sobre blanco que tiene escrito mi nombre al frente. Extiendo mi mano temblorosa y lo tomo entre mis dedos. Mi mirada vuelve al mar, apartando mis ojos del gesto dolorido que veo en la cara de Esther. No puedo tratar con sus emociones ahora mismo, no soy capaz de soportar ni las mías.

—Gracias —digo en algún momento, sin saber cuánto tiempo pasó.

—Cuando estés listo, ven a visitarnos. Todos te extrañamos. —Se levanta de la arena y se aleja de mí. No miro hacia ella, no quiero verla y desear que Noemí camine a su lado.

Me recuesto en la mata de coco que mi maracucha hizo suya y saco la carta del sobre después de despegar con cuidado la pestaña para no romperla. Este papel se ha convertido en un valioso tesoro para mí. Desdoble la carta y

la acerco a mi cara. Huele a ella, a su esencia a flores. Duele, duele demasiado, y las inservibles lágrimas vuelven aparecer.

Cierro los ojos y tomo un profundo suspiro. No estaba preparado para otro adiós. No estuve preparado para el primero. Creí que la salvaría, que encontraría un corazón para ella. Pero Noemí sabía que no podría, que le fallaría, y escribió cartas de despedida.

Perdóname, mi amor. Perdóname por no ser el héroe que necesitabas, recito en mi mente como lo he hecho tantas noches. Y lloro, lloro con angustia y desesperación. Lloro porque en mis manos están plasmadas sus palabras, esas que no puede decirme a viva voz porque... murió.

Sé que al leer esta carta terminaré más roto y angustiado que antes, pero ella la dejó para mí, ella quería que lo hiciera.

“Para el único hombre que amé y al que amaré por la eternidad. De todas las cartas que escribí, esta ha sido la más difícil. Rompí tantas hojas que decidí sembrar un árbol, está en el patio de mi tía Asunción, le dije a Esther que no lo dejara morir, espero que lo cuide. Me cuesta mucho decirte adiós porque nuestro tiempo juntos fue muy corto, mi vida fue demasiado corta. Pero fui feliz, Juan Pablo, y tú formaste parte de esa felicidad. Fuiste más de lo que un día soñé. No creía en el amor verdadero hasta que te conocí, hasta que me hiciste sentir amada y valorada como mujer. Odio dejarte tanto como odio que sufras por mi ausencia. No puedo pedirte que no me llores ni que no estés triste porque sería inútil, pero sí te pido que no te rindas, que sigas caminando aunque no tengas ganas de dar un paso, que no desperdicies tu vida por hundirte en el dolor y en la pérdida, que le permitas a tu corazón amar una vez más. Sé lo que piensas, crees que me estarías traicionando, pero prometo no culparte, no lo haré porque quiero que seas feliz. Eres un hombre bueno, noble y joven. Mereces toda la dicha que puedas obtener. Lo vales, caraqueño”.

Gracias, mi amor. Gracias por haberte atravesado en mi camino esa mañana, por robarme un beso y por obtener mi corazón. Gracias por todo lo que me diste a mí y a mi familia. Pero, sobre todas las cosas, gracias por amarme como lo hiciste”.

“Eternamente tuya, tu maracucha”.

Seguía dolido por la partida de Noemí, y estaba convencido de que nunca nada alejaría ese sentimiento, pero aun así, emprendí un viaje; uno que,

de alguna manera, me mantendría cerca de su recuerdo. Su libro gordo estaba en un cajón de mi habitación, del lado de la cama del que ella dormía. Mi lado de la cama ahora. Antes de morir, ella me pidió que terminara el viaje que planeamos juntos y decidí hacerlo en su memoria. Recorrería cada rincón del país que ella quería conocer y luego viajaría a los países que también aparecían en su *libro de sueños*, como yo lo llamé. Me tomaría un tiempo, no sabía cuánto y no me importaba realmente. No había otras prioridades en mi vida más que cumplir con su última voluntad, una de ellas. Estudiar pediatría en ese momento era imposible, mi cabeza y mi corazón se encontraban demasiados comprometidos para concentrarme en estudiar. Y enamorarme de alguien más. No, eso no va a pasar nunca. Amo a Noemí, la amaré mientras viva.

FIN.

Nota de autor.

Escribí este libro en el 2016 y decidí compartirlo en mi grupo de Facebook en ese entonces. No pensé en llevarla a Amazon hasta ahora porque, como leyeron, el lenguaje utilizado es muy coloquial, la narración sencilla, igual que la trama. Mientras Viva es distinta a cualquier otra novela que haya escrito y temía que no fuera bien recibido por ustedes, pero mi hermana me animó a publicarlo, también mi mamá y mi amiga Aryam Shields, y dije vamos, lo haré. Es una historia que, aunque no está basada en mi vida, sí tiene muchas cosas de mí, situaciones y experiencias que viví a lo largo de mi vida. Leer a Noemí, su forma de hablar, es como si me escucharan a mí. Algunos de los personajes llevan el nombre de una prima, mi abuelo, una tía, y el de la protagonista, el segundo nombre de mi mamá y hermana.

Desde que la idea surgió en mi mente, pensé en el final y quise ser fiel a mi musa y escribirlo tal cual. Espero no me odien. En el futuro, planeo escribir más de Juan Pablo, que sepan lo que fue de su vida después de la muerte de Noemí. Si quieren saber más de él, me gustaría que me lo comentaran, bien sea por Facebook o Instagram.

Agradecimientos.

Agradezco a Dios por su bondad, por darme vida, salud y una familia amorosa que siempre me brinda su apoyo.

A mi madre, por cada consejo, por su amor incondicional, por dar todo de ella por nosotros y ser la mejor madre. Ella me enseñó a ver el lado positivo de las cosas, a creer en mí y a luchar por lo que quiero. Te amo infinito.

A mis hermanos, por apoyarme en cada paso del camino, por impulsarme a ir más allá, por ser los mejores amigos que Dios pudo darme. Los amo.

A mi padre por ser ejemplo de constancia y esfuerzo.

A mi esposo por su apoyo, amor y comprensión. Gracias, mi amor.

A Divinas Lectoras, La Caja de los Libros, Zorras Literarias, Adictas Latinas de la Lectura Erótica, La Magia de los Libros y muchísimos grupos más que hacen posible la promoción de mis libros, gracias infinitas por su apoyo desinteresado.

A ti, que le diste una oportunidad a otra de mis historias, que reíste, lloraste y te enojaste al leer Mientras Viva, mil gracias. Soy tan afortunada de contarte entre mis lectores. Me emociona saber que, en distintas partes del mundo, leen mis novelas, las viven, las sufren, las disfrutan...

Sobre la autora

Flor María Urdaneta Durán vive en Venezuela, su país de nacimiento. Es egresada de la Universidad del Zulia de la carrera Comunicación Social y se dedica a la fotografía profesional. Su historia como escritora comenzó en julio de 2015, en Wattpad. Es una lectora adicta que divide su día entre la escritura, el trabajo, atender a su familia y escribirse con sus locas amigas de WhatsApp. Está felizmente casada y tiene dos hijos hermosos que ama con todo su corazón.

Otros libros de la autora

Bilogía

Mía esta noche

Mía siempre

Libros únicos

Mi Mejor Canción.

Enamorado de una Stripper

Nuestra Primera Vez.

Serie Cruel Amor

#1 Cruel y Divino Amor

#2 Llámame Idiota

#3 Lexie

#4 Less

#5 No Debí Quererte. (La historia de Ryan Wilson)

#5.1 Keanton (Continuación de No Debí Quererte)

Serie Flying With Love

#1 Di que sí

#2 Pretendamos

Redes sociales

Página Web: <http://florurdaneta87.wix.com/flor>

Facebook: www.facebook.com/flormurdaneta/?fref=ts

Grupo: <https://www.facebook.com/groups/sagacruel/?fref=ts>

Twitter: @florurdaneta87

Instagram: @Flormurdaneta

-
- [1] Árbol
- [2] raspado, granizado o snow ball
- [3] Dinero
- [4] Marca de galletas
- [5] Quien cobra el pasaje.
- [6] Ebrio, borracho.
- [7] Vago, Holgazán.
- [8] Expresión que se usa cuando un hombre o una mujer no encuentra pareja y todo indica que se va a quedar solo toda la vida.
- [9] Que es moreno de piel
- [10] Preparación hecha a base de mariscos, limón, vinagre y especias. Tiene nombre así de peculiares porque son preparaciones conocidas para elevar la potencia sexual
- [11] Burlarse
- [12] Persona cansona, fastidiosa o molesta .
- [13] Gay.
- [14] Asaltar, robar.
- [15] Persona con dificultad para hablar.
- [16] Es un género musical original del estado Zulia en Venezuela.
- [17] Cuando los invitados aportan a la fiesta con comida y otras cosas.
- [18] Zapatos deportivos.
- [19] Ladrón.
- [20] Dicho popular, cuando desconfiamos totalmente de algo que nos están diciendo.
- [21] Referente a la velocidad con la que dice las palabras
- [22] Universidad Central de Venezuela
- [23] Atrevido.
- [24] Canal de televisión venezolano.
- [25] Mejilla
- [26] Lugar
- [27] Forma para saludar amistosamente.
- [28] Camiseta sin mangas
- [29] Expresión que se dice de alguien que es muy atractivo.
- [30] Sub-región del Estado Miranda. Conocido por su gente y sus bailes afroamericanos

- [31] Alguien impertinente.
- [32] Cara de enojo, enfado u hostilidad.
- [33] material que con mucha facilidad puede arder en llamas.
- [34] Viva. Audaz. Atento.
- [35] Persona morena.
- [36] Es como decir, Gracias a Dios
- [37] mango verde con sal, adobo, vinagre y otros condimentos
- [38] Es una ironía para decir que es muy común que pase.
- [39] Cerca o muro de cemento
- [40] Es un parque nacional localizado en la Cadena del Litoral dentro de la cordillera de la Costa, en el centro-norte de Venezuela
- [41] Película en el que un barco pesquero naufraga en el mar.
- [42] Muchos, montón.
- [43] Algo muy molesto.
- [44] Lástima. Pena
- [45] Hacerse la loca es ignorar algo a propósito.
- [46] Concurso nacional de belleza
- [47] Se encarga de seleccionar a las mises para el concurso.
- [48] Atractivo, bonito.
- [49] Se despierta.
- [50] Persona que promete y no cumple.
- [51] Pedir que sea su novia.
- [52] Dulce de panela fundida que se soba y da forma mientras está aún caliente.
- [53] Especie de caseta que, instalada en un espacio público, se emplea para vender ciertos productos.
- [54] Alimento hecho a base de maíz precocido, se amasa con agua y sal y se cocina en forma circular y aplanada.
- [55] Golpes.
- [56] Palabra que se usa para designar a cualquier persona cuyo nombre se desconoce o no interesa precisar.
- [57] hoguera, fogón o anafre se refiere al sitio donde se enciende fuego en una vivienda y que solía estar ubicado en el espacio común.
- [58] Galleta bañada en chocolate y rellena de fresa.
- [59] Es la combinación de chocolate con Leche SAVOY® y arroz inflado crujiente.
- [60] Tener/poner gesto, figura o mofa que se ejecuta regularmente para divertir en juegos, mojigangas y danzas.
- [61] Dar cambio.
- [62] Frase ingeniosa que se lanza a una persona para adularla.
- [63] Eso sería un insulto.
- [64] Impertinente.
- [65] Se dice de alguien que se aprecia sobremanera.
- [66] Guiñar el ojo.

- [67] Amigo.
- [68] Costosos
- [69] Se usa cuando se ve a una pareja de enamorados besándose muy relajadamente y a la vista de todos.
- [70] Sorpresa que causa un hecho que se produce de manera repentina e inesperada.
- [71] Ganarse a alguien, obtener su confianza o su favor.
- [72] Abreviatura coloquial de la frase “Mi Hija”.
- [73] Ropa interior.
- [74] Llegar a conocer cierta cosa sobre un asunto o cuestión indagando o haciendo lo necesario para conseguirlo.
- [75] cuando alguna pareja se abraza, acaricia o besa.
- [76] locuras
- [77] Sacar la piedra: me hacen enojar
- [78] colorete
- [79] despeinada
- [80] Aquí finaliza el camino. Llegamos.
- [81] Tomar desprevenido.
- [82] Condensar.
- [83] Brasier
- [84] Fragmento de la canción Las Estrellas de Caramelos de Cianuro.
- [85] Fragmento de la Cima del Cielo, de Ricardo Montaner.
- [86] flequillo
- [87] Es estar bien, estar perfecto, sano.
- [88] Fragmento de la gaita Sentir Zuliano
- [89] Forma de expresión que denota molestia.
- [90] Medio de transporte público de la región.
- [91] también llamados autos de choque, coches locos
- [92] Cadena de restaurantes especializada en la elaboración de sándwich submarinos.
- [93] Callejón sin salida
- [94] Persona sin dinero, se dice de alguien que no tiene para pagar su funeral.